

Director Alfredo Castellero Calvo

# Historia General de Panamá

Volumen I  
Tomo II



COMITÉ NACIONAL DEL CENTENARIO

## **Historia General de Panamá**

Director y editor de la obra: Alfredo Castellero Calvo,  
con la colaboración de Fernando Aparicio

© Las ideas, opiniones y la presentación de los datos que aparecen en esta obra son responsabilidad de los autores y constituyen su propia propiedad intelectual. Se reservan todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de esta obra puede reproducirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin autorización expresa de sus autores.

Primera edición, agosto de 2004. Publicado por el Comité Nacional del Centenario de la República de Panamá, adscrito al Ministerio de la Presidencia de la República de Panamá.

Edición: Digital Designs Group, Inc. - Panamá  
Impreso por: D`Vinni Impresores - Bogotá, Colombia.

Portada: Mapa de la ciudad de Panamá por el Ing. Fernando Saavedra, 1688  
Museo de Historia de Panamá

ISBN 9962-02-580-X (obra completa)  
ISBN 9962-02-581-8 (Volumen I, Tomo I)

# HISTORIA GENERAL DE PANAMA

## PRIMERA PARTE



# LAS SOCIEDADES ORIGINARIAS





# CAPÍTULO I

## PANAMA PREHISPÁNICO

Por Richard Cooke  
y Luis Alberto Sánchez Herrera

*“La historia es el estudio del pasado con base en la mayor variedad posible de fuentes de información”*  
John Davies, *A History of Wales*, p. 1

### Preludio

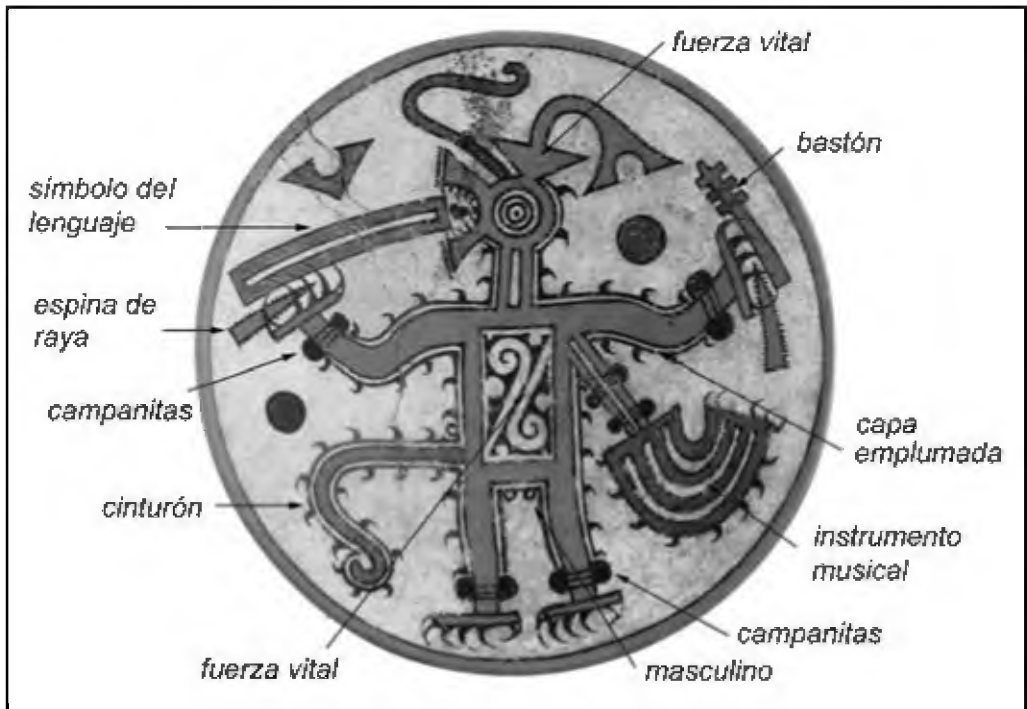
Los más de once milenios transcurridos desde la inmigración al istmo de Panamá de los antepasados de los indígenas actuales hasta su primer contacto con los europeos corresponden, por un lado, a la *época precolombina*, esto es, ‘la que sucedió antes de la colonización española’, y por otro, a la *prehistoria* - término que, en el contexto de las ciencias sociales, más que aludir a aquella concepción fantasiosa del cavernícola conviviendo con los dinosaurios, se refiere a la ‘carencia de documentación escrita (o anterior a ella)’. A diferencia de otras culturas americanas, como los aztecas, zapotecas y mayas, los habitantes precolombinos de Panamá desconocían los sistemas de escritura por lo que harán falta en este capítulo muchas de las clases de información que solemos aprender en las clases de historia, como los nombres de personas, dioses, plantas y animales, las fechas y descripciones de eventos notorios, los tratados y convenios y los conocimientos astronómicos. Desde luego, esto no quiere decir que, por residir en pequeñas comunidades con casas de cañaza y pencas en vez de imponentes centros urbanos, las comunidades prehispánicas del istmo estuvieran exentas de estética, invención, sabiduría y religiosidad. Más bien lograron una asombrosa destreza técnica en cuanto a los artículos que más valoraban, como los productos de la orfebrería, alfarería, glíptica<sup>1</sup> y talla de madera, hueso, marfil y piedras volcánicas (Figura 1), así como una gran complejidad conceptual y etológica<sup>2</sup> en lo que respecta a su vida social, ritual y suntuaria. Su arte está imbuido de un simbolismo tan esotérico y a la vez tan explícito para los usuarios, como lo son el vino, el chiro y el pez para los cristianos (Figura 2)<sup>3</sup>. Por lo tanto, si contáramos con un equivalente de las sagradas escrituras o de los códices mayas para las culturas prehispánicas del istmo, se nos facilitaría el acceder a mejores interpretaciones de las volutas, eslabones e imágenes zoomorfas<sup>4</sup> que han sido adoptados por artistas y arquitectos como merecidos símbolos de la nacionalidad panameña.

El mero hecho de representar más del 95% de la presencia humana en Panamá bastaría para destacar la trascendencia de la época precolombina para la historiografía nacional máxime si la lengua materna del 9% de los actuales habitantes del país es una variante moderna de uno de siete idiomas americanos aún vigentes, cuya integridad y antigüedad lingüísticas se equiparan con –y hasta sobrepasan– las del castellano oficial y, por otro lado, si el 36% de los genes del fondo común de la población nacional son amerindios (en Coclé y Chiriquí, más de un 50%)<sup>5</sup>. No obstante ello, un número elevado de textos de uso corriente en las escuelas y universidades nacionales<sup>6</sup> ejemplifican la confusión e imprecisión que todavía rodean el pasado precolombino y su relevancia en la cultura panameña del siglo XXI pese a los bien documentados y ampliamente publicados avances de nuestros conocimientos sobre esta materia en lo metodológico y en lo sustantivo<sup>7</sup>. Puede argumentarse que dicha situación se desprende de dos nociones populares: (a) que la función primordial del istmo fue siempre la de ‘cristol de razas’ y ‘zona de tránsito’ a través de la cual se desplazaron continuamente grupos humanos procedentes de regiones continentales - ¡como si un istmo fuera incapaz de sostener un patrón de desarrollo propio! - y (b) que la conquista y colonización españolas constituyeron una especie de ‘borrón y cuenta nueva’ gracias a la cual los autóctonos grupos precolombinos, o desaparecieron, o se asimilaron totalmente siendo reemplazados posteriormente por ‘tribus’ que, por proceder de regiones que actual-





**Figura 1.** Los indígenas precolombinos de Panamá eran artesanos insigues. Hé aquí un resumen gráfico de su destreza. A: lagarto, tumbaga, fundido en molde, Playa Venado (Panamá). B: láminas martilladas con espirales divergentes, tumbaga, Cerro Juan Díaz \*. C: nariguera, tumbaga, Miraflores (Cho-3, río Bayano). D: lagarto bicéfalo, tumbaga, El Caño. E: vasija con pintura "negativa", Chiriquí, procedencia desconocida (colección del Museo Bowers, Los Ángeles). F: plato con pedestal modelado como mono, Miraflores (Cho-3), río Bayano; el diseño del plato está ilustrado en la figura 2 c del Capítulo 2\*. G: vasija efígie policromada del estilo *Panita*, la cual representa al cacicón (*Sarcoramphus papo*), El Hatillo, Herrera. H: vasija doble que representa una araña, Tonosí (Los Santos), estilo *Tonosí*. I: tambor de madera, hallado cerca de El Roble, Coclé (fecha de C14: 1170 ± 40 a.P. [770-980 cal d.C.]). J: cocodrilos tallados en marfil de cachalote, Sitio Conte, Coclé (Samuel Lothrop, *Coclé...Part 1*, 1937, figs. 164 b y 158 c). K: pelicano, madreperla (*Pinclada*), Cerro Juan Díaz. L: nariguera en forma de tortuga marina, Playa Venado (Panamá), Museo Dumbarton Oaks, Washington EE.UU.. M: rana, concha (probablemente *Strombus*), Cerro Juan Díaz. N: lagarto, piedra, Cerro Juan Díaz. O: punta bifacial paleoindia "cola de pez", jaspe púrpura, Lago Alajuela\*. P: punta bifacial paleoindia, jaspe amarilla\*. Q,R: metates o asientos de lava volcánica, tallados en forma de felino, Chiriquí, procedencia desconocida\*. S: estatua que demuestra a un hombre sentado sobre otro, lava volcánica, Barriles, Chiriquí.\* (= colección del Museo Antropológico Reina Torres de Araúz). Las ilustraciones no están a escala.



**Figura 2. Figura bipeda vestida como chamán.** Interior de plato policromado del estilo *Conte Temprano* de Gran Coclé (1200-1100 a.P.). Las interpretaciones de los símbolos son de los autores (basada en la figura 58 de Armand Labbé, *Guardians of the Lifestream*, 1995).

mente se encuentran fuera de las fronteras de la República de Panamá, se consideran foráneas y, por tanto, desvinculadas de las tradiciones prehispánicas propias de culturas más 'desarrolladas' que aquellas.

En realidad, si bien la función del istmo de Panamá como puente terrestre entre dos continentes fue un determinante factor geográfico en el desenvolvimiento de los indígenas que residieron allí antes del contacto español, debe achacarse igual preponderancia a la heterogeneidad ambiental de un territorio bañado por dos océanos ecológicamente disímiles entre sí y caracterizado por un sinfín de ríos y valles que facilitan las comunicaciones en dirección perpendicular a las cordilleras y las obstaculizan en un sentido longitudinal. A Cristóbal Colón le asombró la gran diversidad de idiomas desprendida de dicho rompecabezas geográfico, una situación que se repite en otras regiones de terreno accidentado como Nueva Guinea y el Cáucaso<sup>8</sup>. Es un hecho indiscutible que la invasión y colonización españolas ocasionaron el desplome demográfico de la población autóctona y la re-orientación de sus relaciones socioeconómicas y actividades intelectuales. Además, las uniones sexuales, la esclavitud y la servidumbre, así como el agresivo proselitismo de la Iglesia, condujeron a que muchos indígenas pasaran continuamente a la esfera cultural hispana perdiendo así su identidad cultural. Tampoco queda duda de que, tan pronto como se inició la conquista, tuvieron lugar desplazamientos voluntarios y forzados a lo largo de la Baja América Central y la zona atrateña, de modo que no todas las etnias supervivientes de esta región habitan exactamente donde habrían residido los grupos prehispánicos que eran sus antecesores más verosímiles. Especialmente bien documentadas están las infiltraciones de kunas y 'chocós' a través de extensas áreas del Darién colonial. En estos dos capítulos, sin embargo, haremos énfasis en la naturaleza local de dichos movimientos, así como en el hecho de que, de acuerdo a datos proveídos por varias disciplinas académicas, las etnias hoy en día presentes en el territorio nacional comparten entre sí tantos componentes biológicos y culturales, que la hipótesis de que descienden en una forma u otra de antecedentes prehispánicos de longeva permanencia en la región geológica istmeña<sup>9</sup>

luce mucho más sustentable, que otras que han propuesto vínculos con los caribes u otros grupos humanos reales o ficticios llegados al istmo procedentes de Mesoamérica, el Caribe o regiones trasandinas<sup>10</sup>. Desde los albores de las ciencias sociales se hizo aparente que los ‘coclés’ que siguieron hostigando a los españoles hasta mediados del s. XVII, así como los chánguenas, doraces y ‘guaymés’, cuya oposición avivada por ingleses y miskitos continuó hasta postrimerías de la época colonial<sup>11</sup>, usaron como puntos focales de su resistencia partes de aquellos territorios donde habrían vivido sus antepasados desde el momento en que sus idiosincrasias culturales se definieron. Uno de los factores sociales que más influencia ejerce sobre la complejidad social y el desarrollo cultural de una agrupación humana cualquiera, es el tamaño y la densidad de su población y la relación que guarda ésta con los modos de consecución o producción de alimentos y con las tecnologías desarrolladas para tales fines. Por tanto, es lógico que el reducido número de indígenas ‘de guerra’ presentes en Panamá en 1550, partícipes ya en relaciones comerciales con los españoles y sus esclavos, hubieran poseído artefactos, cultivos y patrones de conducta muy distintos a los de los centenares de cacicazgos agrícolas que los españoles destruyeron cincuenta años antes.

Aunque a lo largo de la época precolombina los pueblos istmeños recibieran cultivos y tecnologías procedentes de zonas lejanas, los cuales ocasionaron algunos cambios importantes en su trayectoria socio-económica y si bien en vísperas del contacto español se habían establecido pequeñas comunidades de mercaderes de origen mesoamericano en la costa del Caribe, esta narrativa y la siguiente destacarán cuatro inferencias habidas de los datos en existencia, las cuales subrayan lo determinantes que fueron los procesos endógenos en la evolución de los grupos precolombinos del istmo: (a) el Pacífico central de Panamá —la zona más completamente investigada— fue ocupado *continuamente* desde postrimerías de la última Edad de Hielo por grupos poseedores de tradiciones culturales que evidencian una gran profundidad temporal y un marcado conservadurismo conceptual y tecnológico, (b) el principal enfoque de las actividades sociales y comerciales a lo largo y ancho del istmo fue el trato y trueque *con grupos vecinos*, (c) el número de artefactos cuyo origen extra-istmeño se puede constatar en *lo estilístico*, es extremadamente bajo<sup>12</sup>, (d) la heterogeneidad ambiental que destacamos atrás propició un grado considerable de autosuficiencia local en lo que respecta a los alimentos y artículos básicos.

En contraposición a la primacía del papel del ‘puente’ en la conceptualización popular del desarrollo humano en la América Central, los arqueólogos actuales suelen tildar las culturas prehispánicas de toda la Baja América Central de “conservadoras”, “estables”, “poseedoras de fuertes tradiciones locales” y “resistentes a los cambios”<sup>13</sup>.

## Naturaleza de la evidencia

La mayor parte de la información que resumiremos en este capítulo fue proporcionada por arqueólogos que buscan evidencia de las actividades humanas del pasado precolombino que yace enterrada o que se encuentra en la superficie en áreas erosionadas o perturbadas. Aunque procuran reconstruir lo más que puedan de los patrones culturales de las comunidades responsables por dichas actividades, estos investigadores rescatan pocas categorías de datos en este país tropical húmedo donde los suelos son, por lo general, excesivamente ácidos. Frecuentemente, los únicos restos culturales que permanecen en un sitio arqueológico panameño son aquellos hechos de piedra o barro cocido, esto es, los ‘cubiertos’, ‘herramientas’, ‘pailas’ y ‘vajillas’ corrientes en tiempos precolombinos. Las materias orgánicas, como la madera, el hueso, los textiles y la cestería, se descomponen rápidamente hallándose tan sólo bajo condiciones anómalas. La magnitud de esta deficiencia se hace evidente cada vez que visitamos una comunidad indígena actual donde encontramos un variado inventario de artículos hechos de dichos materiales perecederos. Otra desventaja para el investigador es la dificultad de encontrar intactos los restos óseos humanos que constituyen una imprescindible fuente de información sobre la dieta, la salud y el físico, así como sobre importantes parámetros demográficos y culturales, como la mortandad y la diferenciación social. Esto se hará evidente cuando discutamos sobre las jerarquías sociales de los cacicazgos.

El arqueólogo trata de compensar la exigüidad de sus datos agregando constantemente nuevas



metodologías de campo y técnicas de análisis. A manera de ejemplo, métodos para identificar partículas microscópicas de plantas cultivadas hace muchos milenios por los indígenas americanos – muchos de ellos desarrollados en Panamá por Dolores Piperno a partir de 1975 - han cambiado en gran medida nuestra conceptualización de la antigüedad y del patrón de desarrollo de la agricultura en el Neotrópico<sup>14</sup>. Otro aporte que ha estimulado nuevas maneras de vislumbrar el pasado precolombino es el de especialistas en la genética de poblaciones, lingüística histórica, paleoecología<sup>15</sup> y otras disciplinas dedicadas a reconstruir cómo cambian a través del tiempo las sociedades humanas y el entorno físico y natural en el que éstas se desenvuelven. Cabe advertir, no obstante, sobre la importancia de evaluar y cotejar con prudencia las bases de datos de cada una de estas categorías de investigación porque no conducen forzosamente a iguales conclusiones sobre un tema en particular.

## Medición del tiempo

En una síntesis como ésta, la medición del tiempo es, tanto fundamental, como engorrosa para el lector. La mayor parte de las sociedades que poseen sistemas de escritura calculan el transcurrir del tiempo en base a observaciones empíricas de los movimientos de los cuerpos celestiales, refiriendo el año, mes o hasta el día en el que aconteció un evento específico a alguna fecha real o mítica de sostén, como el nacimiento de Cristo, la fundación de la ciudad de Roma o la misteriosa fecha del 11 de agosto de 3114 a.C. en la cual se ancló el calendario maya<sup>16</sup>. Salvo en algunos casos especiales<sup>17</sup>, los practicantes de las disciplinas históricas que no recurren a la documentación escrita confinan sus estimados a lapsos menos precisos - décadas, siglos o milenios.

El arqueólogo y el paleoecólogo basan su cronología en tres métodos complementarios: (1) la *estratigrafía*, esto es, la manera en la que se acumulan unos sobre otros los estratos en los que se encuentra la evidencia de las actividades humanas partiendo de la premisa de que el estrato más profundo es el más antiguo, (2) los *estimados radiométricos*, los cuales se desprenden de mediciones físicas de la tasa de descomposición de átomos radioactivos de varios elementos presentes en materias orgánicas e inorgánicas y (3) el comparar materiales y artefactos procedentes de diferentes estratos a fin de identificar semejanzas y disimilitudes entre aquéllos que indiquen cómo cambian a través de tiempo (desde luego, la exactitud del tercer método depende de la factibilidad de utilizar información proveída por los otros dos).

La técnica radiométrica más ampliamente utilizada en el caso del Panamá precolombino, es el fechamiento por el método del carbono 14 (<sup>14</sup>C), el cual se basa en el hecho de que todo organismo viviente absorbe el carbono en equilibrio con la atmósfera; a la muerte de aquél, el <sup>14</sup>C *radioactivo* comienza a descomponerse mediante la emisión commensurable de partículas β. Ahora bien, dos fenómenos hacen que la edad radiocarbónica diverja de la caléndrica: (a) la razón <sup>12</sup>C: <sup>14</sup>C en la atmósfera fluctúa periódicamente, (b) el <sup>14</sup>C no está distribuido de forma equitativa entre los activos reservorios globales. Por tanto, las dataciones de <sup>14</sup>C se “calibran” con estimados independientes de la edad caléndrica, tales como los anillos de crecimiento anuales de ciertas especies de árboles y los sedimentos marinos depositados año tras año<sup>18</sup>. Otro factor que aminora la precisión del método es el hecho de que la descomposición atómica no procede a una tasa constante por lo que cada fecha calculada por el laboratorio promedia los resultados de varios ensayos agregándosele una ‘desviación estándar’, la cual se duplica a fin de lograr un estimado acorde con los principios de la estadística. Esto quiere decir que, si la antigüedad de un trozo de carbón vegetal se calculó en 2.000 ± 50 ‘años radiocarbono antes del Presente’, existe un 95% de probabilidad de que la planta que lo produjo hubiese muerto entre 2.100 y 1.900 años a.P.

En este texto, el tiempo se mide en ‘años radiocarbono antes del presente’ (a.P.). Allí donde citas fechas adquiridas en excavaciones específicas, al estimado en años a.P. se agregan las calibraciones proveídas por Beta Analytic Inc. (“cal a.C./ cal d.C.”). En el Cuadro 1 las fechas a.P. se equiparan con las de las curvas de calibración vigentes.

Cuadro 1: periodización de la arqueología prehispánica de Panamá

Periodo	Edad (a.P.)	Edad aproximada (cal a.C./d.C.)	Economía de subsistencia	Patrón de asentamiento	Innovaciones tecnológicas
I A	? - 11,500	? - 11,500 cal a.C.	Cacería, recolección, ¿pesca?	Campamentos	Lasqueo bifacial en calcedonia, puntas "Jobo"
I B	11,500-10,000	11,500-9,500 cal a.C.	Cacería, recolección, ¿pesca?, énfasis en mamíferos extintos	Campamentos	Puntas acanaladas, tecnología "Clovis" y "Cole de Pez", raspadores cuidadosamente lasqueados
II A	10,000-7,000	9,500-6,000 cal a.C.	Cacería, recolección, ¿pesca?, cultivo de plantas domesticadas	Campamentos, caseríos	Puntas sin acanaladuras, pequeñas piedras de moler
II B	7,000-4,500	6,000-3,300 cal a.C.	Cacería, recolección, pesca, agricultura rotativa	Campamentos, caseríos	Lasqueo unifacial, pequeñas piedras de moler
III	4,500-2,500	3,300-400 cal a.C.	Cacería, recolección, pesca, agricultura rotativa	Campamentos, caseríos	Cerámica sencilla ("Gran Coclé"), plásticamente decorada y con pintura roja
IV A	2,500-1,800	400 cal a.C. - 250 cal d.C.	Cacería, recolección, pesca, agricultura rotativa, agricultura en vegas	Campamentos, caseríos, aldeas	Cerámica bien hecha (general), policromía ("Gran Coclé"), mesas de moler, hachas y azuleos
IV B	1,800-1,250	250-800 cal d.C.	Cacería, recolección, pesca, agricultura rotativa, agricultura en vegas	Campamentos, caseríos, aldeas	Orfebrería, trabajos en concha, hueso, dientes y glíptica, metates
V	1,250-450	800 cal d.C.-1,500 d.C.	Cacería, recolección, pesca, agricultura rotativa, agricultura en vegas	Campamentos, caseríos, aldeas, centros ceremoniales	Talla en piedras volcánicas, metates en forma de animales

### Áreas culturales

Ninguna sociedad humana se desarrolla en el aislamiento, sino en el contexto de sus relaciones con otras sociedades<sup>19</sup>. Lo que varía es la regularidad, intensidad y envergadura geográfica y social de las interacciones de cada agrupación participante de acuerdo a sus características culturales, técnicas y ecológicas. A fin de trazar estas complejas relaciones en el tiempo y en el espacio, los arqueólogos organizan sus datos en bloques de tiempo y en unidades geográficas. Por lógica, esta tarea está supeditada, no sólo a las características intrínsecas de las sociedades estudiadas, sino, también, a la calidad de la información disponible. En el caso de Panamá, el hecho de que las investigaciones sobre el pasado precolombino hayan tenido un desconcertante sesgo geográfico (al concentrarse en la vertiente del Pacífico al Oeste del Canal) aminora la objetividad de nuestra apreciación del desarrollo regional. Por ejemplo, la alfarería —un elemento cultural que, una vez aparece, deja evidencia abundante en los sitios arqueológicos en la forma de vasijas y tiestos— se remonta a 4.500 años a.P. en la región central (Coclé, Veraguas y Azuero) y tan sólo 3.000 años a.P. en la región occidental (Chiriquí y Bocas del Toro). Aún no sabemos a ciencia cierta si dicha discrepancia se debe a disímiles trayectorias culturales, o a la incompleta cobertura geográfica de las investigaciones arqueológicas.

Nuestro cuadro cronológico regional (Cuadro 1) es una simplificación que pasa por alto el tipo de inconsistencias que acabamos de señalar. Los cinco periodos destacan, o cambios en el modo de adquirir alimentos y en los patrones de asentamiento, o hitos tecnológicos. Por ejemplo, durante el Periodo I, no existe evidencia de la producción de alimentos mediante el cultivo de plantas, costumbre que sí caracteriza el periodo siguiente, II. Durante el Periodo IV aparecen la orfebrería, los grandes metates<sup>20</sup> y la cerámica pintada y modelada con pericia, rasgos que señalan, a la vez, la transición de un patrón de asentamiento caracterizado por pequeños caseríos y campamentos a otro dominado por aldeas con centenares o miles de habitantes. Aunque el inicio del Periodo V coincide, en lo teórico, con la consolidación de las sociedades jerarquizadas, política y, en cierta medida, culturalmente diferenciadas entre sí —los 'cacicazgos' de los antropólogos—, esta generalización sigue siendo insatisfactoria porque, aún para estas fechas, hubo bastante variabilidad regional en lo que respecta al tamaño y a la densidad de población, al grado de sedentarismo y nuclearización de los asentamientos y, por ende, a la naturaleza y envergadura del poder político.

Aquellos lectores que ya están familiarizados con la arqueología precolombina de Panamá estarán acostumbrados al agrupamiento de los restos arqueológicos en *áreas culturales*. Antes de la Segunda

Guerra Mundial (cuando los únicos datos arqueológicos disponibles se referían al último milenio precolombino), se propusieron cuatro: Chiriquí, Coclé, Veraguas y Darién<sup>21</sup>. En la década del '70, logradas una mayor profundidad temporal y una mejor cobertura geográfica, se formalizó un esquema tripartita que unió los sitios del Pacífico a los de las vertientes adyacentes del Caribe (las regiones 'occidental', 'central' y 'oriental')<sup>22</sup>, el cual sigue vigente aunque los arqueólogos ahora prefieren los términos 'Gran Chiriquí', 'Gran Coclé' y 'Gran Darién'<sup>23</sup> con el propósito de hacer ver que los límites geográficos de dichas áreas sobrepasaron los provinciales de la actualidad y, en el caso de la primera y última área cultural, hasta los linderos nacionales.

La complejidad de esta faceta de las investigaciones arqueológicas es superior a los esfuerzos de los arqueólogos por comprender cómo se relacionan, en el espacio y en el tiempo, conjuntos de artefactos con importantes parámetros sociales, como, por ejemplo, los territorios políticos, la producción y el trueque, las lenguas y las etnias. Aunque algunas filogenias propuestas por lingüistas, genetistas y arqueólogos para los hablantes de lenguas que pertenecen a ciertas familias y filios de idiomas evidencian, en algunas regiones del mundo, sorprendentes niveles de similitud<sup>24</sup>, es preciso que evaluemos dichas relaciones caso por caso y región por región, conscientes, desde luego, de que la transferencia de lenguas y genes de una agrupación social a otra obedece a múltiples factores no necesariamente, ni constantes, ni universales<sup>25</sup>. Como suele ocurrir cuando una población cualquiera pasa de una economía basada en la cacería y recolección a otra en la que la producción de alimentos juega un papel cada vez más preponderante, la población precolombina del istmo experimentó un continuo crecimiento demográfico acompañado de una diversificación social cada vez mayor, la cual repercutió en la cultura material arqueológica. Para el 6.300 a.P., las diferencias entre los utensilios de piedra de la cordillera central de Chiriquí y los de zonas aledañas a la Bahía de Parita, no parecen ser únicamente funcionales, sino también, conceptuales, esto es, el producto de dos tradiciones culturales<sup>26</sup>. Para el periodo comprendido entre el 2.500 y 1.250 a.P., cada uno de los conjuntos de vasijas hallados por arqueólogos en (a) Chiriquí occidental, (b) el área de Coclé, Veraguas y Azuero y (c) la actual zona canalera reúne características propias de forma, tecnología y decoración, las cuales señalan la existencia de distintas tradiciones alfareras en los sectores más densamente poblados de las áreas culturales de 'Gran Chiriquí', 'Gran Coclé' y 'Gran Darién'. Es preciso señalar, no obstante, que los linderos entre éstos no eran estáticos, ni en el espacio, ni en el tiempo. Tampoco representaron obstáculos para la comunicación social o comercial, de manera que se identifican zonas donde está en evidencia una mayor heterogeneidad de artefactos debido al trueque entre los pueblos fronterizos de cada área cultural. Veremos más adelante que el litoral del Pacífico entre Chame y Panamá la Vieja constituyó una de estas zonas culturalmente mixtas por varios cientos de años. Dicha situación tiene mucho que ver con el hecho de que las sociedades moderadamente jerarquizadas como las precolombinas de Panamá suelen dividirse y unirse constante e imprevisiblemente debido a factores tan diversos, como (a) la declinante fertilidad de los suelos, (b) los fenómenos naturales como las erupciones volcánicas, terremotos, sequías e inundaciones, (c) los conflictos entre individuos, parentelas, familias y asentamientos, (d) las enfermedades y epidemias, (e) el hacinamiento y la insalubridad de los poblados y (f) aspectos más sutiles, tales como las predicciones hechas por chamanes, videntes y otras personas responsables por la comunicación con el mundo sobrenatural. Por lógica, identificar dichos parámetros con los tipos de datos sintetizados a continuación abarcaría desde lo difícil hasta lo inalcanzable.

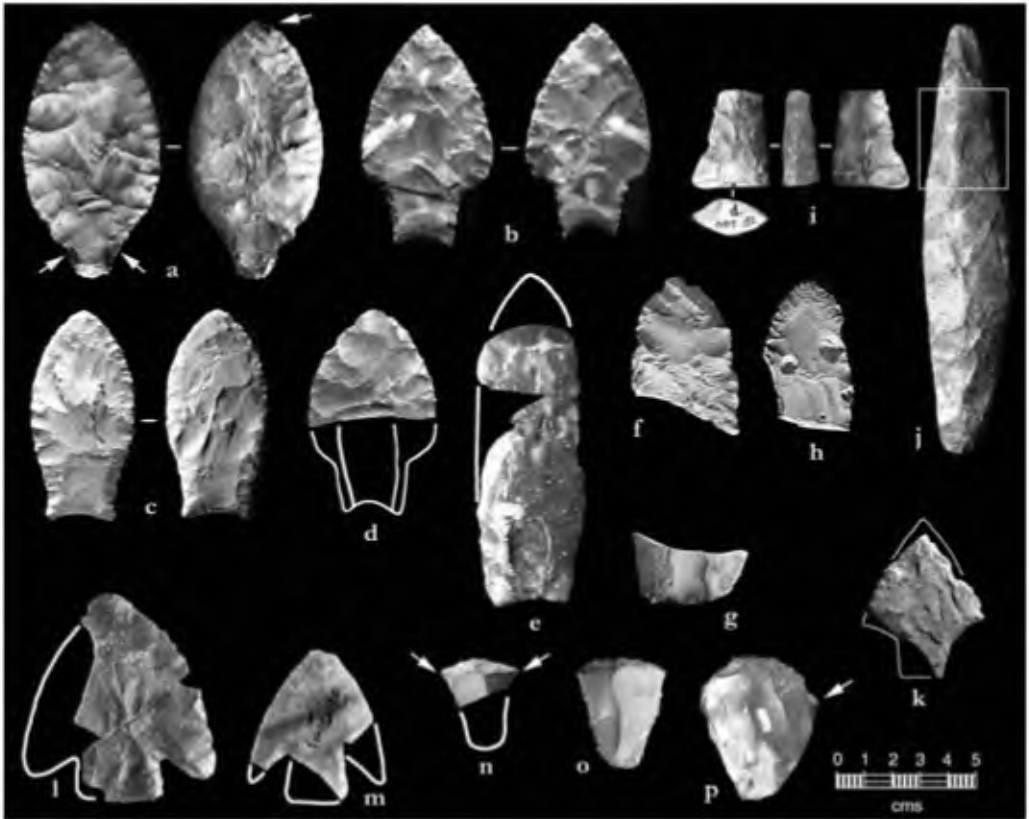
Dentro de las tradiciones de cada una de las tres áreas culturales se han identificado variantes *locales*, especialmente en lo referente a los artefactos utilitarios que suelen exhibir una mayor diferenciación que aquellos que tenían fines suntuarios o rituales, o que trasmitían información mitológica o simbólica. La manera más práctica de manejar este grado de variabilidad *local* es a través de unidades espaciales o temporales más pequeñas que las 'áreas culturales', como 'sub-regiones' y 'fases.' Aunque en una síntesis de esta naturaleza es tedioso prestar demasiada atención a estos detalles, tendremos a bien señalar más adelante algunos ejemplos sobresalientes.

La siguiente narrativa del desarrollo precolombino de los indígenas del istmo comprende desde su llegada a postrimerías de la última Edad de Hielo hasta la conquista española y sigue un orden cronológico. La ubicación de todos los sitios arqueológicos referidos se presenta en la Figura 3.



Figura 3: Sitios arqueológicos de Panamá





**Figura 4: Utensilios de piedra de los periodos I y IIA.** a: punta bifacial 'cola de pez' supuestamente hallada en Cañazas, Veraguas (colección privada), b: punta bifacial 'cola de pez', Lago Alajuuela, c: punta bifacial con rasgos 'Clovis', Lago Alajuuela, d: hoja distal de punta 'cola de pez', Cueva de los Vampiros (Coclé), e: punta bifacial 'Clovis' casi completa, La Mula-Sarigua, f,h: partes distales de dos puntas 'Clovis', La Mula-Sarigua, g: base acanalada de punta 'Clovis', La Mula-Sarigua, i: sección medial de punta bifacial hallada en Lago Alajuuela, la cual se parece a ejemplares 'Jobo' (j, Venezuela), k: punta acanalada y apedunculada parecida a la variedad 'Elvira' de Colombia, hallada en La Yeguada, l,m: puntas bifaciales sin acanaladura y con orejas laterales, La Mula-Sarigua, n: raspador terminal con dos espuelas, rota por la mitad, La Mula-Sarigua, o: raspador terminal, SA-27 (Santiago, Veraguas), p: raspador terminal con espuela lateral, Cueva de los Vampiros. (Fotos de R. Cooke, excepto b,c [J.B. Bird], k, p [G.A. Pearson]).

## Inmigración (Periodos IA y IB)

La idea del poblamiento inicial del continente americano a través del estrecho de Bering, entre Siberia y Alaska, ya había sido promulgada por el padre jesuita Joaquín Acosta en 1589, al señalar que aquellos primeros inmigrantes eran los antepasados remotos de los indígenas que sus compatriotas habían encontrado a lo largo y ancho del Nuevo Mundo a partir de 1492<sup>27</sup>. Dicha hipótesis geográfica, la cual compagina mejor con la racionalidad científica que otras más recientes que han querido poblar América con africanos y australianos<sup>28</sup>, sigue siendo la que recibe el mayor respaldo de las disciplinas académicas que investigan sobre la expansión del ser humano desde su cuna tropical en el Viejo Mundo y que a la postre llevaría a grupos de cazadores y recolectores hasta el Sur de la Patagonia antes de que finalizara la última Edad de Hielo<sup>29</sup>. Aunque el planteamiento de que algunos grupos paleolíticos cruzaron a América desde Europa atrae a pocos adeptos<sup>30</sup>, no dejan de generar controversia entre especialistas diversos temas relacionados con la ruta de Bering como (a) la antigüedad y el número de las olas migratorias, (b) si éstas se dispersaron hacia el Sur siguiendo rutas terrestres o marítimas (o ambas) y (c) la rapidez de los desplazamientos de las distintas bandas de inmigrantes por regiones



ecológicamente heterogéneas, cuyos climas, vegetación y fauna eran distintos de los actuales y bastante inestables para el periodo Tardiglacial<sup>31</sup> (14.000-10.000 a.P.) debido a las consecuencias del deshielo.

Los arqueólogos se han tropezado con bastantes dificultades en su búsqueda de evidencia contundente de conjuntos de artefactos de mayor antigüedad que la tradición de utensilios de piedra, hueso y marfil conocida en Norteamérica como *Clovis*, la cual es bastante ubicua a través de un territorio amplio (Canadá oriental hasta Venezuela) y acusa fechas radiocarbónicas comprendidas entre aproximadamente 11.500 y 10.900 años a.P.<sup>32</sup>. Dicha tradición y sus vástagos poseen características técnicas fácilmente reconocibles, entre las que destacan las puntas de proyectil 'bifaciales' y 'acanaladas' denominadas así por ser lasqueadas en ambas caras y por poseer uno o dos canales verticales que facilitaban su amarre a una lanza de madera y hueso o marfil<sup>33</sup> (Figura 4 b,c,e,g). No obstante, aunque sean pocos los sitios arqueológicos que han sido aceptados unánimemente como fidedignos ejemplos de la presencia de grupos humanos más antiguos que *Clovis* en América, su número va en aumento. El más cuidadosamente investigado es Monte Verde (Chile), cuyos moradores se dedicaban, a partir del 12.500 a.P., tanto a la cacería (la que incluía mamíferos hoy extintos), como a la recolección de moluscos y plantas silvestres. Sus puntas de lanza bifaciales y sin acanaladuras eran fuertes y a lo mejor eficientes<sup>34</sup>. Se reportó el mayor número de estos utensilios en Venezuela donde se les conoce como puntas *Jobo*, halladas junto con restos óseos de perezosos gigantes y mastodontes<sup>35</sup>. Dos fragmentos de puntas similares a las *Jobo* se conocen en Panamá, uno recogido en el ahora inundado curso medio del río Chagres (Lago Alajuela) (Figura 4 i)<sup>36</sup> y el otro en La Yeguada (Veraguas, Pacífico)<sup>37</sup>. Su extrema escasez contrasta con las nutridas muestras de artefactos de piedra halladas en La Mula-Oeste<sup>38</sup> y Sitio Nieto, dos talleres cuyos artesanos aprovecharon vetas cercanas de ágata translúcida<sup>39</sup>. Aunque no pudieran fecharse con el método del <sup>14</sup>C, las puntas de lanza y los raspadores recogidos en estos sitios (Figura 4 e-g, n) guardan una estrecha semejanza con los ya reportados en sitios *Clovis* de Estados Unidos, Guatemala, Costa Rica y Venezuela, lo que señala que todos pertenecen a una misma tradición<sup>40</sup>. Por ello, reviste mucho interés un fogón hallado en la albina de Sarigua (Herrera) en los años '60 el cual arrojó una fecha de 11.350 ± 250 a.P. (11.910 [11.230] 10.710 cal a.C.)<sup>41</sup>. Pese a no estar directamente asociado con utensilios de piedra y aunque no se haya podido establecer su relación física con el taller *Clovis* de La Mula-Oeste —descubierto en 1988 dentro de la misma albina— su antigüedad está acorde con la hipótesis de Anthony Ranere y Georges Pearson de que los artefactos hallados en este sitio y en Sitio Nieto representan los albores de la tradición *Clovis*.

Un sitio que sí ha proporcionado evidencia *in situ* de la presencia humana durante el Periodo IB es la Cueva de los Vampiros localizada cerca de la desembocadura del río Santa María y donde el primer piso de ocupación se dató en 11.550 ± 140 a.P. (12.060 [11.520] 11.020 cal a.C.)<sup>42</sup>. Justo encima de éste se recogieron la hoja de una punta de lanza acanalada<sup>43</sup> (Figura 4d), lascas desprendidas durante la hechura de esta clase de utensilios y pequeños raspadores, uno de los cuales presenta una 'espuela' lateral (Figura 4 p). El fragmento de punta pertenece a una variedad muy delgada y de hoja ancha, llamada *Cola de Pez*, la cual fue reportada anteriormente en Lago Alajuela y Cañazas (Veraguas) (Figura 4 a,b)<sup>44</sup>. En el istmo centroamericano, las puntas *Cola de Pez* se traslapan en lo geográfico con las *Clovis* aunque los datos actuales no permitan establecer si aquéllas se derivaron de éstas o si ambas clases representan distintas tradiciones *coetáneas*, siendo *Clovis* la nortea y *Cola de Pez* la sureña<sup>45</sup>. Sólo más descubrimientos bien fechados esclarecerán tales alternativas.

Hallazgos en Sudamérica demuestran que los cazadores que confeccionaban puntas *Cola de Pez* perseguían caballos americanos, perezosos gigantes y mastodontes<sup>46</sup>. Aunque estos y otros taxones de animales extintos ya se hayan descubierto en Panamá, el constatar su coexistencia con artefactos o actividades humanas ha eludido a los arqueólogos a quienes, aun así, se les exhorta continuar la búsqueda de estas asociaciones debido a los debates enconados que se han desatado en torno al papel que desempeñaron los cazadores humanos en la desaparición de la megafauna americana<sup>47</sup>. Las fracturas presentes en algunas puntas de lanza bifaciales halladas en Lago Alajuela y la Cueva de los Vampiros hacen pensar que fueron ocasionadas por daños sufridos durante la cacería<sup>48</sup>.

Otro punto de discusión muy debatido en lo referente a las primeras inmigraciones a América es la utilización de rutas costeras por grupos cuyo patrón de subsistencia no enfocaba necesariamente

la cacería de animales grandes, sino la pesca y la recolección de productos del litoral marino. Encontrar este tipo de sitios —ya identificados en la costa del Perú<sup>49</sup>— se ve complicado por el hecho de que, desde el comienzo del deshielo unos 14.000 años a.P. hasta aproximadamente el 7.000 a.P., el nivel de los océanos subió inundando sitios arqueológicos ubicados en zonas costeras. Debido a que la plataforma continental en el Pacífico es ancha y su inclinación leve, sitios como la Cueva de los Vampiros y La Mula-Oeste, hoy en día ubicados muy cerca de la línea de la costa, estaban bastante alejados de hábitats costeros cuando albergaron campamentos de cazadores y recolectores paleoindios<sup>50</sup>. Se supone que otros sitios contemporáneos con ellos se encuentran debajo de las aguas del mar<sup>51</sup>.

Se mencionó atrás que los únicos artefactos que podrían referirse a una ocupación pre-Clovis en Panamá provienen de La Yeguada y Lago Alajuela, ambos localizados cerca de la división continental. En los sedimentos de aquella laguna, los primeros y tajantes indicios de una presencia humana en los bosques de encinos, robles y magnolias que la rodeaban durante el Tardiglacial no se presentan sino hasta el 11.000 a.P., esto es, unos 3.000 años después del apresamiento de las aguas de este lago por movimientos telúricos (Figura 5). La Cueva de los Vampiros estuvo disponible para un grupo de cazadores 4.000 años antes de la primera evidencia de ocupación humana allí (11.500 a.P.), en tanto que los abrigos cercanos de Corona (Veraguas) y Aguadulce (El Roble, Coclé) no ampararon campamentos antes del milenio comprendido entre el 11.000 y el 10.000 a.P.<sup>52</sup> Por lo tanto, si en verdad había grupos pre-Clovis en esta área, o su número era muy reducido, o hacían sólo esporádicas excursiones lejos de las costas.

Los sitios arqueológicos paleoindios ya localizados en el curso medio del río Chagres (Lago Alajuela), así como Finca Guardiría (Costa Rica, Atlántico) y Bahía Gloria (Urabá), estaban ubicados durante el Periodo I dentro de bosques tropicales, los cuales tenían, no obstante, doseles más abiertos que los actuales debido, no sólo al clima menos cálido y lluvioso<sup>53</sup>, sino, también, a los efectos destructivos de la megafauna sobre la vegetación. Es probable que la margen oriental de la Península de Azuero y el sur de Coclé —el ‘arco seco’ de hoy— hubiese estado cubierta de matorrales xerófilos, los cuales se habrían extendido por la amplia planicie expuesta por el océano descendido. Evidencia paleoecológica obtenida en Monte Oscuro (Capira, Panamá) señala que una sabana arbolada pleistocénica fue reemplazada en el Holoceno temprano por bosques<sup>54</sup>.

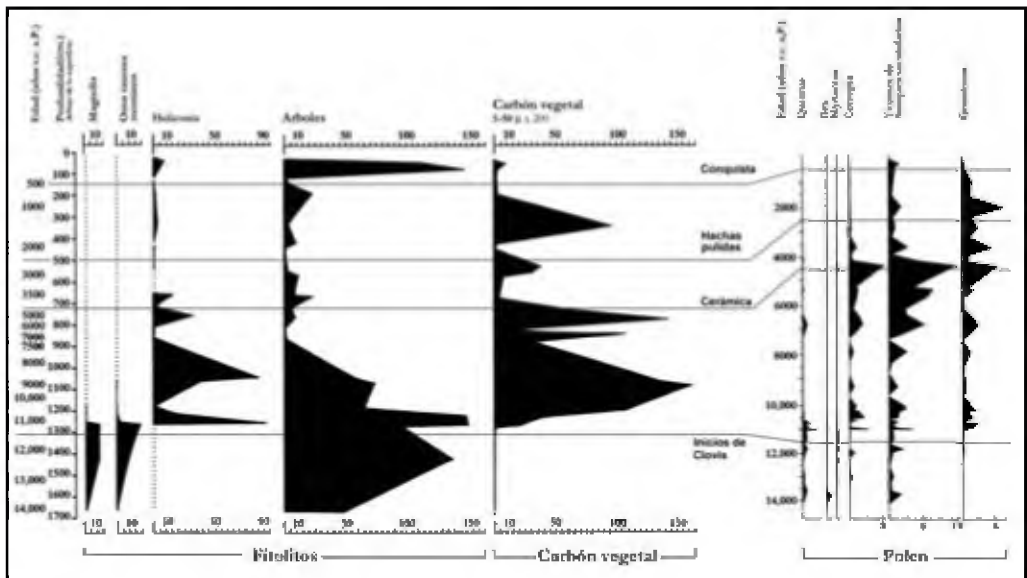


Figura 5: Datos paleoecológicos obtenidos en La Yeguada que indican cambios en la distribución de la vegetación ocasionados, tanto por el clima, como por las actividades humanas (sintetizados de Dolores Piperno y Deborah Pearsall, *The Origins of Agriculture in the New World Tropics*, 1998, figuras 5.8, 5.9). Nótese cómo los bosques volvieron a colonizar esta área muy alterada por los agricultores precolombinos durante los últimos 500 años.

## Permanencia. Producción de Alimentos en Zonas de Clima Estacional (Periodo IIA)

El hecho de que en la mayor parte del continente suramericano existieran asentamientos humanos antes de que finalizara el Tardiglacial, demuestra que no todos los primeros inmigrantes al istmo se detuvieron allí (¡es inverosímil que ellos hubieran pasado a Suramérica en botes sin pisar suelo istmeño!). Sin embargo, evidencia paleoecológica y arqueológica comprueba una continua presencia humana en el Pacífico central a partir del 11.500 a.P. La perturbación ocasionada por los cazadores paleoindios en los bosques de la cuenca de La Yeguada prosiguió y se intensificó durante el Periodo IIA conduciendo a que especies de plantas que se vuelven abundantes como consecuencia de las actividades humanas, como las gramíneas, la ‘chichica’ (*Heliconia*) y el ‘guarumo’ (*Cecropia*), fueran desplazando poco a poco la vegetación arbórea (Figura 5). Este tipo de cambios sugiere que los grupos humanos que vivían en esta cuenca abrían claros en los bosques mediante el fuego con tanta intensidad o regularidad que éstos no tuvieron tiempo de regenerarse<sup>55</sup>.

Desde luego, estos datos paleoecológicos no brindan información sobre el acervo cultural de los grupos responsables por esta modificación del paisaje. Algunos abrigos rocosos, no obstante, contienen evidencia arqueológica de la continuación, no sólo del asentamiento humano, sino, también, de algunos patrones tecnológicos heredados de los paleoindios. La Cueva de los Vampiros, el Abrigo de Aguadulce y el Abrigo de Corona fueron usados de vez en cuando como campamentos durante el periodo comprendido entre el 11.000 y 7.000 a.P.<sup>56</sup> Los abrigos de Carabalí y de los Santanas acusan ocupaciones leves a partir del 8.000 a.P. Otros sitios a cielo abierto localizados a lo largo del río Santa María y sus afluentes<sup>57</sup>, en la orilla de la Laguna de la Yeguada<sup>58</sup> y en el curso medio del río Chagres (Lago Alajuela)<sup>59</sup> deberían de referirse al Periodo IIA de acuerdo a las clases de artefactos de piedra halladas en ellos. Asimismo, el número de sitios en la cuenca del río Santa María se duplicó con respecto al Periodo IB, lo cual da apoyo a la evidencia paleoecológica citada atrás de que la población local siguió creciendo a inicios del Holoceno<sup>60</sup>.

En todos estos sitios es evidente el lasqueo bifacial de puntas de proyectil aunque distintas de las paleoindias del periodo anterior. También se hallan raspadores cuidadosamente retocados (Figura 4 o). Un pequeño taller en la albina de Sarigua (La Mula-Centro) constata la confección de puntas sin acanaladuras, con orejas y, en un caso especial, con la hoja delicadamente serrada (Figura 4 l-m). Algunas se calentaron intencionalmente para facilitar el lasqueo<sup>61</sup>. El desarrollo de esta clase de proyectiles sólo es comprensible si, desaparecida la megafauna del Pleistoceno, se hiciera abundante en la vertiente del Pacífico otra especie grande de mamífero, nos referimos al sabanero venado de cola blanca (*Odocoileus virginianus*). Se ha asumido, aunque sin datos empíricos confirmatorios, que para entonces también se practicaba la pesca en ríos y estuarios<sup>62</sup>.

### Inicios de la producción de alimentos

Es cada vez más evidente que, apenas iniciado el Holoceno en el Neotrópico y tal vez antes, la simbiosis entre algunos grupos de plantas y el ser humano trascendió la mera recolección de especies silvestres en sus hábitats naturales, esto es, se puso en marcha aquel complejo y prolongado proceso que, a la larga, convirtió algunas clases de plantas manipuladas por el ser humano –particularmente, gramíneas, cucurbitáceas, leguminosas y varios taxones que producen tubérculos– en especies tan cambiadas genéticamente, que el identificar sus progenitores silvestres ha desafiado y, en algunos casos, sigue desafiando a los científicos. Determinar empíricamente cuándo los vástagos difieren lo suficiente de sus estirpes como para merecer la etiqueta ‘domesticados’ o ‘cultivados’ es una tarea complicada que requiere de la estrecha cooperación entre genetistas, agrónomos, arqueólogos y paleoecólogos. Sin embargo, aunque pasarán muchos años antes de que se resuelvan las muchas interrogantes en torno al origen y a la evolución de cada una de las aproximadamente 100 especies que fueron cultivadas por los indígenas precolombinos, los descubrimientos más recientes indican que en el istmo se comenzó a cultivar la tierra para sembrar especies domesticadas antes de que finalizara el Periodo IIA.

En el Abrigo de Aguadulce y la Cueva de los Vampiros, se ha confirmado la presencia de tres taxones de plantas al parecer ya domesticadas en estratos fechados entre el 9.000 y 7.000 a.P.: el lerén

(*Calathea allouia*) y el arrurruz (en Panamá: sagú) (*Maranta arundinacea*)—los cuales producen pequeños tubérculos subterráneos— y la tula (*Lagenaria siceraria*) cuyas calabazas hacen buenos receptáculos<sup>63</sup>. En el Abrigo de Aguadulce se reportó, también, una variedad de zapallo (*Cucurbita*) que bien pudo haber sido, o silvestre, o domesticada. Esta evidencia consta de fitolitos y granos de almidón —partículas microscópicas que se preservan, tanto en los suelos antropogénicos, como empotradas en dientes humanos y en las partes desgastadas de las piedras que se usaban para moler o triturar alimentos vegetales. Análisis complementarios de materiales carbonizados indican que, en adición a aquellos recursos cultivados, se aprovechaban las frutas de algunos árboles silvestres, como la palma de vino (*Acrocomia mexicana*), el nance (*Byrsonima crassifolia*) y especies de la familia Sapotaceae (p.ejm., caimitos, mameyes y zapotes)<sup>64</sup>.

Aunque, hasta la fecha, tan sólo en las llanuras y estribaciones de la vertiente del Pacífico de Coclé y Veraguas se haya podido demostrar que el cultivo de plantas en parcelas rotativas abiertas mediante el fuego en bosques y rastrojos se remonta al Periodo IIA, se espera que futuras investigaciones en otras zonas estacionalmente secas del istmo que aun no conocen investigaciones arqueológicas, proporcionen evidencia confirmatoria. Hacia el oriente, en los sedimentos de la laguna seca de Monte Oscuro (Capira, Panamá), la perturbación antropogénica se hace aparente durante el milenio comprendido entre el 8.000 y 7.000 a.P.<sup>65</sup>.

### Expansión Demográfica e Inicios de la Diversificación Cultural (Periodo II B)

El desarrollo del maíz ejemplifica cuán complejos, demorados y, a la vez, asombrosos fueron los procesos que convirtieron varias especies silvestres de poca o nula utilidad para la alimentación humana en productos que posteriormente llegarían a ser el sostén de las comunidades prehispánicas. Luego de muchos años de debates, se ha logrado identificar mediante técnicas moleculares, no sólo la variedad de gramínea silvestre que dio origen al maíz —una subespecie del teocinte (*Zea mays ssp. parviglumis*)— sino, también, la precisa ubicación geográfica del acervo genético fundador (Guerrero, México). Al parecer, cuatro o cinco mutaciones, actuando en unísono con la selección y dispersión humanas, convirtieron el teocinte —provisto de múltiples y minúsculas mazorcas con solo dos filas de semillas envueltas en glumas, diminutas, duras e imposibles de digerir— en el maíz, aquella planta por todos conocida que posee mazorcas en el tallo principal, envueltas en un capullo y provistas de muchas hileras de granos grandes y feculentos que se pueden preparar en una infinidad de maneras y para múltiples usos<sup>66</sup>. Exactamente cuándo ocurrieron dichas mutaciones es aún materia de discusión. Sin embargo, es evidente que variedades primitivas del maíz, todavía poseedoras de algunas características del teocinte ancestral, se dispersaron desde su cuna en el suroeste de México a lo largo del istmo centroamericano hasta los Andes septentrionales y las cabeceras del río Amazonas durante el periodo transcurrido entre el 7.000 y 4.500 a.P.

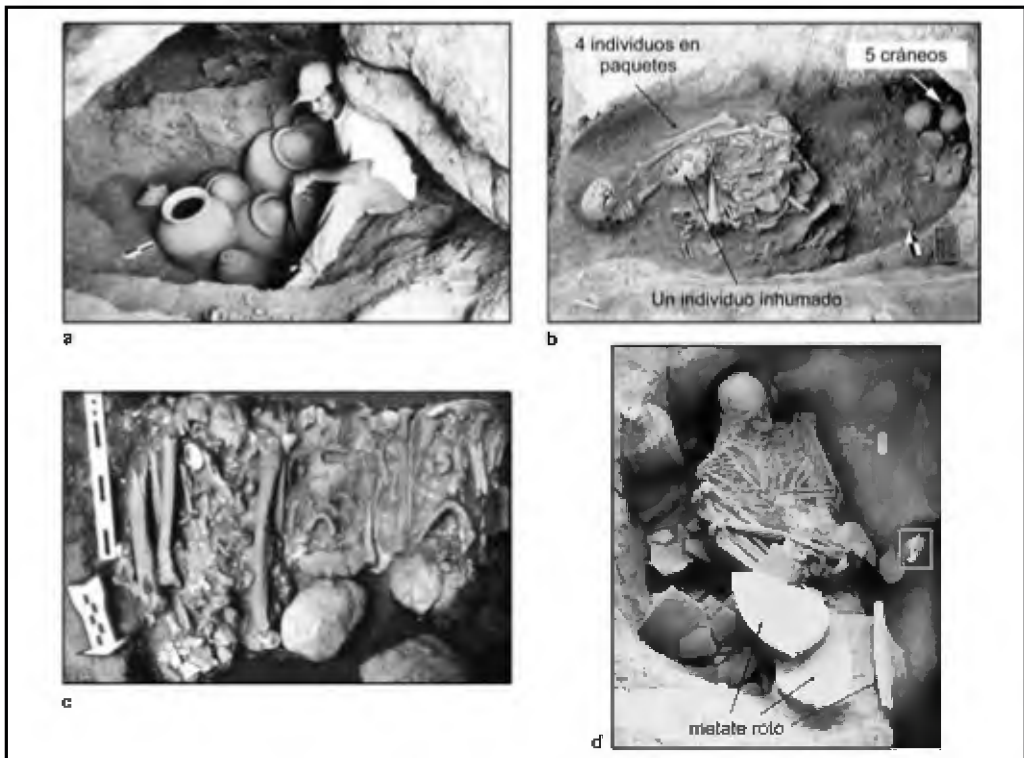
Otro cultivo alóctono que aparece en Panamá a principios del Periodo IIB es la yuca (*Manihot esculenta*), el complemento del maíz en muchos sistemas agrícolas del Nuevo Mundo, cuyos orígenes geográficos y genéticos, aunque no se hayan esclarecido para la satisfacción de todos los botánicos, se atribuyen a zonas ecuatoriales de Suramérica<sup>67</sup>. La historia temprana de otra planta ampliamente sembrada en el istmo al momento del contacto español, la auyama o el zapallo (*Cucurbita moschata*), sugiere un origen también suramericano<sup>68</sup>. Si bien la adición de estos cultígenos y de alguna variedad de ñame americano (*Dioscorea sp.*) a la lista de plantas domesticadas durante el Periodo IIB ilustra que la agricultura se estaba diversificando, el hallazgo de abundantes corozos carbonizados de palmas (*Elaeis oleifera* y *Acrocomia mexicana*) en los botaderos del Abrigo de Aguadulce indica que los recursos silvestres seguían siendo importantes<sup>69</sup>. Esto se comprende por el hecho de que, en las etapas iniciales de su domesticación, plantas como el maíz eran aún mucho menos productivas que las variedades que se desarrollarían más adelante.

Hay evidencia de que la población humana creció con respecto al periodo anterior en el Pacífico central. En la cuenca del río Santa María, el número de sitios arqueológicos aumentó en un 15% en tanto que la densidad de los materiales culturales hallados en los abrigos en donde se han efec-



tado excavaciones es muy superior a la del Periodo IIA, lo cual sugiere, o que aquéllos eran usados con mayor frecuencia, o que vivían más personas en ellos<sup>70</sup>. A la vez, evidencia paleoecológica llama la atención al movimiento de grupos humanos a hábitats más húmedos que la vertiente del Pacífico central y con estaciones secas menos intensas. En el curso bajo del río Chagres, los bosques comenzaron a ser perturbados para las siembras a partir del 5.000 a.P. de modo que el polen de árboles casi desaparece en los sedimentos fluviales para el 3.200 a.P.<sup>71</sup>.

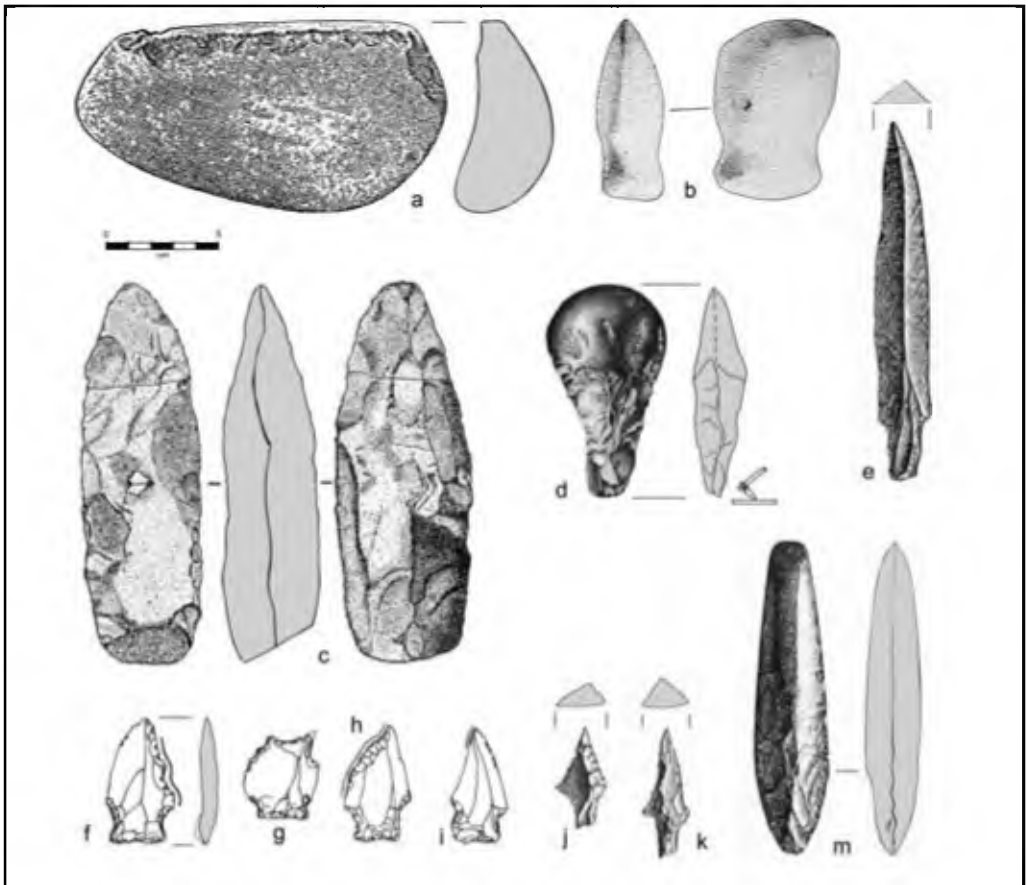
A principios del Periodo II B, se volvió mucho más lenta la subida del nivel del mar estabilizándose la relación entre las líneas de las costas y el océano. Los sedimentos de origen terrestre arrastrados por los ríos comenzaron a acumularse más rápidamente de lo que el mar avanzó hacia tierra por lo que en aquellas áreas estuarinas donde no ha habido movimientos telúricos de consideración, los asentamientos humanos se fueron alejando del mar debido al crecimiento continuo de los deltas<sup>72</sup>. Es probable que, tanto en este periodo, como en el subsiguiente (III), los habitantes de las llanuras y estrípciones en proximidad a la Bahía de Parita hubiesen sincronizado sus actividades de subsistencia –es to es, las siembras, las cosechas, la cacería, la recolección de nances, conchas y tortugas dulceacuícolas y la pesca– con las estaciones meteorológicas y fitofisiológicas. Por tanto, es posible que los grupos familiares que sembraban maíz, yuca y zapallos cerca de la Cueva de los Ladrones y el Abrigo de Aguadulce durante la estación lluviosa se trasladaran a localidades ribereñas o costeras como Cerro Mangote en el ‘verano’.



**Figura 6: Los indígenas precolombinos dedicaron mucha energía a las costumbres mortuorias. Muchas sepulturas se usaron varias veces para distintos tipos de enterramientos lo cual sugiere que eran bóvedas familiares.** a: entierros en urnas, Abrigo Capacho (PN-62), Penonomé, Coclé, 550-1300 a.P., b: Cerro Juan Díaz, rasgo 5, Operación 4. Primero se enterró a cuatro individuos en paquetes. Luego se inhumó a una persona (cuyo cráneo mira hacia arriba). Este esqueleto fue cortado por la mitad cuando se introdujeron cinco cráneos (910-690 a.P.), c: Cerro Mangote, tres individuos enterrados en paquetes, antigüedad incierta, probablemente Periodo IIB (7000-5000 a.P.), d: Cerro Juan Díaz, rasgo 94, Operación 3 (1400-1100 a.P.), mujer, 20-25 años, enterrada en posición flexionada. El cuadro blanco encierra el artefacto de concha ilustrado en la figura 1 m. Fotos: a: J. Griggs, b,d: R. Cooke, c: A. Ranere.



Cerro Mangote estuvo localizado en la cima de un cerro prominente cerca de la línea de la costa cuando fue ocupado por primera vez unos 7.000 años a.P. Desde esta fecha hasta el 5.000 a.P. cuando se alejó mucho del mar, sus habitantes no tenían que ir lejos para abastecerse de alimentos de origen animal. Pescaban y recogían conchas y cangrejos en charcos mareales, desembocaduras y manglares y cazaban aves, venados de cola blanca, mapaches (*Procyon lotor*) e iguanas verdes (*Iguana iguana*) y negras (*Ctenosaura sp.*). No hay evidencia de que usaran redes para pescar. El hallazgo de costillas de manatí (*Trichechus manatus*), una especie que no existía en el Pacífico, indica que mantenían contactos con grupos humanos de la vertiente del Caribe<sup>73</sup>. En este sitio, Charles McGimsey (1955) y Anthony Ranere (1979) encontraron 90 esqueletos humanos, o inhumados - mayormente en posición fetal - o en fardos que envolvían los restos óseos de esqueletos descarnados natural o mecánicamente<sup>74</sup> (Figura 6 c). Los pocos y únicos artefactos mortuorios eran de concha: una cuenta, un pendiente y un collar de 53 ítemes. Basándose en la estratigrafía y en la falta de ofrendas de cerámica, estos arqueólogos dedujeron que ambos tratamientos funerarios correspondían al Período IIB. Posteriormente, muestras de colágeno de los huesos de siete individuos, analizadas por tres laboratorios de radiocarbono, arrojaron fechas



**Figura 7: Utensilios de piedra usados para faenas domésticas y agrícolas.** a: canto rodado con desgaste lateral, conchero de Monagrillo (4400-3200 a.P.), empleado para preparar alimentos vegetales (según G. Willey y C.R. McGimsey III, *The Monagrillo Culture of Panama*, 1954, figura 15 c), b: hacha, El Trapiche, río Chiriquí (4300-2300 a.P.), según O. F. Linares y A. J. Ranere *Adaptive Radiations in Prehistoric Panama* 1980, figura 3.0-14, c: cuña bifacial, Hornito-1 (Chiriquí), Fase Talamanca (6500-5500 a.P.), d: azuela, Sitio Sierra, hallada en un entierro (1900-1500 a.P.), e: navaja apedunculada hecha de toba silicificada, Chiriquí (según W.H. Holmes, *Ancient Art of Chiriquí*, 1888, fig. 24), f-i: herramientas puntiagudas con pedúnculos muesqueados, SA-27 (Santiago) (2300-1800 a.P.), usados para raspar, perforar y cortar. La línea negra indica la zona de uso, j-k: puntas con pedúnculos de corte triangular, Chiriquí. Estas herramientas se volvieron frecuentes en todo el istmo a partir del 1000 a.P. (según W.H. Holmes, *Ancient Art of Chiriquí*, 1888, fig. 25), m: cincel pulido, Chiriquí (según W.H. Holmes, *Ancient Art of Chiriquí*, 1888, fig. 21).

mucho más recientes<sup>75</sup>. Sin embargo, en vista de que el colágeno suele dar fechas erráticas, la verdadera antigüedad del cementerio de Cerro Mangote – y de enfermedades parecidas a las trepanomiasis que dejaron lesiones contundentes en algunos esqueletos – queda por resolverse satisfactoriamente.

### ¿Diversidad cultural?

Durante el Periodo IIB, se tienen las primeras evidencias de la diversidad cultural en el istmo. Entre el 6.550 y 4.300 a.P., grupos humanos que vivían en abrigos rocosos y pequeños campamentos a cielo abierto en la cordillera central de Chiriquí, cerca de Fortuna y Caldera, usaban un conjunto de artefactos muy distinto al de sus vecinos contemporáneos en el Pacífico de Coclé, Veraguas y Azuero<sup>76</sup> (Figura 7 c). Cuando Anthony Ranere descubrió estos sitios localizados dentro de bosques húmedos pre-montanos a principios de la década del '70 propuso que sus habitantes no eran agricultores, sino cazadores y recolectores de productos arbóreos, como corozos, nances, algarrobos (*Hymenea courbaril*), hipótesis que compagina con aquélla de Piperno<sup>77</sup> que sostiene que, en sus etapas iniciales, la producción de alimentos en el Neotrópico se restringía a las márgenes de los bosques secos.

### Primeros grupos alfareros (Periodo III)

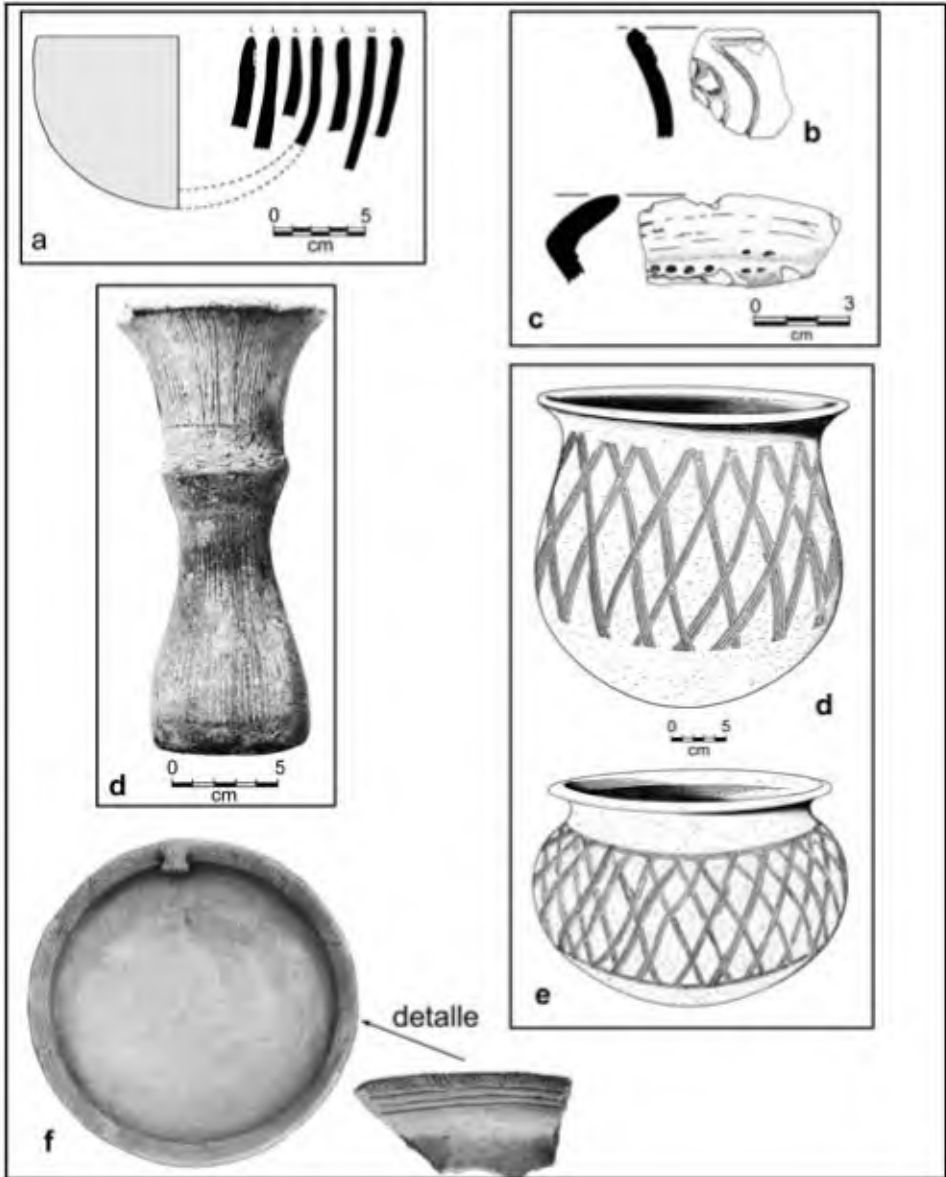
Teniendo en cuenta su antigüedad en Brasil y el norte de Colombia donde se remonta al milenio comprendido entre el 6.000 y 5.000 a.P.<sup>78</sup>, la cerámica demoró en aparecer en Panamá. No se puede demostrar que esta tecnología se transportó al istmo desde el Sur porque los burdos tiestos que se hallaron yaciendo sobre capas precerámicas en la Cueva de los Ladrones y el Abrigo de Aguadulce acusan formas de vasijas y diseños muy distintos a los de otros grupos de cerámica de la misma antigüedad en Colombia y Centroamérica, como si aquéllos representaran los primeros esfuerzos de la población local de ensayar *independientemente* la confección de receptáculos de barro<sup>79</sup>. Las vasijas de este estilo *Monagrillo*<sup>80</sup> se hacían con barro arenoso, se cocinaban a temperaturas bajas y se manchaban con hollín de la fogata. Sus formas son sencillos platos y copas, carentes de pedestales, agarraderos y cuellos. Las decoraciones además de ser escasas se restringen a líneas y volutas grabadas en el barro húmedo (Figura 8 a,b). Aunque en los años '40 y '50, cuando esta cerámica se reportó por primera vez, parecía estar restringida a zonas costeras del Pacífico<sup>81</sup>, se demostró posteriormente que se extendió hasta los bosques perennemente húmedos de la cordillera central y de la cuenca alta del río Coclé del Norte (Abrigo Calavera, 3.500-3.000 a.P.)<sup>82</sup>.

Lo que es todavía difícil de explicar, no obstante, es por qué no se ha identificado una vajilla de igual antigüedad que la *Monagrillo* en otros sectores del istmo. Un recorrido intensivo efectuado en los años '60 por el Golfo de Chiriquí, el Golfo de Montijo y el Darién, no localizó sitios coevos con los del Periodo III de la Bahía de Parita<sup>83</sup>. Los escasos tiestos hallados en El Trapiche –el único abrigo rocoso del río Chiriquí donde se reportó cerámica– parecen representar campamentos establecidos aquí después del 2.300 a.P.<sup>84</sup>. Tiestos hallados en Cueva Bustamante (río Majecito, Panamá), anteriormente considerados posiblemente coevos con *Monagrillo*<sup>85</sup>, probaron ser mucho más recientes cuando se fecharon residuos de alimentos adheridos a aquéllos<sup>86</sup>.

La introducción de la alfarería al Panamá central no coincidió con grandes cambios culturales y de subsistencia. Se siguieron empleando las mismas herramientas de piedra que las del periodo anterior, entre las cuales sobresalen cantos rodados desgastados en los bordes (empleados para triturar alimentos vegetales) (Figura 7 a), raspadores y cuchillos hechos con lascas unifaciales, así como centenares de astillas alargadas de ágata y cuarcita, las cuales, aunque se hayan identificado como inserciones empotradas en tablas de madera usadas para rallar la yuca tóxica o “amarga” (Cap. 2, pág. 57-59)<sup>87</sup>, probablemente tuvieron otra función. El hallazgo de almidón de maíz, yuca y palma sobre una piedra de moler hallada en el conchero de Monagrillo confirma que, pese a su ubicación en la playa, los habitantes de este sitio consumían los productos de la agricultura<sup>88</sup>.

Al igual que sus antecedentes de Cerro Mangote, las comunidades localizadas cerca de la Bahía de Parita aprovecharon los abundantes y asequibles recursos de estuarios, playas, manglares y sabanas arboladas aunque la escasez de pequeños peces que nadan cerca de la costa en enormes cardúmenes

en aquel sitio contrasta con su abundancia en éstos, lo cual hace suponer que en el Periodo III se desarrollaron nuevas técnicas de pesca como las redes agalleras de malla fina, o los atajos erigidos en zonas mareales<sup>89</sup>. Ocasionalmente pescaron tortugas marinas. Cazaron venados de cola blanca y, con menor frecuencia, conejos pintados (*Agouti paca*) y saínos (*Tayassu tayacu*). Los habitantes del Abrigo de



**Figura 8: Alfarería temprana.** a: la cerámica *Monagrillo* acusa formas sencillas, como esta copa reconstruida con base en bordes hallados en Cueva de los Ladrones (L), Abrigo de Aguadulce (A) y Monagrillo (M); b: tiesto decorado con incisiones, estilo *Monagrillo*, Abrigo de Aguadulce; c: borde de una de las primeras vasijas con cuello producidas en 'Gran Coclé', Cueva de los Ladrones. La decoración consiste en crudos punteados (probablemente 3200-2800 a.P.); d: cáliz hallado en El Limón (Coclé) (tomada de M.W. Stirling y M. Stirling, *El Limón, an early tomb site in Coclé province, Panamá*, 1964, lám. 27 d); e-e: vasijas decoradas con incisiones múltiples, Taboguilla (M.W. Stirling y M. Stirling, *The archaeology of Taboga, Urabá, and Taboguilla islands of Panama*, 1964, fig. 41-42). Una vasija muy parecida hallada en isla Butler, Lago Alajuela, arrojó una fecha de 1990 ± 40 a.P. (60 cal a.C.-90 cal d.C.); f: vasija cuyo borde exverso y aplanado lleva una decoración consistente en incisiones rellenas con carbonato de calcio, La Mula-Sarigua (2920-2620 a.P. [760-200 cal a.C.]). Diámetro: 38 cm.

Aguadulce, localizado 18 km de la costa, dedicaron bastante tiempo a la captura de jicoteas (*Trachemys*) y galápagos (*Kinostemon*) y a la pesca de barbudos (*Rhamdia*), pejeperros (*Hoplias*), macanas (*Stemopygus*) y otros peces dulceacuícolas. Los productos de la bahía llegaron a sitios ubicados en las estribaciones, como La Cueva de los Ladrones y el Abrigo de Corona, donde se consumieron almejas y pequeños peces marinos<sup>90</sup>.

En cuanto a la distribución de la población en el Panamá central, tres aspectos destacan diferencias importantes con relación al periodo precerámico anterior: (a) el mayor tamaño y número de los sitios litorales en la Bahía de Parita<sup>91</sup>, (b) evidencia de una estructura ovalada en Zapotal, la cual podría indicar que este sitio extenso era un caserío de viviendas sencillas<sup>92</sup> y (c) la composición florística de la vegetación secundaria alrededor de la laguna de La Yeguada, conforme la cual los impactos de la agricultura se habrían vuelto tan extensos en las estribaciones del Pacífico central para el 4.200 a.P., que se dejó de quemar y sembrar porque los suelos ya estaban exhaustos. Para comienzos del Periodo III, grupos agrícolas ya habían abierto extensos claros en los bosques del curso bajo del río Chagres y, también, en los de la cuenca alta del río Tuyra (Cana), por lo que se supone que la dispersión de la agricultura rotativa habría abarcado otras regiones estacionalmente áridas de Panamá aún faltantes de datos arqueológicos relevantes a esta época (como, por ejemplo, las cuencas de los ríos Bayano y Chucunaque y las estribaciones de Chiriquí y el Sur de Veraguas)<sup>93</sup>.

### Vida aldeana, chamanes y artesanos (2.500-1.250 a.P. [Periodo IV])

El resumen anterior hace pensar que la introducción y dispersión de la agricultura a lo largo del istmo no estuvieron acompañadas de desplazamientos a larga distancia de grupos humanos enteros por lo que se asume que el mecanismo mediante el que los cultígenos y técnicas de cultivo desarrollados en zonas continentales se trasladaron a Panamá, fue la paulatina transferencia de ideas y productos entre pequeñas comunidades de economía mixta que compartían similares agroecologías y estructuras sociales. Esta hipótesis se contrapone a otras ampliamente aceptadas en el resto del mundo, que abogan por la existencia de primigenios focos de domesticación - en el caso americano, en Mesoamérica y la región Andina y/o Amazónica — desde los cuales grupos de agricultores portadores de lenguas propias se dispersaron hacia zonas pobladas por cazadores-recolectores que poco a poco fueron desplazados o absorbidos culturalmente<sup>94</sup>. En lo que respecta a la Baja América Central recibe el apoyo de investigaciones sobre la genética y lingüística histórica de los actuales grupos indígenas que hablan idiomas de la estirpe chibchense del filo paya-chibcha (*sensu* Adolfo Constenla)<sup>95</sup>. Las relaciones de parentesco resumidas por los dendrogramas ya publicados sugieren que aquéllos, descendientes de poblaciones establecidas en la Baja América Central y áreas colindantes desde hacía muchos milenios (tal vez desde que llegaron sus antepasados pleistocénicos), se disgregaron y se diversificaron dentro de la zona geográfica donde actualmente residen<sup>96</sup>. A la vez, se ha demostrado que los emberá y waunáan, hablantes de idiomas de la familia chocona que están más cercanamente emparentados con lenguas chibchenses, que con otras familias lingüísticas americanas<sup>97</sup>, no son inmigrantes allende de los Andes, sino los representantes modernos de un grupo ancestral ubicado en tiempos prehispánicos en el noroeste colombiano y, probablemente, áreas adyacentes del Darién<sup>98</sup>.

Este panorama contrasta con las ideas que estaban en boga cuando los arqueólogos aún sabían muy poco acerca de los antecedentes de los patrones culturales que sintetizaremos a continuación. Max Uhle, por ejemplo, atribuyó la policromía de 'Gran Coclé' a los mayas<sup>99</sup>, Lothrop a grupos suramericanos que hicieron un peregrinaje fantástico a Panamá vía la América Central<sup>100</sup> y Alain Ichon a guerreros de Colombia o Ecuador<sup>101</sup>. En lo lingüístico y genético, se popularizó la idea de que inmigrantes recientes llevaron pueblos y hablas 'chibchas' a Panamá<sup>102</sup>, concepto erróneo que siguió siendo defendido hasta la década de 1980 por arqueólogos como Michael Snarskis quien atribuyó ciertos cambios aparentes en la arqueología costarricense para el periodo 1.250-1.450 a.P. a la "intromisión" de pueblos y tradiciones de origen "probablemente sureño"<sup>103</sup>.

Cabe acalorar, no obstante, que el abogar por la preeminencia del desarrollo endógeno en la evolución cultural istmeña no es antagónico a la bien documentada ingerencia de conocimientos de



sarrollados en regiones lejanas, como la orfebrería, cuya introducción a Panamá para el 1.800 a.P. tuvo lugar cuando las múltiples y sofisticadas técnicas de la metalurgia ya estaban bien desarrolladas en Colombia, Ecuador y Perú. Lo que parece improbable a luz de los datos ahora disponibles es el reemplazo de culturas istmeñas “primitivas” por grupos invasores supuestamente más “desarrollados” que poseían lenguas y creencias alótonas. Esta situación se opone a la que se dio en el área cultural conocida como ‘Gran Nicoya’ (Guanacaste y la zona lacustre de Nicaragua) donde grupos hablantes de tres idiomas formados en Mesoamérica<sup>104</sup> se asentaron durante el último milenio de la época precolombina. Pese a estar rodeados de los pueblos de la población autóctona, aquéllos mantuvieron sus lenguas vernaculares y algunas de sus tradiciones primigenias hasta la llegada de las tropas españolas<sup>105</sup>.

Durante el Periodo IV bajo consideración (2.500-1.250 a.P.) las comunidades precolombinas de Panamá experimentaron importantes transformaciones en lo material, intelectual y económico. La población parece haber crecido con mayor rapidez que en los periodos anteriores, llegando a asentarse en casi cada rincón del istmo. Concomitantemente, en aquellos sectores cuyos suelos permiten que se produzcan buenas cantidades de alimentos, tanto cultivados, como silvestres, en un mismo lugar y año tras año —como los cursos bajos de ríos que desembocan en deltas amplios y los valles intermontanos dotados de suelos volcánicos y/o lacustres muy fértiles— la población se fue aglutinando o ‘nuclearizando’ en unos cuantos asentamientos grandes con viviendas apiñadas y centenares de habitantes, esto es, en *aldeas*<sup>106</sup>. En terrenos más accidentados donde continuó el patrón de caseríos dispersos que practicaban la agricultura rotativa hasta el periodo del contacto español, prospecciones arqueológicas indican que también aumentó grandemente el número de asentamientos<sup>107</sup>. A la vez, la producción de alimentos se intensificó debido a que algunas especies que venían sembrándose desde hacía muchos milenios, como el maíz y los zapallos, experimentaron cambios genéticos que, no sólo aumentaron su productividad por unidad de tierra, sino, también, facilitaron su adaptación a hábitats donde sus progenitores no habrían podido sobrevivir.

Dichos cambios estuvieron vinculados a la introducción de nuevas herramientas, como los metates y ‘manos’ expertamente tallados, los cuales convertían los granos de las nuevas razas feculentas de maíz en ‘masa’ para hacer bollos y chicha ‘fuerte’ (Figura 1 q,r). Proliferaron los utensilios de piedra ‘pulidos’ hechos de duras piedras ígneas —hachas, azuelas y cinceles— cuyo desarrollo permitió, no sólo que se despejara eficientemente la espesa y húmeda vegetación ribereña y cordillerana, sino, también, que se volviera menos trabajosa la confección de artefactos de madera, como las bateas, los asientos y los cayucos (Figura 7 d,m). También se introdujeron o perfeccionaron técnicas de producir utensilios hechos de filosas piedras silíceas, como el desprendimiento en serie de lascas puntiagudas (Figura 7 f,i) y largas ‘navajas’ prismáticas usadas en las faenas agrícolas y domésticas (Figura 7 e). La alfarería se adaptó a las nuevas necesidades acusando notorias mejoras, como la cuidadosa selección de arcillas y desgrasantes, el alisamiento y pulimento de las superficies de las vasijas, el control de la cocción y la construcción de ollas y tinajas voluminosas con bases y cuellos altos y anchos, las cuales eran aptas, no sólo para cocinar grandes cantidades de alimentos, sino, también, para almacenar agua y víveres secos (Figura 9 a,b; 10 a-d). Es probable que la producción de cada grupo de utensilios en esta lista pasara a manos de aquellos individuos, grupos y comunidades que ya poseían conocimientos especializados.

### Tres áreas culturales

Aunque el acervo cultural de las montañas centrales de Chiriquí difería lo suficiente del de las estribaciones y llanuras del Pacífico de Veraguas, Coclé y el Azuero oriental, como para inferir cierto grado de diferenciación social en lo económico y/o étnico durante el periodo IIB, no fue sino hasta el periodo 2.300-1.800 a.P. cuando se definieron con claridad las tradiciones artísticas e ideológicas que, de ahora en adelante distinguirían las ‘áreas culturales’ de ‘Gran Chiriquí’, ‘Gran Coclé’ y —con menor certeza— ‘Gran Darién’. Estas tres áreas compartieron algunas clases de utensilios de piedra, como los cinceles de basalto y las manos de moler, cuyas formas eran bastante uniformes a lo largo del istmo. Las particularidades regionales son más evidentes en la cerámica y en la piedra tallada, dos medios que transmitían información simbólica e ideológica a través de imágenes geométricas, zoomorfas y antropomor-



fas<sup>108</sup>. En los sitios chiricanos de esta época sobresale el uso de un engobe<sup>109</sup> rojizo, patas cilíndricas o modeladas como animales y figuras humanas, así como decoraciones consistentes en incisiones arregladas en hileras o bandas y frecuentemente delineadas por franjas pintadas en rojo (Figura 9 a,b). Los alfareros de 'Gran Coclé' recurrieron a conceptos similares en cuanto a la zonificación de los motivos plásticos<sup>110</sup> y pintados aunque las formas de las vasijas que usaron este tipo de decoración, eran disímiles de las chiricanas. Una modalidad que no compartieron con sus compañeros del occidente del istmo fue la *policromía* (Figura 10 a)—el uso en una misma vasija de varios pigmentos minerales (rojos, negros



**Figura 9: La tradición alfarera de 'Gran Chiriquí' se remonta al 2300 a.P. fecha para la cual se producía la cerámica *Concepción* (a-b). c: tipo *Linarte Línea Roja* (Fase San Lorenzo, 1150-850 a.P.). Las otras vasijas, pertenecen a la Fase Chiriquí (850-500 a.P.). d: tipo *Lagarto* (850-500 a.P.), e: tipo *Tripode con patas en forma de pez*, f: tipo *Chocolate Inciso*, cuyas incisiones contienen residuos de carbonato de calcio, g,h: tipo *Negativo*, i: asiento (¿?) de cerámica, tipo *Bisquit*. (W.H. Holmes, *Ancient Art of Chiriquí*, 1888, fig. 204 (d), fig. 223 (h), G.G. MacCurdy, *A Study of Chiriquian Antiquities*, 1911, lám. 17 a (f), 23 b (e), 25 a (c), 30 f (g), 46 e (i)). Los dibujos no están a escala.**

y blancos)— al menos hasta el 1.100 d.C. cuando se desarrolló la cerámica conocida como el estilo *Lagarto* ('Alligator Ware') en 'Gran Chiriquí' (Figura 9 d, 11).

En 'Gran Darién', predominaron los motivos plásticos o pintados en rojo (Cap. 2, Figura 2 a,b,e) sobre los policromados aunque demostraremos en el siguiente capítulo (p. 55 y Figura 2 c,d,f), que la alfarería de la franja costera de la Bahía de Panamá, así como la del Archipiélago de las Perlas, hizo amplio uso de esta última técnica y, también, de la iconografía típica de 'Gran Coclé'. Esto hace recordar el comentario que hicimos antes sobre la existencia de zonas fronterizas culturalmente mixtas<sup>111</sup>.

Dichas diferencias areales se desprendieron, tanto del uso de distintas materias primas, como la arcilla, la gravilla para hacer el desgrasante y los pigmentos —cuya distribución en el espacio está ligada, por lógica, a la geología local—, como de los conceptos y creencias propios de cada región porque toda imagen o motivo, por realista o abstracto que parezca, trasmite información simbólica e 'ideológica' que los usuarios precolombinos interpretaban de acuerdo a su propia herencia cultural e intelectual. Esta habría incluido tanto elementos atávicos de amplia distribución que eran compartidos por los demás grupos de habla chibchense y chocona, como otros locales y más recientes que se referían a las historias y mitologías de agrupaciones particulares que se separaron del tronco común<sup>112</sup>.

### Chiriquí y Bocas del Toro. Asentamiento de las tierras altas y de la costa del Caribe

Se supondría que, evaluados en términos de su capacidad de sostén, los ambientes del litoral del Golfo de Chiriquí y de las llanuras y estribaciones de esta provincia habrían sido tan favorables para los asentamientos de los periodos III, como lo fueron la costa, estribaciones y cordillera del Panamá central. Sin embargo, el hecho de que recorridos extensos no descubrieran evidencia de comunidades de dicha antigüedad en la costa e islas del Golfo de Chiriquí, así como las demostradas particularidades de los asentamientos precerámicos del alto río Chiriquí, referidas atrás, hacen pensar que la temprana trayectoria cultural del Panamá occidental fue, en verdad, distinta a la de la región central teniendo un enfoque marcadamente menos costero. En las zonas central y norte de Costa Rica, donde la cerámica *La Tronadora* es tan antigua como la *Monagrillo* de Panamá —si bien radicalmente diferente en lo tecnológico y conceptual— las zonas costeras también estuvieron, o deshabitadas, o sólo levemente ocupadas durante los periodos I-III<sup>113</sup>.

Aunque la arqueología de Chiriquí recibiera la atención de los eruditos primero que las demás provincias panameñas, no fue sino hasta los años '50 que conociera investigaciones dirigidas por arqueólogos<sup>114</sup>. En la década de 1970 Olga Linares y Anthony Ranere se valieron de datos obtenidos en tres temporadas de campo que enfocaron tres zonas diferentes<sup>115</sup> para proponer una hipótesis general para la dispersión y diversificación de grupos de agricultores y alfareros en el Panamá occidental, la cual consta de las etapas y procesos resumidos en el Cuadro 2<sup>116</sup>. A continuación reseñamos algunos nuevos datos que han confirmado o modificado esta hipótesis.

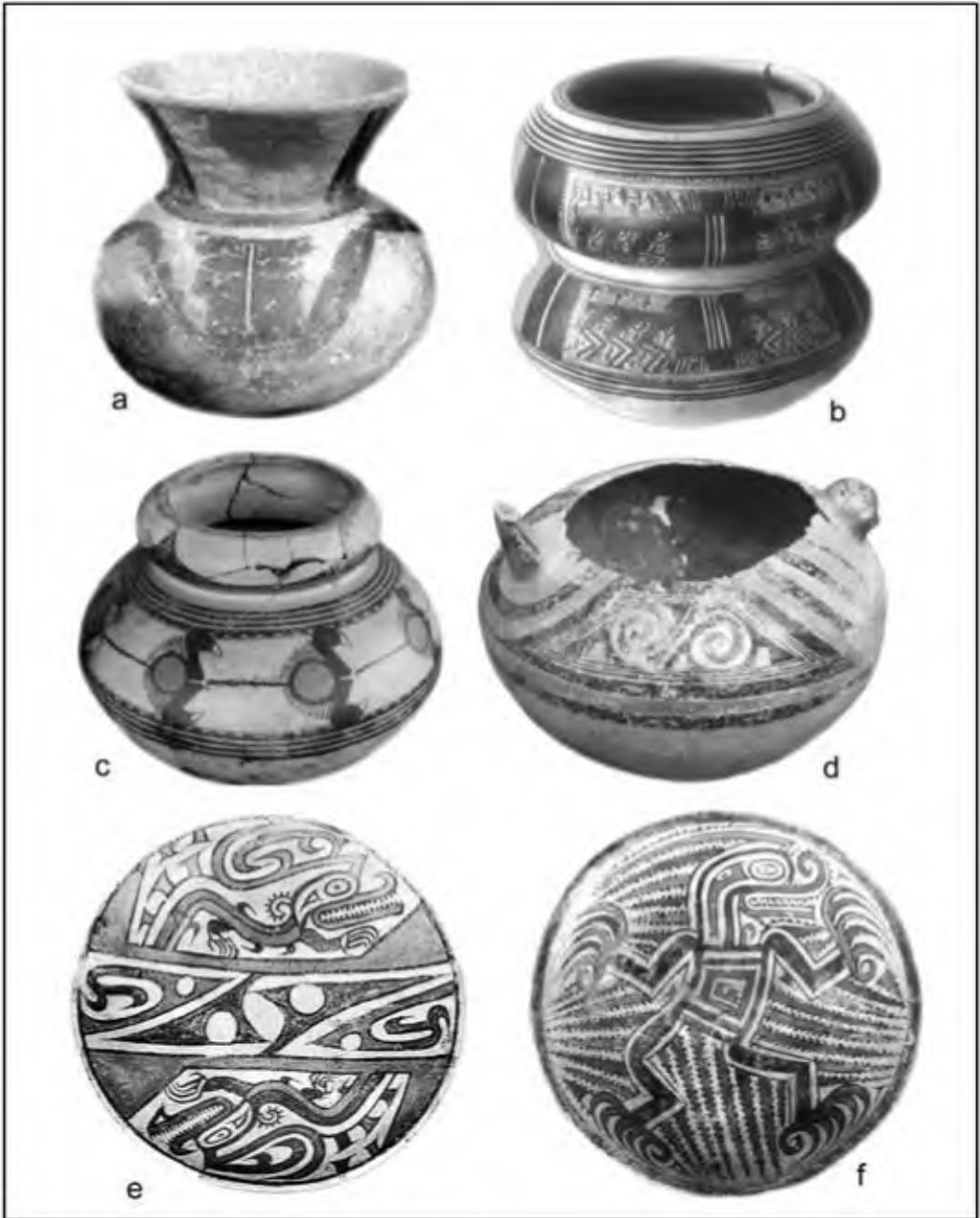
(1) Los sedimentos de la Laguna Zoncho (Costa Rica), localizada al suroeste del volcán Barú, registran la llegada de agricultores cerca del 3.240 a.P., lo cual compagina con la hipótesis de que las llanuras y estribaciones de Costa Rica fueron la cuna de la agricultura basada en el maíz en esta zona del istmo (Cuadro 2, Etapa I)<sup>117</sup>.

(2) De acuerdo a una investigación paleoecológica realizada por Hermann Behling en las lagunas de Volcán, grupos de agricultores comenzaron a despejar los bosques en las faldas occidentales del Barú para el 2.860 a.P., y no hacia finales de este milenio como se creyó anteriormente (Cuadro 2, Etapa 2)<sup>118</sup>.

(3) El estilo de cerámica que utilizaron —*Concepción*— exhibe un buen control de la simetría y decoraciones plásticas intrincadas<sup>119</sup> (Figura 9 a,b), lo cual hace pensar, o que no se han hallado sus antecedentes en Panamá, o que esta vajilla fue introducida desde la cuenca de los ríos Térraba, Sierpe y Coto donde los arqueólogos costarricenses atribuyen los estilos *Darizana* y *Curré* al periodo comprendido entre el 3.500 y 2.300 a.P.<sup>120</sup>.

(4) En Sitio Pitti (Cerro Punta), una sencilla vivienda ovalada cuyos postes carbonizados arrojaron una fecha promedio de 1.640 a.P. [cal 210 [410] 620 d.C.])<sup>124</sup> se cubrió de ceniza volcánica interpre-

tada, por Linares y Ranere, como evidencia de la última erupción del Barú para el 1.350 a.P., la cual terminaría por despoblar este valle y por impulsar a los damnificados hacia la costa caribeña de la Laguna de Chiriquí donde se habrían establecido en pequeños caseríos como Cerro Brujo para la misma fecha radiocarbónica<sup>125</sup>. En los sedimentos de las lagunas de Chiriquí, sin embargo, Behling identificó tres capas de residuos volcánicos cuya antigüedad se estimó en 2.000, 1.000 y 500 años a.P.<sup>126</sup>,



**Figura 10: Etapas en la evolución de la tradición de alfarería policromada de 'Gran Coclé' (2300-850 a.P.).** a: estilo *La Mula* (2300-1700 a.P.), b: estilo *Tonosí* (1700-1400 a.P.), c: estilo *Tonosí*, evolucionando hacia *Cubitá* (~1400 a.P.), d: estilo *Cubitá* (1400-1200 a.P.), e: estilo *Conte Tardío* (1200-1100 a.P.), f: estilo *Macaracas* (1100-850 a.P.). Fotos: R. Cooke. No están a escala.

**Cuadro 2: Hipótesis de la radiación adaptiva propuesta por Olga Linares y Anthony Ranere con base en los resultados de sus investigaciones en Chiriquí y Bocas del Toro (1969-1972)**

Etapa 1 (3000-2150 a.P.)	La agricultura sedentaria basada en el maíz se desarrolló originalmente en las estribaciones y cordillera baja de Chiriquí y zonas adyacentes de Costa Rica con base en una horticultura surgida en tiempos precerámicos.
Etapa 2 (2150-1750 a.P.)	Emigrantes originarios de dicha región se dispersaron hacia la cordillera arriba de los 1000 msnm y, al mismo tiempo, hacia la costa de Chiriquí e islas del Golfo de Chiriquí. Ya se habían desarrollado variedades de maíz adaptadas a un clima fresco y húmedo.
Etapa 3 (1750-1350 a.P.)	A medida que la población asentada originalmente en la región de El Hato se acrecentaba, buscaba tierras nuevas en el valle vecino de Cerro Punta, de manera que, cuando el volcán Barú hizo erupción para 1350 a.P. había muchas aldeas y caseríos, cuya población se estimó en 2430 con una densidad de 39 personas/km <sup>2</sup> . El área de El Hato conoció las aldeas más grandes, de las cuales una —Barriles— se convirtió en el eje social y político de toda la zona. <sup>121, 122, 123</sup>
Etapa 4 (1350 a.P.)	Tal vez impulsados por la erupción del Barú, grupos de emigrantes se establecieron en la zona lagunera de Bocas del Toro. Hacían las mismas clases de cerámica que los pueblos de las tierras altas chiricanas.
Etapa 5	El desarrollo social y económico de los grupos asentados en las vertientes del Pacífico y del Atlántico se divergió debido a que las características ambientales de cada zona se relacionaron diferencialmente, tanto con el tamaño, grado de nucleación y permanencia de los asentamientos, como con los sistemas primarios de alimentación. Sin embargo, dichas diferencias sociales y de subsistencia no impidieron que todas estas comunidades siguieran manteniendo relaciones de trueque, así como lazos de parentesco y remembranzas de tradiciones compartidas y de un origen común.

por lo que, si éstos en verdad procedieron del Barú —y no de algún volcán en Costa Rica aún sin identificar— el estrato de “pómez” observado por los arqueólogos en Sitio Pittí y Barriles<sup>127</sup> no representa forzosamente la *última* erupción del Barú, sino —al menos en aquel sitio— la *segunda* acontecida 1.000 años a.P.

(5) Recientemente, se demostró que el Caribe centro y norte de Costa Rica recibió a grupos de agricultores conocedores del maíz entre el 2.560 a.P. (Laguna Bonillita, río Reventazón) y el 2.700 a.P. (La Selva)<sup>128</sup>. La cerámica *Black Creek*, reportada en la costa cerca de la frontera con Panamá, acusa fechas comprendidas entre el 3.440 ± 40 a.P y 2.580 ± 40 a.P (1.880-590 cal a.C.)<sup>129</sup>. Por ende, cabe la posibilidad de que —sea cual fuera su punto de origen— algunos agricultores alfareros ya estuvieran asentados en el litoral e islas de la Bahía de Almirante y la Laguna de Chiriquí mucho tiempo antes del 1.350 a.P., la fecha que Olga Linares propuso para los primeros asentamientos en la Península de Aguacate. Aún así, estos nuevos datos son compatibles con otro planteamiento propuesto por Linares, de que la similitud que guarda la cerámica más antigua de Cerro Brujo con la de asentamientos coevos de las tierras altas y la costa del Pacífico<sup>130</sup> se debía a que les convenía a todas estas comunidades, localizadas en ámbitos disímiles, mantener contactos sociales y de trueque de valle en valle y a través de la cordillera<sup>131</sup> - un patrón compartido por los doraces y chánguenas durante la época colonial y por los góbés en la actualidad.

**Pacífico central. Aldeas, policromía y orfebrería**

Se desconocen entierros asociados a cerámica del estilo *Monagrillo*. Es frustrante que no se hayan recogido muestras de carbón vegetal, ni restos humanos, en tumbas de pozo con cámara lateral



ubicadas en tres sitios coclesanos (Cerro Guacamayo, Cerro El Espavé y El Limón) donde se hallaron vasijas con cuellos y en forma de cáliz, decoradas con incisiones y aplicados, que, de acuerdo a consideraciones estilísticas y estratigráficas, deberían de representar la secuela del estilo *Monagrillo*<sup>132</sup> (Figura 6 d). Se ha propuesto que la ubicación de estos emplazamientos funerarios en las cimas de cerros prominentes constituye evidencia de que eran necrópolis de personas de alto rango en una sociedad estratificada. A nuestro juicio, sin embargo, la distribución del ajuar funerario en estos sitios —una o dos vasijas y/o metates por tumba— no respalda esta hipótesis<sup>133</sup>. Por el contrario, donde si podríamos aceptar una diferenciación social marcada es en ‘Gran Chiriquí’ donde la costumbre de enterrar a los muertos en cerros altos y aislados no solamente persistió en el tiempo, sino que también, a juzgar por el contenido de muchos cementerios que fueron saqueados en el siglo XIX, destaca emplazamientos mortuorios que bien podrían clasificarse como los “panteones” de personas pudientes<sup>134</sup>.

Un pequeño caserío existió en La Mula-Sarigua durante el Periodo III. En otra parte de este extenso sitio ocupado ininterrumpidamente desde tiempos paleoindios, un botadero fechado entre el 2.920 y 2.520 (cal 760-200 cal a.C.) y asociado, al parecer, con una sola vivienda, comprobó la coexistencia de algunos elementos técnicos que a la postre sobresaldrían en la tradición alfarera de ‘Gran Coclé’, como el uso del carbonato de calcio para rellenar incisiones y líneas pintadas en negro que encierran bloques ejecutados en otros colores (en este caso, rojo y beige)<sup>135</sup> (Figura 6 f). A partir de este momento, la población de La Mula-Sarigua creció rápidamente de manera que, cuando estaba en boga el bello estilo de cerámica policromada llamado *La Mula* (2.200-1.750 a.P.)<sup>136</sup> (Figura 10 a), la zona ocupada cubrió 50-60 ha<sup>137</sup>. Aunque no se pueda establecer que toda fue utilizada *simultáneamente* durante este lapso, está claro que se trata de una *aldea* —habitada por 500-1.000 personas<sup>138</sup>— cuyo surgimiento estuvo vinculado a un momento oportuno en el desarrollo geomorfológico de la costa cuando, por un lado, el mar estaba más cerca que en la actualidad y, por otro, cuando todavía no existía la albina, la cual hace que sea incómodo vivir en este sitio hoy en día a causa de las nubes de sedimentos salobres que el viento alisio lleva tierra adentro durante los meses de verano. Otro factor que pudo haber influido en la preeminencia regional de La Mula-Sarigua para estas fechas es la cercanía de una gigantesca acumulación de cantos y guijarros de jaspe y ágata empleados para producir pequeños utensilios puntiagudos con pedúnculos logrados con muescas laterales (Figura 7 f-i). Estas herramientas funcionaron como una especie de cuchilla ‘boy scout’, para cortar, raspar, perforar, etcétera<sup>139</sup>. A lo mejor los moradores de La Mula-Sarigua las intercambiaban por hachas, azuelas, manos, metates y otros artículos producidos en asentamientos alejados de la costa<sup>140</sup>.

En Coclé, Veraguas y Azuero se han reportado varios sitios contemporáneos con La Mula-Sarigua, tanto pequeños caseríos, como Se-133 en las estribaciones de Veraguas, como aldeas localizadas en zonas de aluvión, de las cuales las más extensas ya investigadas son SA-27 (Veraguas), La India y Búcaro (Los Santos), Cerro Juan Díaz (Azuero) y Sitio Sierra (Coclé)<sup>141</sup>. Cerro Juan Díaz compartió con La Mula-Sarigua una ubicación ideal para aprovechar los recursos de distintos hábitats cercanos: vegas para las siembras y cacería de iguanas, estuarios y playas para la pesca y recolección de invertebrados marinos y sabanas arboladas para corretear venados y codornices (*Colinus cristatus*)<sup>142</sup>. A partir de este momento y hasta después de la conquista española, se efectuaron centenares de entierros en este sitio los cuales se distinguen por una llamativa variedad de métodos de preparar y enterrar a los muertos<sup>143</sup> (Figura 6 b,d). La sepultura más antigua consistió en un pozo vertical excavado a través de la roca madre en el cual se depositaron varios fardos de huesos humanos, tal vez los restos de personas que anteriormente habían sido enterradas o expuestas a la intemperie. Uno de éstos envolvió a un adulto y a un adolescente, acompañados de un ajuar que bien podría aludir a algún oficio ritual, como el de chamán o curandero (los ‘tuyras’ y ‘tequinas’ descritos por Fernández de Oviedo)<sup>144</sup>: dos espléndidas barras de piedra pulida, dos collares de dientes —uno de piezas de puma (*Puma concolor*) y el otro de tigrillos (*Leopardus pardalis*) y mapaches (*Procyon lotor*)—, adornos de conchas marinas del género *Spondylus* (las cuales eran apreciadas por sus colores púrpura y rosado) y un aro de metal con un alto porcentaje de cobre — el más antiguo objeto panameño de orfebrería que se haya fechado con el método del <sup>14</sup>C <sup>145</sup>. En el mismo emplazamiento mortuorio, aunque en una fecha más reciente, se enterró a otro adulto



cuyo ajuar consistente en incensarios de cerámica, dos láminas martilladas de tumbaga (Figura 1, b), veinticuatro colmillos perforados de jaguar (*Pantera onca*) y puma y cuatrocientas cuentas tubulares de *Spondylus* hace pensar que aquel, también, dirigió eventos rituales<sup>146</sup>.

Poco a poco, el cromatismo, las imágenes y las formas preferidos por los alfareros (o alfareras) que hacían las vasijas *La Mula* se transformaron en el siguiente estilo de la tradición de ‘Gran Coclé’, el *Tonosí* (1.750-1.400 a.P.) caracterizado, no sólo por la cuidadosa selección de las arcillas, el buen control de la cocción, el engobe blanco y las líneas cuidadosamente trazadas, sino, también, por el inventario más variado de imágenes zoomorfas (basadas en animales), las cuales son escasas en el anterior estilo *La Mula*<sup>147</sup> (Figura 10 b,c). Otra característica única de este estilo es la representación de actividades humanas —pequeñas figuras abstractas que agarran artefactos y parecen participar en alguna ‘junta de trabajo’, como la erección de una estructura<sup>148</sup> (Figura 10 b). Al mismo tiempo, se diversificó la producción de adornos personales y objetos rituales de piedra, concha, hueso y metal, los cuales representan muchas de las clases de animales que se pintaron y modelaron en la cerámica *Tonosí* (arañas, cocodrilos, ranas y sapos, aves, ‘felinos’ y ‘perros’)<sup>149</sup>. En Cerro Juan Díaz, la mayor parte de los adornos de concha que se hallaron en las sepulturas depositadas antes del 1.250 d.C., cuando los estilos *La Mula*, *Tonosí* y *Cubitá* de policromía estaban en boga, se hicieron de los ostiones ‘espinoso’ (*Spondylus spp.*) y ‘perlífero’ (*Pinctada mazatlanica*) (Figura 1 k,l), materiales que adquirieron un gran valor por toda la América tropical. También se usaron perlas para hacer dijes y cuentas<sup>150</sup>. Estas especies no viven en estuarios, sino en aguas claras cerca de arrecifes coralinos y rocas por lo que se supone que eran traídas al sitio por personas que las buceaban en otras zonas de la costa (por ejemplo, en el farallón que está al frente de la Playa Monagre o bien en Isla Iguana). Es posible que uno de los artefactos más exquisitos de este emplazamiento funerario —una rana de cola larga confeccionada de ‘cambumbia’ (*Strombus*) (Figura 1 m, 6 d)<sup>151</sup>— se hubiera producido en un taller hallado en el sitio mismo, el cual contuvo centenares de fragmentos de cambumbias (*Strombus gracilior*) y otros gasterópodos (especialmente *Conus*), trabajados con útiles de piedra especiales (y, se supone, con cuerdas y herramientas de hueso y madera). Mediante un análisis cuidadoso de los residuos de manufactura, Julia Mayo logró determinar cómo las conchas se rompían, astillaban y pulían a fin de producir cuentas circulares y pequeños ‘bastones’ que se usaban para hacer lindísimos collares<sup>152</sup>.

Tal es la destreza exhibida por las cuentas, láminas, argollas, pendientes y figurillas de metal que se han hallado en sepulturas fechadas entre aproximadamente el 1.800 y 1.250 a.P. en ‘Gran Coclé’ —reunidas por Warwick Bray en el ‘Estilo Inicial’<sup>153</sup>— que es lógico inferir que la metalurgia se introdujo a Panamá en un etapa tecnológicamente avanzada desde los grandes centros de producción del Norte de Suramérica<sup>154</sup>. A lo mejor fue llevada allí por artesanos itinerantes. Aunque las piezas del ‘Estilo Inicial’ halladas en el istmo guardan semejanzas con otras de Costa Rica y Colombia, no se puede determinar dónde se produjeron. En vista de que algunos de los artículos de metal más antiguos de ‘Gran Coclé’ pudieron haber formado parte de la parafernalia ritual de chamanes o curanderos es posible que, cuando la orfebrería apareció en Panamá, se valoró más por lo ritual o simbólico, que por lo suntuario o meramente decorativo. Esta hipótesis se apoya en la distribución del ajuar funerario en sepulturas azuerenses del periodo 1.800-1.250 a.P., la cual, según Peter Briggs, no compagina con la de una sociedad jerarquizada siendo típica, más bien, de comunidades igualitarias en las que el oficio, la edad o el sexo de cada difunto eran los factores que determinaban los objetos que éste llevaría consigo al otro mundo: no todos los cementerios investigados contuvieron adornos de metal, en tanto que el mayor número de piezas de tumbaga enterrado con una sola persona era de cuatro. En El Indio (Los Santos), las únicas ofrendas depositadas en un cementerio de tipo grupal o familiar —colocado debajo de una estructura con un piso de arcilla (tal vez, una vivienda)— comprendieron vasijas, hachas, metates y ofrendas de alimentos. Ejemplares de las espléndidas ‘ollas dobles’ del estilo *Tonosí* (Figura 10 b) se hallaron tan sólo con niños<sup>155</sup>. De igual manera, en Sitio Sierra donde tampoco se reportaron objetos de metal, las ofrendas que acompañaron a veinticuatro individuos, enterrados debajo de una estructura redonda entre el 2.030 y 1.730 (cal 40 a.C.-350 cal d.C.), constaron de vasijas pintadas e incisas, hachas pulidas, cuchillos, raspadores y pulidores de piedra, manos de moler (una cubier-

ta de granos de almidón de maíz), cuentas de concha y ofrendas de espinas de raya y de granos de maíz. A juzgar por los implementos ofrendarios, el oficio de un adulto maduro fue el de afilar y remendar hachas pulidas<sup>156</sup>.

No se tiene a mano evidencia de obras públicas para el periodo comprendido entre el 2.500 y 1.250 a.P. en 'Gran Coclé' a no ser que las terrazas revestidas con piedra de Cerro Hacha (río Limón, Coclé del Norte) sean coevas con algunos tiestos hallados en este sitio cuyos diseños pintados se asemejan a los de las vasijas funerarias de Sitio Sierra<sup>157</sup>. En Cerro Juan Díaz se reportó un arreglo circular de hornos revestidos con piedras, utilizados para el 1.450 a.P. (630 cal d.C.), los cuales pudieron haber servido para desecar cadáveres<sup>158</sup>. Las sencillas viviendas ocupadas para estas fechas en este sitio tenían pisos de arcilla y postes de madera, al igual que las de Sitio Sierra, donde una casa ovalada construida unos siglos antes, midió 8 x 4 m, mientras otras tenían techos de paja o pencas<sup>159</sup>. En vista de que habría distado 12,5 km de la costa (un recorrido mucho mayor en cayuco), es de suponer que los habitantes de esta aldea habrían canjeado productos agrícolas que ellos mismos sembraban en los ricos suelos de aluvión por los pescados marinos, cuyos restos óseos se hallaron en los botaderos. A manera de especulación, aquellos habrían sido ahumados y salados por los pescadores que acampaban durante esta época en la Cueva de los Vampiros localizada en la desembocadura del río Santa María<sup>160</sup>.

### Asentamientos al este de El Valle

Señalamos atrás que los arqueólogos han descubierto algunos materiales culturales de los periodos IB y IIA en la región comprendida entre El Valle y la frontera colombiana, en tanto que datos paleoecológicos provenientes de las cuencas de los ríos Chagres y Tuyra advierten sobre la dispersión de grupos de agricultores hacia estas zonas antes del 4.000 a.P. Por lo tanto, el hecho de que todavía no se conozcan sitios alfareros en esta región, sino hasta finales del tercer milenio a.P., podría ser consecuencia de la incompleta cobertura geográfica y temporal de las investigaciones arqueológicas realizadas en esta amplia región, la cual, en vísperas de la conquista española, fue territorio de 'los de la lengua de cueva'<sup>161</sup>.

A orillas del curso medio del río Chagres, inundado desde 1930 por las aguas de Lago Alajuela, se conocen muchos sitios arqueológicos cuyos restos se exponen cuando cae el nivel del embalse durante la estación seca. En uno de ellos, Isla Carranza, se descubrieron tiestos de platos y ollas decorados con incisiones y estampados de conchas marinas (*Anadara*), así como de una salvilla del estilo *La Mula*. Residuos carbonizados de alimentos vegetales adheridos a una de estas piezas arrojaron una fecha de 2.280 ± 40 a.P. (400 [380] 210 cal a.C.). También se halló un escondite en el que se habían depositado un conjunto de útiles de piedra—lascas de jaspe, hachas romas y sin terminar y martillos de piedra—que, a lo mejor, pertenecieron a algún artesano. En un sitio vecino, Isla Butler, un ejemplar de otro grupo de vasijas (al parecer el ajuar de un solo entierro cuyos restos humanos se habían descompuesto) dio una fecha de 1.990 ± 40 a.P. (60 cal a.C.-90 cal d.C.). Su diseño consistente en incisiones hechas con una especie de peine que graba líneas múltiples es muy parecido a otros reportados en Isla Taboguilla<sup>162</sup> y en vecinos sitios costeros en tierra firme (Chumical y Palo Seco) (Figura 8 d,e)<sup>163</sup>, lo cual señala, no sólo que todas estas comunidades compartieron las mismas tradiciones alfareras para el 2.000 a.P., sino que, también, ya se hacían embarcaciones capaces de hacer travesías hasta las islas en la Bahía de Panamá.

El hecho de que comunidades establecidas tierra adentro mantuvieran contactos comerciales con las costas y pueblos distantes se puso en evidencia en La Tranquilla, localizada en la orilla opuesta del río Chagres, donde se reportaron narigueras, cuentas y pendientes hechos de conchas y modelados como lagartos y aves en sepulturas de poca profundidad. Algunas narigueras y pendientes en forma de aves se hicieron de una concha rosada identificada como *Chama frondosa*, procedente del mar Caribe. El hallazgo de un tiesto del estilo *Tonosí* en una de las sepulturas, hace pensar que este emplazamiento mortuario se remonta al periodo comprendido entre el 1750 y 1450 a.P. En los entierros, había un número mayor de cráneos que esqueletos enteros, lo que sugiere que aquéllos se colocaron como ofrendas<sup>164</sup>. Esta práctica se reportó, también, en Cerro Juan Díaz y en Panamá la Vieja en fechas más recientes.

tes<sup>165</sup> (Figura 6 b; Cap. 2, Figura 3 a).

En vista de que, tanto el tiesto *Tonosí* de La Tranquilla, como los pedazos de la savilla *La Mula* hallados en Isla Carranza, representaron hallazgos únicos, es probable que correspondan a vasijas importadas de sitios localizados hacia Occidente, en 'Gran Coclé'. No así, otra categoría de cerámica que se halló en La Tranquilla y otros sitios localizados a orillas del Lago Alajuela: una vajilla engobada de rojo y decorada con animales modelados en bajorrelieve<sup>166</sup> (Cap. 2, Figura 2 b). Aunque nunca haya sido fechada por el método del <sup>14</sup>C, es probable que represente el periodo comprendido entre el 1.700 y 1.250 a.P. Acusa una amplia distribución en la región que abarca desde El Valle hasta la Bahía de Cupica en Colombia<sup>167</sup>, incluido el archipiélago de las Perlas<sup>168</sup>. Robert Drolet considera, no obstante, que esta vajilla no fue producida por las pequeñas comunidades que encontró en la Costa Arriba de Colón, tales como Sitio Ronsuao en el Río Cuango. Aquí demostró ser coeva con otra cerámica mucho más abundante y de fabricación local<sup>169</sup>. En Panamá la Vieja, se hallaron enormes urnas decoradas con monos, serpientes y cocodrilos en las que se habían depositado restos óseos humanos. Una fue tapada con una vasija cuyo borde exverso lleva una decoración geométrica pintada en negro sobre un fondo blanco<sup>170</sup>. Aunque parece haberse producido en esta localidad, en lo estilístico tiene mucho en común con variedades de cerámica *Cubitá* fabricadas en 'Gran Coclé'.<sup>171</sup>

El sitio Ronsuao fue un taller especializado donde los artesanos confeccionaron útiles de piedra hechos con cantos rodados de basalto y usados para la pesca y la carpintería. Los escasos cuchillos de jaspe, sin embargo, parecen haber sido importados a este sitio desde el curso alto del río Chagres donde se han localizado talleres para la confección de dichas herramientas<sup>172</sup>. Drolet identificó más de veinte caseríos coevos con Ronsuao a lo largo de los ríos que fluyen hasta la Costa Arriba de Colón, zona que inmediatamente después del contacto español se convirtió en refugio para los cimarrones (esclavos africanos escapados)<sup>173</sup>.

### Cacicazgos (Periodo V [1250-450 a.P.])

Por lógica, las transformaciones sociales y económicas que caracterizaron el periodo anterior repercutieron en la organización social y política. La intensificación del modo de producción agrícola, especialmente dentro de las aldeas que gozaban de tierras con mayor potencial para la agricultura, habría reducido la movilidad de la población, especialmente en aquellas zonas de gran potencial agrícola donde se desarrollaron las aldeas. Como consecuencia de ello, debieron fortalecerse los sentimientos localistas y regionalistas: en la teoría, la heterogeneidad lingüística descrita por los españoles en el Panamá central y occidental —teniendo cada cacicazgo lengua propia— se remontaría a este periodo<sup>174</sup>. Simultáneamente el intercambio de alimentos, materias primas y artefactos, revestiría nuevas dimensiones. Aquellas familias o parentelas que vivían en proximidad a las tierras más fértiles habrían podido utilizar los excedentes de la producción agrícola, por un lado, para canjearlos por artículos de uso cotidiano, recursos alimenticios y objetos valiosos y prestigiosos que ellos no producían y, por otro, para organizar reuniones y fiestas, las cuales a su vez, servirían para consolidar su respeto e influencia en la comunidad o territorio. De igual manera, aquellos sectores de la población que estaban bien ubicados para aprovechar recursos no-alimenticios, como el oro aluvial y de veta, el cobre, el basalto y el jaspe, se verían beneficiados de las posibilidades que aquéllos les brindaban para el trueque y los tratos sociales. A medida que se ensalzaba el estatus de estas personas, más se afianzaba su influencia política y, de aquí, su necesidad de legitimizar su posición en la sociedad mediante adornos iconográficamente significantes y de excepcional belleza o destreza. Por último, la intensificación de la agricultura habría acelerado la degradación del paisaje y de los suelos a través de la deforestación y la erosión, situación que haría más susceptible la producción de alimentos a los desbordamientos de los ríos, los vendavales, las invasiones de alimañas y las sequías, eventos éstos que suelen ser bastante erráticos e imprevisibles en lo geográfico porque son capaces de arrasar con los cultivos y casas en un valle mientras los dejan intactos en otro vecino. Dicha inseguridad debió consolidar la influencia de aquellas personas que se encargaban de dirigir las relaciones de los seres humanos con el mundo sobrenatural, como los chamanes y videntes, además de exacerbar los conflictos causados por el acceso a las mejores tierras.

Si bien el identificar con objetividad estos complejos y concatenados procesos no está siempre al alcance de los datos de campo arqueológicos, en el siguiente capítulo veremos como su relevancia respecto al mundo prehispánico, está confirmada por las observaciones de testigos oculares del momento del contacto español.

### Ricos y pobres

Se ha seleccionado la fecha 1250 a.P. para señalar el inicio del Periodo V de nuestra secuencia porque es a partir de este momento cuando comienza a usarse el Sitio Conte (Coclé) para enterrar a hombres adultos que lograron acumular grandes cantidades de artículos personales, muchos de los cuales exhiben una impresionante calidad técnica y artística. Desde su excavación por Samuel Lothrop y J. Alden Mason entre 1930 y 1940, las costumbres mortuorias y la estratificación social que éstas infirieron se pregonaron como epitomes de las sociedades cacicales del Neotrópico, de manera que todos los escritos que abordan el tema de la riqueza y las jerarquías sociales en esta región del mundo hacen mucho énfasis en la naturaleza y distribución del ajuar funerario en las aproximadamente 100 tumbas que fueron investigadas<sup>175</sup>. Aunque se conocen muchos cementerios a lo largo y ancho del istmo donde se enterraba a personas pudientes y ricas, Sitio Conte es un caso excepcional ya que no solo fue excavado por arqueólogos que contaban con entrenamiento universitario, sino también, por contener esqueletos humanos que estaban lo suficientemente bien conservados como para permitir relacionar artefactos procedentes de sepulturas específicas con individuos cuya edad y sexo se pudo estimar<sup>176</sup>. Nuestros conocimientos del contenido de los demás sitios usados para enterrar a personas de alto rango social se restringen a descripciones de los artefactos más espléndidos hallados por aficionados o huaqueros que, por lo general, destruyeron las clases de evidencia que se requieren para interpretar los patrones funerarios en un contexto social e histórico<sup>177</sup>. Dicha situación es especialmente aciaga en Chiriquí y en el Veraguas occidental donde se han abierto millares de tumbas – muchas a finales del siglo XIX<sup>178</sup>. De hecho, ninguna pieza entera de orfebrería, glíptica, ni piedra tallada ha sido contextualizada en una excavación científica en Chiriquí, lo cual, por lógica, repercute negativamente en nuestra evaluación del desarrollo cultural y de la complejidad social del istmo.

A diferencia de los grupos de sepulturas que consideramos atrás y de otros coevos ya estudiados en ‘Gran Coclé’, tales como El Indio, La Cañaza<sup>179</sup>, El Caño<sup>180</sup>, Finca Juan Calderón<sup>181</sup> y Las Huacas<sup>182</sup>, la población mortuoria de Sitio Conte es predominantemente adulta y masculina: el 94% de los 93 esqueletos cuya edad pudo determinarse, son adultos, y de éstos, el 77% son masculinos y el 23%, femeninos<sup>183</sup>. Sólo se encontró un esqueleto de niño<sup>184</sup>. Esta situación difiere de la del cementerio descubierto en la Operación 4 de Cerro Juan Díaz, donde el 44% de los esqueletos (n=115) son sub-adultos, muchos de ellos niños y bebés. El 74% de los adultos cuyo sexo pudo establecerse (n=35), son femeninos<sup>185</sup>. No hay evidencia de mujeres, ni niños especialmente ricos, ni en Sitio Conte, ni en las crónicas españolas del siglo XVI, lo cual podría estar indicando que, si bien ciertas agrupaciones sociales acaparaban el poder –en el sentido de que sólo de ellas podían salir los oficiales de mayor rango– no existían dinastías hereditarias. Esta observación recibe el apoyo de un comentario que hizo Fernández de Oviedo en su *Historia Natural y General*<sup>186</sup>.

A los hombres pudientes en Sitio Conte se les enterraba frecuentemente sentados y envueltos en textiles<sup>187</sup>. En vista de que los cronistas describen el desecamiento de los cadáveres al fuego, así como casas mortuorias donde éstos se guardaban ataviados<sup>188</sup>, se supone que el entierro no siempre se efectuaba inmediatamente después del fallecimiento. En efecto, la gran variedad de modos de enterrar a los muertos que es evidente en la mayor parte de los cementerios precolombinos panameños, desde la época de Cerro Mangote hasta la conquista<sup>189</sup>, hace pensar en rituales prolongados que comprendieron varias etapas, p.ejm., la inhumación o la exposición a la intemperie de los cadáveres, seguidas por el re-entierro en fardos o en urnas de barro de los huesos exhumados o recogidos de un ‘zarzo’ o cadalso. También se han reportado cremaciones en sitios arqueológicos de ‘Gran Coclé’.

Estas costumbres tan complejas subrayan cuán importante fue el cuidado de los ancestros y, de aquí, el mantenimiento de las buenas relaciones entre los seres terrenales y sobrenaturales<sup>190</sup>. Se men-



cionó atrás la costumbre de enterrar cráneos con otros esqueletos, práctica evidente, también, en Panamá la Vieja donde una mujer ataviada con un lindo collar de cuentas de la concha *Spondylus* en forma de bastón (cuya antigüedad se calculó en  $740 \pm 40$  a.P. [1.230 [1.280] 1.300 cal d.C.) estuvo acompañada de nueve calaveras, de las cuales dos dieron edades radiocarbónicas más tempranas (1.550-1.020 a.P.) (530-1.190 cal d.C.)<sup>191</sup> (Cap. 2, Figura 3 a). Esto sugiere que éstas habían sido guardadas durante varias generaciones<sup>192</sup>. También es posible que los entierros secundarios (esto es, los que contienen huesos redepositados) representen a aquellas personas que morían a cierta distancia de los emplazamientos donde se les enterraba en fechas o épocas especiales cuando se reunía la comunidad entera para enterrar a sus muertos.

Samuel Lothrop concluyó que la distribución por sepultura de los artefactos mortuorios en Sitio Conte reproducía el sistema de posiciones sociales descrito por los cronistas perteneciendo los entierros mejor ataviados a los caciques (*sacos* y *quevíes* de acuerdo a la terminología indígena), los medianamente opulentos, a los *cabras*<sup>193</sup> y los que tenían pocos artefactos, a la plebe. De acuerdo a Gaspar de Espinosa quien presenció las exequias del cacique Parita o Antatará en 1519, el atuendo de éste fue extravagante, consistiendo en los siguientes artefactos de oro: un yelmo, cuatro collares, dos brazaletes, dos polainas, un grupo de discos y otros objetos pequeños y un cinturón decorado con campanitas. Las hamacas de paja, mantas y cordeles que envolvieron los restos mortales de Parita fueron, también,



**Figura 11:** Las figurillas del tipo *Lagarto* de 'Gran Chiriquí', las cuales eran producidas en visperas de la conquista española, acusan muchos detalles sobre la vida cotidiana y ritual. Demuestran cómo se usaba la pintura facial y corporal de *achiote* (rojo) y *jagua* (negro). a: mujer haciendo (¿?) una vasija, b: mujer amamantando a un niño o animal, c: mujer con un niño a espaldas, d: persona sentada en un banco, e: hombre cargando una vasija (¿con agua?). Viste la misma clase de gorra cónica que aparece en las estatuas de Barriles, f: pito u 'ocarina' en forma de felino (W.H. Holmes, *Ancient Art of Chiriquí*, 1888, fig. 226 (c, 9,5 cm), fig. 227 (b, 8 cm), fig. 267 (a, 9,5 cm), fig. 268 (d, 7,8 cm), fig. 269 (e, 12 cm), de Jacú, fig. 311 (f, 5,6 cm)). (Las medidas se refieren al alto).

de excepcional calidad. Dos caciques sucesores, envueltos en sendos fardos, estaban bien ataviados, pero “ni tan rica ni apuestamente” como aquél<sup>194</sup>. Excluidas las campanas, esta lista compagina bien con el ajuar de Sitio Conte donde, según Peter Briggs, las personas más ricas eran las únicas que poseían discos repujados, figurillas humanas y de animales fundidas en moldes y expertamente confeccionadas, polainas, brazaletes y yelmos (aunque no necesariamente todos juntos), así como el mayor número de artículos finos de otros materiales, tales como dientes de cachalote y huesos de manatí tallados. En los cementerios coevos de El Indio, La Cañaza y Cerro Juan Díaz, la gente humilde tenía uno que otro artículo de concha y no más de quince dientes perforados de perro, venado, cocodrilo o tiburón. La sencillez de este ajuar contrasta con el de un hombre pudiente de Sitio Conte que poseyó ocho collares que comprendieron doscientos colmillos de saino o puerco de monte (*Tayassu*) y con el de otro difunto, dueño de un artefacto confeccionado con más de trescientos dientes de perro<sup>195</sup>. En la tumba 74, se hallaron aproximadamente 7000 artículos de metal incluyendo trescientos accesorios de oro para orejeras en forma de barra; los dos ocupantes principales se enterraron conjuntamente con veintiseis discos repujados. Se infiere, por lo tanto, que a partir de 1.250 a.P., ya regía el concepto del “valor agregado”: entre más influyente y opulento el individuo, mayor el número y mejor la calidad de sus atavíos<sup>196</sup>.

### Imágenes y sociedad

Una alta proporción de los artículos producidos por los indígenas precolombinos se decoraron con motivos geométricos e imágenes zoomorfas y antropomorfas. Si bien en algunos casos su función pudiera haber sido meramente estética o decorativa, se sobreentiende que la mayoría transmitía, o información resguardada en el acervo intelectual de las comunidades que los usaban —mitos, historias, creencias religiosas y fábulas sobre la organización social y las reglas de parentesco—, o detalles que identificaban la clase o afiliación social, como los tatuajes o la pintura facial y corporal (Figura 11 a,e; Cap. 2, Figura 6). Este tema es tan abarcador que nos ceñiremos a algunos comentarios generales e instamos a los lectores a consultar publicaciones relevantes<sup>197</sup>.

En cada área cultural, varias clases de objetos, hechas de todos los medios disponibles, desde la madera hasta el oro de mayor quilataje, compartían las mismas imágenes. En cuanto a aquellas zoomorfas y antropomorfas, algunas no permiten una identificación biológica más precisa que la de Clase u Orden (“un reptil”, “un sapo”, “un tiburón”, “un ser humano”, etcétera). En otros casos, sin embargo, es obvio que el artista quería que el observador se fijara en detalles anatómicos que permitiesen atribuir la imagen a un género de animales (p. ejm., “mapache”, “cocodrilo”, “iguana”) y hasta a una especie particular (“venado de cola blanca”, “raya chuchó” [*Aeteobatus narinari*], etcétera) (Figura 12). En cuanto a las figuras humanizadas, son tantos los detalles referentes al atuendo, la postura, las armas y las prendas, que se supone que éstas representan a seres reales o míticos, que el dueño habría podido *nombrar*. Un claro ejemplo, es un exquisito grupo de efigies gemelas modeladas en oro —a veces seres humanos, a veces animales humanizados—, las cuales seguramente fueron confeccionadas en algún taller de orfebrería sin identificar dentro del área cultural de ‘Gran Coclé’. Su actitud es bélica: blanden armas, como macanas y estólicas y visten tocados, collares, cinturones y ligas en los brazos y piernas. Como ya mencionamos, algunos llevan cabezas humanas. Se encontraron muchas en sepulturas excavadas por un ‘huaquero’ en Finca Calderón<sup>198</sup>.

Uno de los animales humanizados que aparece en estas figurillas gemelas de oro, es un cocodrilo<sup>199</sup> —una imagen prominente en las últimas sepulturas de Sitio Conte. En algunas vasijas policromadas del estilo *Macamacas*, aparece solo, pintado sobre un fondo lleno de símbolos que parecen representar espinas caudales de rayas (*Dasyatidae*, *Myliobatidae*)<sup>200</sup> (Figura 10 f). En algunos objetos de gran valor, tal es el caso de láminas repujadas de oro, viste como un ser humano importante, con armas o bastones de mando, orejeras, cinturones y adornos en los brazos y piernas<sup>201</sup>. Por el contrario, en vasijas enterradas en sepulturas de gente humilde, no lleva atavíos, como si el artesano quisiera indicar que el mundo sobrenatural es una réplica del terrenal<sup>202</sup>. Estos comentarios son, por supuesto, meras conjeturas. Sin embargo, en vista de que algunos grupos actuales que hablan idiomas de la estirpe chib-

chense, como los bribris y cabécares, recuerdan la época cuando existían clanes que llevaban los nombres de animales y plantas<sup>203</sup>, es factible que esta clase de detalles iconográficos estén señalando la afiliación a algún grupo social - en un sentido tanto real, como simbólico (p. ejm., al clan o a los pueblos del cocodrilo). La frecuencia del cacicón o 'rey de los gallinazos' (*Sarcoramphus papo*) en los últimos estilos (*Parita*, *El Hatillo*) de cerámica policromada de 'Gran Coclé' (Figura 1 g) podría aludir a una relación entre algunos mitos prehispánicos y otros actuales que relacionan un ser supremo del mundo sobrenatural —el Sibö de los grupos talamanqueños— con ésta u otras especies de aves de rapiña<sup>204</sup>. Por otro lado, el hecho de que el felino sea mucho más frecuente en el arte de 'Gran Chiriquí' (especialmente en los bellos asientos de piedra y metates)<sup>205</sup> (Figura 1 q,r), de lo que es en 'Gran Coclé', podría desprenderse de diferencias entre estas dos áreas culturales en cuanto a sus mitos de origen y a su conceptualización de las relaciones de los seres humanos con las especies de animales<sup>206</sup>.

Fuera cual fuera su significado *intelectual*, para el 1.250 d.C. los artículos de oro habían trascendido el papel principalmente ritual que se les atribuyó en el periodo anterior al convertirse, como los detalles funerarios de Sitio Conte lo indican, en símbolos manifiestos del poder y de las hazañas personales. Los soldados españoles se toparon con jefes militares que desplegaron piezas de oro durante las batallas, como el cacique veragüense Pocoa, descrito en el capítulo siguiente, o el "capitán" de Parita visto por Espinosa "armado con muchas patenas y armaduras de oro y puñetes puestos sobre una aljubeta de algodón que traía vestida"<sup>207</sup>. Fernández de Oviedo se dio cuenta de lo arraigado que estuvo este comportamiento en la sociedad prehispánica de Panamá: "cuando salen en campo de guerra lle-



**Figura 12:** Aunque las figuras de animales que aparecen en el arte precolombino de Panamá son, por lo general, impresionistas, frecuentemente exhiben detalles que permiten una precisa identificación taxonómica de acuerdo a criterios biológicos: a: peces catamíca (*Carangidae: Selene*), b: venado de cola blanca, macho con astas ramificadas (*Cervidae; Odocoileus*), c: tapir (*Tapirus*), d: cangrejo, quizás Familia *Xanthidae* (*Ozium* o *Euicides*) (John Christy, comunicación personal, 2003). a: plato *Conte Temprano*, Cerro Juan Díaz, b: plato *Conte Temprano*, procedencia desconocida, c: estilo *Bisquit*, Chiriquí, procedencia incierta, d: plato estilo *Conte Tardío*, procedencia incierta. Las fotos no están a escala.

van caracoles grandes hechos bocinas [...] y también tambores y muy hermosos penachos y algunas armaduras de oro en los pechos y patenas y brazaes y otras piezas en las cabezas [...] y de ninguna manera como en la guerra se precian de parecer gentiles hombres e ir lo más bien aderezados que ellos pueden”<sup>208</sup>.

Aunque las ‘guerras’ precolombinas no se equiparaban con las europeas del Medioevo en cuanto a los niveles de violencia<sup>209</sup>, siendo más bien ataques repentinos o escaramuzas, está claro que los vencidos eran maltratados, mutilados y, en ocasiones, ejecutados. También se les obligaba a trabajar para los vencedores, labrando en los campos y cargando mercancía en los viajes de trueque. Por ende, no es descabellada la idea de que algunos miembros de los grupos de esqueletos que se enterraron junto con los personajes más pudientes de Sitio Conte (Figura 13), hubieran sido prisioneros. También se admite la posibilidad de que algunos esqueletos identificados por los antropólogos como femeninos hayan sido los de mujeres inmoladas durante la inhumación del ocupante principal<sup>210</sup>, un comportamiento característico de otras sociedades guerreras como los vikingos.

En el arte de ‘Gran Chiriquí’ son frecuentes las representaciones de cabezas humanas. Los bordes de los enormes metates hallados en Barriles están decorados con cabezas estilizadas en tanto que algunas figuras sentadas de las estatuas dobles y otras talladas en patas de metate agarran cabezas humanas y hachas lasqueadas de dacita, de doble filo<sup>211</sup> (Figura 14 a,c). De los extremos distales de las macanas portadas por algunas efigies gemelas, fundidas en oro, cuelgan cabezas humanas<sup>212</sup>. Aunque estos detalles parecen confirmar la toma de cabezas en los enfrentamientos bélicos es preciso advertir que cada representación o hallazgo de un cráneo humano requiere ser analizado por sí solo, de acuerdo a su propio contexto arqueológico o pictórico, ya que, como señalamos atrás, existen otras explicaciones igualmente sustentables para la presencia de estos elementos en un sitio arqueológico u obra de arte

### Centros ceremoniales

Barriles, localizado en la cordillera occidental de Chiriquí en la falda Suroeste del volcán Barú, es uno de los sitios mejor conocidos de la América Central gracias a sus imponentes artefactos de piedra tallada, tales como los epónimos barriles cuyos extremos están decorados con figuras humanas en bajorrelieve, los gigantes metates y las estatuas dobles, las cuales representan a un ser humano que viste una gorra cónica y está sentado sobre los hombros de otro cuyas facciones notoriamente diferentes podrían señalar que pertenecía a un grupo étnico o de clase distinto al de la persona que sostiene (Figura 1 s,14 b). En la literatura profesional, este sitio se ha atribuido al periodo 2.250-1.350 a.P. debido a que las tallas en piedra comparten algunos elementos iconográficos, tales como las gorras, las dobles figuras humanas, las hachas de dos filos y las cabezas humanas, con vasijas incisas y modeladas que pertenecen a la *Fase Bugaba* de la cordillera de Chiriquí (1.750-1.350 a.P.)<sup>213</sup>. Hay quienes creen que este conjunto de artefactos e imágenes delatan una simbiosis simbólica entre el poder político, la agricultura basada en el maíz (y el ciclo de siembras y cosechas que esta actividad encierra) y la conducta bélica<sup>214</sup>. Desafortunadamente, existen bastantes incógnitas acerca de la sincronía de las diferentes zonas identificadas en el sitio arqueológico de Barriles: (a) el área socio-ceremonial donde, en 1949, el arqueólogo Matthew Stirling localizó una plataforma con un “piso” de lajas, rodeada por petroglifos<sup>215</sup> grabados sobre piedras grandes, (b) el área habitacional al oriente de ésta y (c) el cementerio en el que se descubrieron urnas funerarias junto con sus tapaderas<sup>216</sup> en dieciséis tumbas en forma de pozo, las cuales estaban forradas con piedras y tenían cuatro o más compartimientos<sup>217</sup>. Aunque las clases de vasijas halladas en las sepulturas sí parecen remontarse al periodo 1.750-1.350 a.P. y, de aquí, al Periodo IV de nuestra secuencia (Cuadro 1), la antigüedad de las estatuas no está clara. Abandonado el valle de Cerro Punta para el 1.350 a.P., Barriles siguió aumentando de tamaño hasta aproximadamente el 1150 a.P.<sup>218</sup>, lo que sugiere que su importancia como centro ceremonial se acrecentó. Este dato reviste interés a la luz de las pequeñas efigies humanas que algunas figuras talladas en piedra llevan sobre sus pechos<sup>219</sup> (Figura 14 b) porque—asumiendo que los artistas quisieron representar objetos de *metal* y no los de otras sustancias, como la resina—aquellas no se manifiestan en el acervo metalúrgico del istmo hasta después del 1.350 a.P. Por consiguiente, cabe la posibilidad de que las *estatuas* de Barriles, así



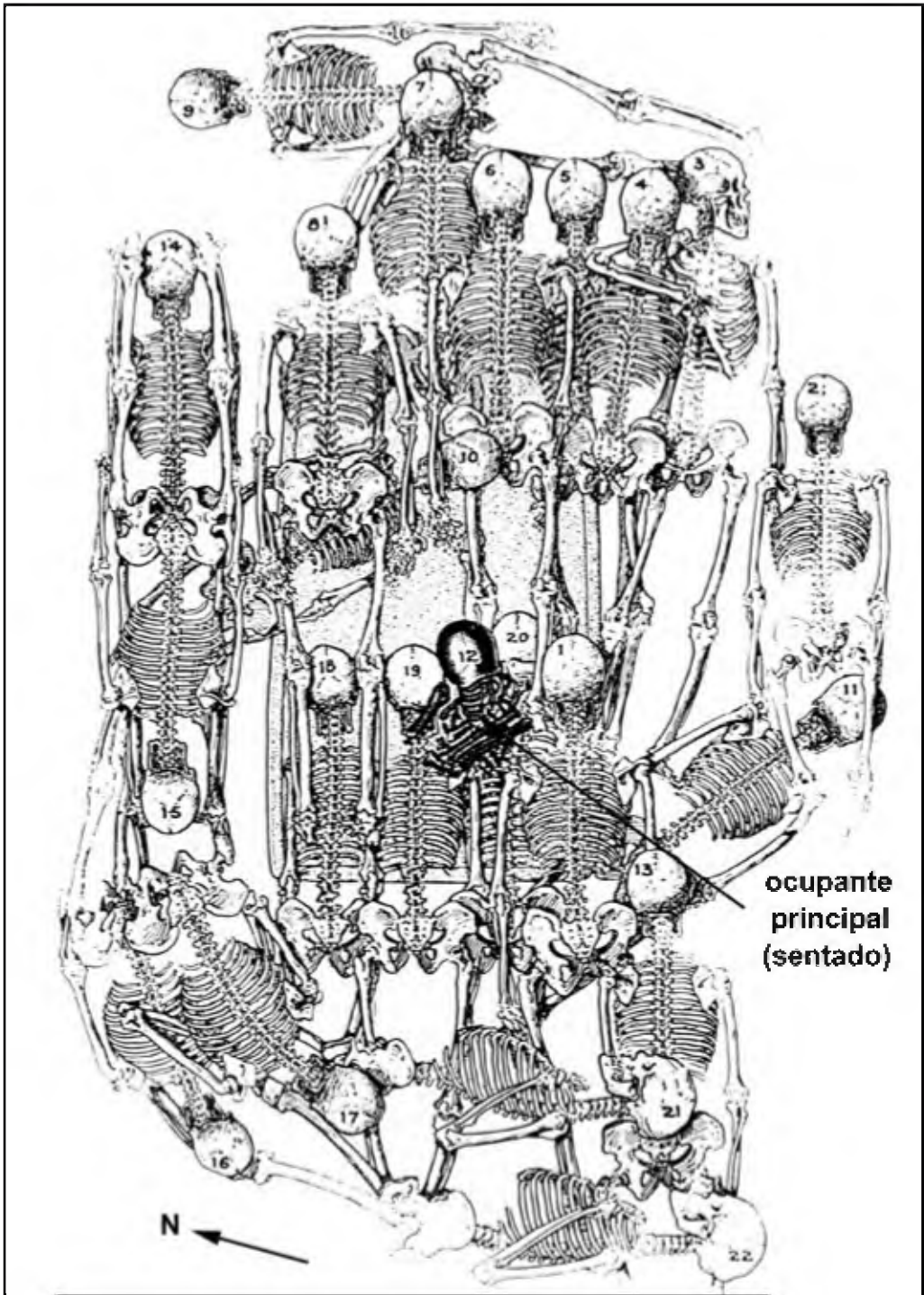
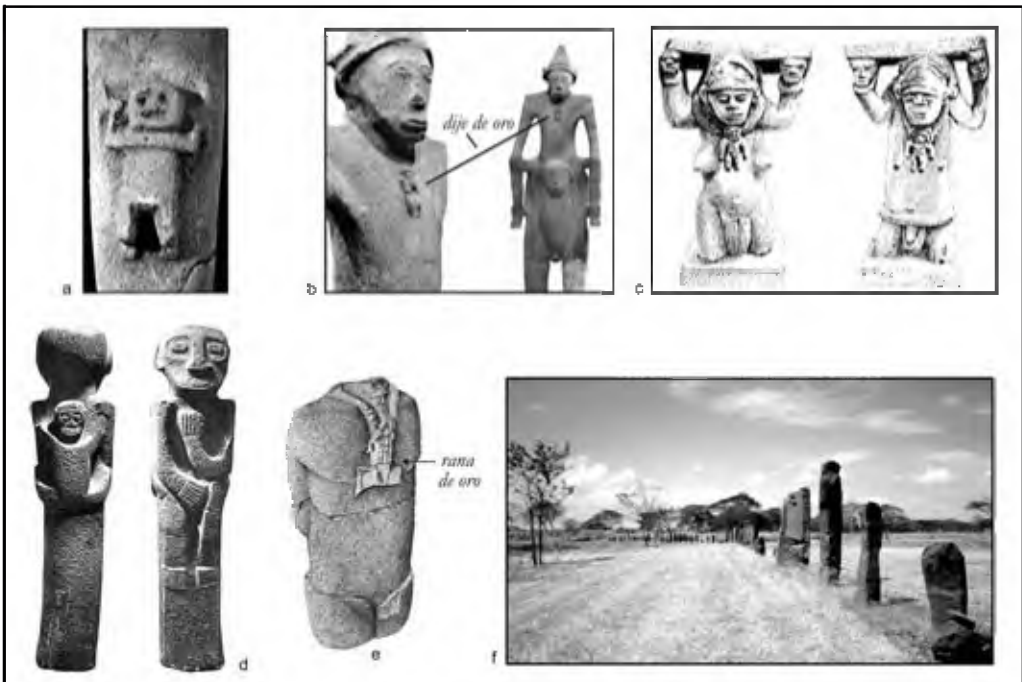


Figura 13: En las sepulturas más opulentas de Sitio Conte (Coclé), algunos ocupantes principales fueron enterrados sentados y rodeados de muchos otros esqueletos, los cuales han sido interpretados como prisioneros de guerra o mujeres del difunto central. Cabe la posibilidad de que algunos sean los restos embalsamados de los ancestros, los cuales eran guardados en edificios especiales. (S.K. Lothrop, *Coclé...Part 1*, 1937, figura 31).

como otras esculturas monolíticas encontradas en ‘Gran Chiriquí’, sean más recientes que los entierros efectuados en los pozos revestidos con piedras.

Aunque Barriles no fue el sitio arqueológico más grande del área de El Hato y Cerro Punta<sup>220</sup>, sí fue el único que mostró evidencia de ser un centro ceremonial, lo que hace pensar que sus actividades rituales no se ceñían a un solo cacicazgo. En otras áreas de Chiriquí, como Santa Marta y Río Negro<sup>221</sup>, así como en zonas adyacentes de Costa Rica<sup>222</sup>, se han reportado fragmentos de esculturas monolíticas parecidas a las de Barriles, lo cual podría indicar que hay por descubrir otros centros igualmente imponentes. En el resto del sector panameño de ‘Gran Chiriquí’, el único sitio donde se ha reportado estatuas de figuras humanas es Villalba, en el litoral de Golfo de Chiriquí, donde, según Linares, estaban arregladas en un círculo<sup>223</sup>.

En Sitio Conte, Lothrop descubrió hileras de columnas de basalto hexagonal, las cuales bien pudieron haber señalado los límites del cementerio<sup>224</sup>. Al otro lado del río Coclé del Sur, se extiende el sitio de El Caño, hoy en día un parque arqueológico, donde en los años '20, un locuaz aventurero norteamericano, A. Hyatt Verrill, desenterró con técnicas tristemente inapropiadas<sup>225</sup>, un mayor número de columnas, tanto naturales, como talladas en forma de animales y seres humanos, así como esculturas que llamó “altares” y un número indeterminado de entierros<sup>226</sup>. Nunca sabremos hasta qué punto el dibujo que hizo de un “templo”, compagina con la realidad. Posteriormente se hallaron una calzada de cantos rodados<sup>227</sup> y varios montículos funerarios que cubrieron entierros. Los que están debajo de los túmulos funerarios son coevos con parte del cementerio de Sitio Conte, aunque los difuntos distaron de ser tan opulentos como los *cabras* y *sacos* de este sitio<sup>228</sup>. Dentro de los rellenos de



**Figura 14: Dos centros ceremoniales: Barriles (Chiriquí) (a-c) y El Caño/Sitio Conte (Coclé) (d-f).** a: pata de un gran metate que demuestra una figura humana que sostiene un hacha de piedra, b: algunas figuras sentadas llevan sobre sus pechos pequeñas figurillas, las cuales podrían representar efigies humanas fundidas en oro. c: patas de un metate que retratan a una figura femenina y a otra masculina; agarran cabezas humanas (las figurillas humanas colgantes podrían ser representaciones de piezas de oro), d: estatua de piedra que representa a un humano con un animal a espaldas, e: torso humano tallado en piedra, que lleva una efígie de rana en su pecho, seguramente una representación de una pieza de oro, f: columnas de basalto hexagonal arregladas en filas, las cuales parecen definir un área ritual. (Ilustraciones: a, b: Olga Linares, c: Francine Sheets, d: Museum Rieterberg, Zurich, e: A. Rodaniche, f: Carlos Fitzgerald).

los montículos se hallaron urnas funerarias depositadas después del contacto español, las cuales contuvieron piezas de oro, concha y piedra, así como cuentas de vidrio europeas<sup>229</sup>.

Pese a los problemas de cronología, los apuntes de campo de Verrill y los artefactos funerarios hallados en ambas orillas del río Coclé del Sur hacen pensar que los arreglos de columnas de El Caño son coevos con los entierros de Sitio Conte y por lo tanto, que estos dos sitios conjuntamente con Cerro Cerrezuela donde existen terrazas revestidas con piedras (de presumida construcción prehispánica), constituyen un solo recinto ceremonial. No se ha reportado ninguno igual en toda el área de 'Gran Coclé'. En Finca Calderón, o El Hatillo (He4), localizado a orillas del río Parita —un sitio muy extenso que fue ocupado al momento del contacto y bien pudo haber sido uno de los dos “asientos” del cacique Parita en 1517/19— se conoce un arreglo de montículos funerarios, pero, hasta donde lo sabemos, no se ha hallado aquí evidencia de un recinto ceremonial con columnas talladas. Por consiguiente, se supone que la preeminencia del conjunto Sitio Conte/El Caño/Cerrezuela atraía a personas que vivían allende del cacicazgo en cuyo territorio se encontraba (el cual habría sido liderado por Natá en 1516). Entre las esculturas llevadas a museos extranjeros, sobresale una que muestra a un ser humano con un animal en su espalda (Figura 14 d). Otra, que se salvó de los saqueos y se encuentra en el museo de El Caño, es el torso de un hombre que viste en su pecho una espectacular rana, seguramente de oro (Figura 14 e). Los cronistas describen varios juegos rituales en el istmo, entre ellos, uno, visto en 'Tabarabá' (río San Pedro arriba), que por usar una pelota de caucho, le hizo recordar a Espinosa el “bateyn” de las Antillas mayores. Otros parecen haber sido competencias basadas en el lanzamiento de proyectiles. En tiempos históricos, las grandes balserías de los ngöbés eran convenidas por personas capaces de reunir suficientes alimentos y bebidas fermentadas como para complacer a miles de participantes que acudían a las canchas especialmente preparadas en un sentido, tanto práctico, como ritual. No sería de extrañar, por consiguiente, que el actual parque arqueológico hubiese desempeñado una doble función, siendo la primera la de acoger los restos mortales de los guerreros más valientes de varios cacicazgos de 'Gran Coclé', los cuales, pese a la frecuente hostilidad mutua, debieron guardar remembranzas de un origen y experiencias en común y la segunda, la de celebrar eventos rituales con *areytos*, cantos y juegos, los cuales habrían servido, no sólo para que los jugadores sobresaliesen y que los músicos y cantores brillaran, sino, también, para que *quevíes*, *sacos* y *cabras* se olvidaran interinamente de sus celos y querellas al reafirmar su herencia cultural compartida y al procurar entablar alianzas y tratos sociales.

### **Aporte de la documentación escrita del periodo del contacto**

Aquellos aspectos universales de la conducta humana que nos fascinan cuando leemos sobre las sociedades del pasado, como el amor, el odio, la violencia, la crueldad, la astucia y la generosidad, son en extremo difíciles de abordar con datos que no sean documentales por lo que las descripciones e interpretaciones presentadas en este capítulo se beneficiarán de lecturas de las crónicas españolas del periodo del contacto (1.501-1.550 d.C.), las cuales serán resumidas en el siguiente capítulo. Cabe advertir, mientras tanto, que los europeos que transmitieron dichas observaciones a pergamino y papel se criaron en un mundo radicalmente distinto al del indígena americano teniendo sus propias actitudes, creencias y agendas sociales y políticas, de manera que, cuando escudriñamos los documentos del periodo del contacto español, es preciso procurar distinguir entre la verdad y la propaganda, la objetividad y el prejuicio y la razón y la imaginación. A manera de ejemplo, aunque el capitán español Gaspar de Espinosa proveyera abundantes y minuciosos detalles sobre quienes sometió —los cuales confirman y en muchos casos *amplían* la demás información— también creyó que existieron “indios de dos caras y otros que tenían los pies redondos y las espinillas salidas de un palmo adelante”.



## NOTAS

- 1 Glíptica: "Arte de confeccionar objetos de piedras finas".
- 2 Etológico: "Relacionado con el comportamiento".
- 3 Se supone que algunos símbolos abstractos muy conocidos del arte precolombino de Panamá, como la ubicua y persistente voluta 'YC' (Figura 2; Capítulo 2, fig. 6), encerraron conceptos que, pese a ser igualmente recónditos como aquellos cristianos, podían ser interpretados al instante por personas que los referían a un acervo de tradiciones orales.
- 4 Zoomorfo: "En forma de animales".
- 5 Contraloría de la República de Panamá, Censos Nacionales de Población, Panamá 2000; Tomás Arias, et al., "Mezcla racial de la población panameña", Conferencia presentada en conmemoración del Centenario de la República de Panamá, 27 de febrero de 2003; Adolfo Constenla, *Las Lenguas del Área Intermedia* [...], Editorial Universitaria, San José CR 1991, pp. 43-45.
- 6 Pejman, Troya, Demóstenes, *Estudios Sociales*, IV, Editora Géminis, Panamá, 1997, p. 2.
- 7 Richard G. Cooke y Luis A. Sánchez H., "Historia de la arqueología en Panamá, 1880-2002" en Panamá: Cien Años de República, edición a cargo de Alfredo Figueroa, Editorial Universitaria, Panamá 2004.
- 8 Cristóbal Colón, *Los Cuatro Viajes del Almirante* [...], edición a cargo de Ignacio B. Anzoátegui, 3a edición, Austral, Buenos Aires 1958, p. 206; *Encyclopedia of the Languages of Europe*, edición a cargo de Glanville Price, Blackwell 1998, p. 57; Jared Diamond y Peter Bellwood, "Farmers and their languages: the first expansions", *Science*, 2003, 300, p. 600.
- 9 Región geológica istmeña: "Zona comprendida entre los grandes lagos de Nicaragua y las cuencas de los ríos Atrato y San Juan cuyo levantamiento y posterior unión formaron el puente terrestre centroamericano".
- 10 *Las Lenguas del Área Intermedia*...Op. cit [5], pp. 11, 43-45; Ramiro Barrantes et al., "Microevolution in Lower Central America [...]", *American Journal of Human Genetics*, 1990, 46, pp. 63-84.
- 11 Un excelente resumen de estos acontecimientos se encuentra en: Alfredo Castellero C., *Conquista, Evangelización y Resistencia*, Panamá, Instituto Nacional de Cultura, 1995. Consúltese, también, Tomás Arias D., "Los cholos de Coclé [...]", *Societas*, Panamá, 2002, 3, pp. 55-88; Richard G. Cooke, et al., "Transformaciones sociales y culturales de los amerindios de Panamá [...]", *Mesoamérica*, 2003, 45, pp. 1-34.
- 12 Richard G. Cooke, et al., "Who crafted, exchanged and displayed gold [...]?" en *Gold and Power in Ancient Costa Rica, Panama and Colombia*, edición a cargo de Jeffrey Quilter y John W. Hoopes, *Dumbarton Oaks*, Washington DC 2003; Richard G. Cooke y Luis A. Sánchez, "Panamá prehispánico [...]", *Istmo*, 2003 ilustración 7 ([www.denison.edu/collaborations/istmo](http://www.denison.edu/collaborations/istmo)).
- 13 Richard G. Cooke, "Prehistory of native Americans [...]", *Journal of Archaeological Research*, en prensa.
- 14 Pejman, polen, fitolitos (silíce) y granos de almidón; Dolores R. Piperno, "Paleoethnobotany in the Neotropics from microfossils [...]", *Journal of World Prehistory* 12, 1998, pp. 393-449; Dolores R. Piperno y Deborah M. Pearsall, *The Origins of Agriculture in the Lowland Tropics*, Academic Press, San Diego 1998; Panamá prehispánico...Op. cit. [12], ilustración 5.
- 15 Paleoeología: "La reconstrucción de los ambientes del pasado basada en investigaciones sobre la naturaleza y evolución del entorno físico, la vegetación natural y antrópica y el clima".
- 16 Victoria Bricker y Harvey M. Bricker, "Ciclos calendáricos y astronomía", en *Los Mayas*, edición a cargo de Peter Schmidt, Mercedes de la Garza y Enrique Nalda, CNCA/INAH/Landucci, 1998, p. 195.
- 17 Se identifican estratos anuales en el hielo polar y en sedimentos depositados en lagos o en el mar en áreas de clima marcadamente estacional.
- 18 Consúltese, p.ejm., K. Hughen et al., "<sup>14</sup>C activity and global cycle changes over the past 50,000 years", *Science*, 2004, 303, pp. 202-207.
- 19 Una exposición amena de este tema se presenta en: Eric R. Wolf, *Europe and the People without History*, University of California Press, Berkeley, 1982, pp. 3-23.
- 20 Metate: "Tabla de piedra, sin o con patas, usada principalmente para moler maíz".
- 21 Samuel K. Lothrop, *Coclé* [...], Part 2, Cambridge 1942.
- 22 Pejman, Richard G. Cooke, "Panamá: Región Central," *Vinculos*, San José CR, 1976, 2, pp. 122-140; "Archaeological research in central and eastern Panama [...]", en *The Archaeology of Lower Central America*, edición a cargo de Frederick W. Lange y Doris Z. Stone, University of New Mexico Press, Albuquerque 1984, pp. 263-302.
- 23 Juan G. Martín-Rincón, "Panamá la Vieja y el Gran Darién," en *Arqueología de Panamá la Vieja* [...], edición a cargo de Beatriz E. Rovira y Juan G. Martín-Rincón, Patronato Panamá Viejo, Panamá 2002, pp. 230-250 (CD-ROM); Luis A. Sánchez H., "Panamá: arqueología y evolución cultural," en *Artes de los Pueblos Precolombinos de América Central*, Museu Barbier-Mueller, Barcelona 2002, pp. 115-145.
- 24 *Microevolution in Lower Central America*...Op. cit. [10]; Russell D. Gray y Quentin D. Atkinson, "Language-tree divergence times [...]", *Nature*, 2003, 426, pp. 435-439.
- 25 Aunque el procurar relacionar grupos específicos de artefactos arqueológicos con etnias e idiomas particulares sea una práctica vetusta en la arqueología, está plagado de dificultades. Las lenguas que carecen de una tradición literaria, como las autóctonas panameñas, suelen cambiar muy rápidamente, en tanto que las sociedades que poseen el nivel social ejemplificado por las precolombinas del istmo, exhiben complejas características lingüísticas, como el multilingüismo, la influencia de idiomas maternos hablados por mujeres capturadas en conflictos bélicos y el uso de lenguas rituales y comerciales que difieren de las hablas vernaculares.
- 26 Anthony J. Ranere y Richard G. Cooke, "Stone tools and cultural boundaries [...]", en *Paths to Central American Prehistory*, edición a cargo de Frederick W. Lange, University Press of Colorado, Niwot CO 1996, pp. 49-77.
- 27 José de Acosta, *Historia Natural y Moral de las Indias*, Madrid 1892, p. 1.
- 28 P. ejm., Paul Rivet, *Les Origines de l'Homme Américain*. Gallimard Paris, 1957.
- 29 Junius B. Bird, *Travels and Archaeology in South Chile*, Iowa City, University of Iowa Press, 1988.



- 30 Dennis Stanford y B. Bradley, "Ocean trails and prairie paths? [...]", en *The First Americans* [...], edición a cargo de N.G. Jablonski, San Francisco 2000, pp. 255-272.
- 31 Tardiglacial: "Un periodo de cortas oscilaciones climáticas ocasionadas por la reducción del tamaño de los glaciares y del hielo polar". Su complejidad geológica, paleoclimatológica y radiométrica hace difícil la interpretación de la relación ser humano/ambiente durante la época de las primeras inmigraciones humanas a América (Neil Roberts, *The Holocene* [...], 2a edición, Blackwell, Oxford 1998, pp. 68-78).
- 32 Gary Haynes, *The Early Settlement of North America* [...], Cambridge University Press, Cambridge 2002.
- 33 Panamá prehispánico...Op. cit. [12], ilustración 3.
- 34 Tom D. Dillehay, *Monte Verde: A Late Pleistocene Settlement in Chile* [...], 2 tomos, Smithsonian Institution Press, Washington DC, 1989, 1997.
- 35 Arturo Jaimes, "Nuevas evidencias de cazadores-recolectores [...]", *Arqueología del Área Intermedia*, 1999, 1, pp. 83-120.
- 36 Anthony J. Ranere y Richard G. Cooke, "Late glacial and early Holocene occupation of Central American tropical forests", en *Under the Canopy* [...], edición a cargo de Julio Mercader, Rutgers University Press, New Brunswick 2002, fig. 7.5d.
- 37 Georges A. Pearson, "Pan-Continental Paleoindian Expansions and Interactions [...]", Tesis doctoral inédita, Universidad de Kansas, Lawrence 2002, fig. 38c.
- 38 Late Glacial...Op. cit. [36]; Pan-Continental...Op. cit. [37]; Anthony J. Ranere y Richard G. Cooke, "Evidencias de ocupación humana en Panamá a postrimerías del Pleistoceno [...]", en *Ámbito y Ocupaciones Tempranas de la América Tropical*, edición a cargo de Inés Cavalier y Santiago Mora, Erigae / ICAN, Bogotá 1995, pp. 5-26.
- 39 Pan-Continental...Op. cit. [37], pp. 64-67; Georges A. Pearson, "First report of a new Paleoindian quarry site on the Isthmus of Panama", *Latin American Antiquity*, 2003, 14, pp. 311-322.
- 40 Richard G. Cooke, "Human Settlement of Central America and Northernmost South America [...]", *Quaternary International*, 1998, 49-50, pp. 177-190.
- 41 Donald L. Crusoe y John H. Felton, "La Alvina de Parita [...]", *Florida Anthropologist*, 1974, 27, pp. 145-148.
- 42 Panamá prehispánico... Op. cit. [12], ilustración 4a.
- 43 Ibidem, ilustración 4 b-c.
- 44 Pan-Continental...Op. cit. [37] pp. 67-71; Late Glacial...Op. cit. [36]; Georges A. Pearson y Richard G. Cooke, "The role of the Panamanian land-bridge [...]", *Antiquity*, 2002, 76, pp. 931-932.
- 45 Fechas radiocarbónicas reportadas en sitios suramericanos en asociación con puntas Cola de Pez promedian 11,000-10,100 años a.P.; consúltese Judy E. Morrow and T.A. Morrow, "Geographic variation in fluted projectile points [...]", *American Antiquity*, 1999, 64, pp. 215-231.
- 46 Tom D. Dillehay, *The Settlement of the Americas* [...], Basic Books, Nueva York 2000, pp. 157-160.
- 47 Donald K. Grayson and David J. Meltzer, "Clovis Hunting and Large Mammal Extinction [...]", *Journal of World Prehistory*, 2002, 16, pp. 313-359; Pearson (Pan-Continental...Op. cit.[37], p. 30) localizó restos de perezosos (*Ereotherium* y cf *Glossotherium*) y tortuga gigante en Llano Hato (Ocú) (47,040 ± 900 a.P.), así como huesos de perezoso y mastodonte (*Ereotherium* y *Cuvieronius*) en La Trinidadita (Pesé) (44,880 ± 700 a.P.). Se supone que estos taxones coexistían con los primeros inmigrantes humanos al istmo. En otros yacimientos azuereños del Pleistoceno tardío se reportaron, además, toxodón (*Mixotoxodon*) y caballo (*Equus*) (Louis Gazin, "Exploration for the Remains of Giant Ground Sloths [...]", Smithsonian Institution, Washington DC 1956, pp. 341-354).
- 48 Junius B. Bird y Richard G. Cooke, "Los artefactos más antiguos de Panamá", *Revista Nacional de Cultura*, Panamá, 1977, 6, pp. 7-31.
- 49 Daniel Sandweiss et al., "Quebrada Jaguay [...]", *Science*, 1998, 281, pp. 1830-1832.
- 50 Paleoindios: "grupos humanos que cazaban mamíferos extintos durante el Tardiglacial".
- 51 En 1963 la hoja de una punta acanalada se encontró en sedimentos marinos dragados en la entrada pacífica del Canal de Panamá a una profundidad de 12,3-15,4 m (Los artefactos más antiguos...Op. cit. [48]).
- 52 Dolores R. Piperno, et al., "Starch grains reveal early root crop horticulture [...]", *Nature*, 2000, 407, pp. 894-897; *The Origins of Agriculture* [...], Op. cit. [14], pp. 175-176.
- 53 Se estima que las temperaturas atmosféricas durante el Tardiglacial estaban en un 5-7% más bajas que las actuales en tanto que la precipitación anual experimentó una reducción de un 25-40% (Ibidem, p. 91).
- 54 Dolores R. Piperno y John Jones, "Paleoecological and archaeological implications [...]", *Quaternary Research*, 2003, 59, pp. 79-86.
- 55 Para estas fechas no hay evidencia de hachas alisadas o pulidas hechas con duras piedras ígneas por lo que se supone que los indígenas eliminaban los árboles descortezándolos o quemándolos con material combustible amontonado en las bases de los troncos.
- 56 Richard G. Cooke y Anthony J. Ranere, "Prehistoric human adaptations [...]", *World Archaeology*, 1992, 24, pp. 114-133; "The origin of wealth and hierarchy [...]", edición a cargo de Frederick W. Lange, *Wealth and Hierarchy in the Intermediate Area*, Dumbarton Oaks, Washington DC 1992 pp. 243-316.
- 57 Ibidem.
- 58 Pan-Continental...Op. cit. [37], pp. 60-63.
- 59 Anthony J. Ranere y Richard G. Cooke, "Paleo-Indian occupation in the Central American Tropics," en *Clovis: Origins and Adaptations*, edición a cargo de Ralph Bonnichsen y Kay L. Turnmire, Center for the Study of the First Americans, Corvallis OR 1991, pp. 237-253.
- 60 The origin of wealth and hierarchy... Op. cit. [56], p. 257 y fig. 2.
- 61 Patricia Hansell, "The Rise and Fall of an Early Formative Community: La Mula-Sarigua [...]" Tesis doctoral, Temple University, Filadelfia 1988, lám.54 a-d; The origin of wealth and hierarchy...Op. cit. [56], pp. 243-316.
- 62 En 2002, no se confirmó la presencia de restos de peces y moluscos estuarinos en 'Vampiros', en estratos de los periodos IB y IIA (The role of the Panamanian landbridge...Op.cit. [44], contra Richard G. Cooke y Anthony J. Ranere, "The Proyecto Santa Maria [...]", en *Recent Developments in Isthmian Archaeology*, edición a cargo de Frederick W.

- Lange, B.A.R., Oxford 1984, pp. 3-30). Se supone que existen sitios costeros del Periodo IIA con evidencia del aprovechamiento de los recursos del litoral marino en la anegada plataforma continental.
- 63 Se cree que esta planta de origen africano llegó flotando en la corriente ecuatorial del Suroeste a la costa Norte de Suramérica desde donde se dispersó a otras regiones americanas. Sus semillas son capaces de germinar después de estar inmersas en agua salada durante 224 días (The Origins of Agriculture...Op. cit. [14], p. 140).
- 64 Ibidem, pp. 209-217; Prehistoric human adaptations...Op. cit. [56]; "Panamá prehispánico...Op. cit. [12], ilustración 7.
- 65 Paleoeological and archaeological implications...Op. cit. [54].
- 66 Jane E. Dorweiler, "Developmental analysis of teosinte glume architecture [...]" American Journal of Botany, 1997, 84, pp. 1313-1322; Hugh H. Illis, "Homeotic sexual translocations and the origin of maize [...]" Economic Botany, 2000, 54, pp. 7-42.
- 67 Karen M. Olsen y B.A. Schaal, "Microsatellite variation in cassava [...]", American Journal of Botany, 88, 2001, pp. 131-142; Linda Perry, "Starch granule size and the domestication of manioc [...]", Economic Botany 56, 2002, pp. 335-349.
- 68 The Origins of Agriculture...Op. cit. [14], pp. 142, 216-17; Oris Sanjur, et al., "Phylogenetic relationships [...]", Proceedings of the National Academy of Sciences (USA), 2001, 99, pp. 535-540.
- 69 Aunque, por lo general, estas palmas no se consideran especies domesticadas o cultivadas, el tamaño promedio de corozos de *Acrocomia mexicana* recogidos en sitios chiricanos de la Fase Talamanca tenían la mitad del tamaño del de una muestra de frutos actuales, lo cual indica que esta especie sí respondió genéticamente a los cuidados de los indígenas (C. Earle Smith Jr., "Plant remains from the Volcan sites", en Adaptive Radiations in Prehistoric Panama, edición a cargo de Olga F. Linares y Anthony J. Ranere, Harvard University Press, Cambridge 1980, pp. 151-174).
- 70 Doris Weiland, "Prehistoric settlement patterns in the Santa María drainage of Panama [...]", en Recent Developments in Isthmian Archaeology, edición a cargo de Frederick W. Lange, B.A.R., Oxford, 1984, pp. 31-53.
- 71 Alexandra S. Bartlett y Elso S. Barghoorn, "Phytogeographic history of the Isthmus of Panama [...]" en Vegetation and Vegetational History of Northern South America, edición a cargo de Alan Graham, Elsevier, Nueva York 1973, pp. 233-247; Dolores R. Piperno, Phytolith Analysis [...], Academic Press, San Diego 1988, pp. 208-209.
- 72 James Clary, et al., "The Holocene geology of the western Parita Bay coastline [...]", en Recent Developments in Isthmian Archaeology, edición a cargo de Frederick W. Lange, B.A.R., Oxford, 1984, pp. 55-83.
- 73 Richard G. Cooke y Anthony J. Ranere, "Human influences on the zoogeography of Panama [...]", en Biogeography of Mesoamerica, edición a cargo de S.P. Darwin y A.L. Welden, Tulane University, New Orleans 1992, pp. 21-58; "Relación entre recursos pesqueros, geografía y estrategias de subsistencia [...]", Actas del 1 Congreso sobre la Defensa del Patrimonio Nacional, Panamá, 1994, 2, pp. 68-114.
- 74 Charles McGimsey, III, "Cerro Mangote: A preceramic site in Panama," American Antiquity 22, 1956, pp. 151-161; Charles R. McGimsey, et al., "Cerro Mangote and its population," Journal of the Steward Anthropological Society 16, 1986-7, pp. 125-157. Diez individuos presentan cortadas en los huesos, probablemente el resultado del descarnamiento. De los 85 esqueletos cuya edad se pudo calcular, 50 son mayores de 16 años, 22 niños y 13 infantes. Los adultos con características determinantes del sexo comprendieron 18 mujeres y 25 varones.
- 75 Siete fechas abarcan desde el 1300 cal a.C. hasta el 140 cal d.C.
- 76 Se han hecho excavaciones en cinco sitios con conjuntos líticos de la Fase Talamanca: Casita de Piedra, Trapiche, Zarsiadero, Horacio González y Hornito-1 (Anthony J. Ranere, en Adaptive Radiations in Prehistoric Panama...Op. cit. [69], pp. 16-43, 118-137, 250-266, 316-353; Stone tools and cultural boundaries...Op. cit. [26]. De acuerdo a análisis de almidón efectuados por Ruth Dickau, los habitantes de Hornito-1 consumían tubérculos de *Zamia* - de amplio uso en las Antillas.
- 77 Dolores R. Piperno, "Non-affluent foragers [...]", en Foraging and Farming [...]", edición a cargo de David R. Harris y G. Hillman, Unwin Hyman, Londres 1989, pp. 538-554..
- 78 Anna C. Roosevelt, "Early pottery in the Amazon [...]" en The Emergence of Pottery [...]", edición a cargo de William K. Barnett y John W. Hoopes, Smithsonian Institution Press, Washington DC 1995, pp. 115-131; Augusto Oyuela, "Rock versus clay [...]", Ibidem, pp. 133-144.
- 79 The origin of wealth and hierarchy...Op. cit. [56], p. 270, contra Oscar Fonseca Z., "La cerámica temprana de Costa Rica [...] (4.000-2.500 a.P.)", Revista de Arqueología Americana, 1997, 13, pp. 41-68; Betty Meggers, "La cerámica temprana en América del Sur [...]", Revista de Arqueología Americana, 1997, 13, pp. 7-40.
- 80 Es una convención de la arqueología ponerle el nombre de un pueblo, provincia o región a un grupo de artefactos. ¡El hecho de que esta cerámica se llame Monagrillo no quiere decir que se haya producido únicamente en este pueblo!
- 81 Gordon R. Willey y Charles R. McGimsey, III, The Monagrillo Culture of Panama, Peabody Museum Harvard University, Cambridge 1954.
- 82 Richard G. Cooke, "Monagrillo, Panama's first pottery [...]", en The Emergence of Pottery [...]", edición a cargo de William K. Barnett y John W. Hoopes., Smithsonian Institution Press, Washington D.C. 1995, pp. 169-184; John C. Griggs, "Un estudio preliminar arqueológico de la Concesión Minera de Petaquilla [...]", Reporte, Teck Corporation, Vancouver 1998; John C. Griggs, et al., "Recopilación y Presentación de Datos Ambientales y Culturales [...]", Informe, Autoridad del Canal, Panamá 2002.
- 83 Olga F. Linares, Cultural Chronology of the Gulf of Chiriquí, Washington DC 1968; Charles R. McGimsey, III, "Investigaciones arqueológicas en Panamá [...]", Hombre y Cultura, Panama, 1964, 1, pp. 39-55.
- 84 Anthony J. Ranere, "Preceramic shelters in the Talamancan range", en Adaptive Radiations in Prehistoric Panama...Op. cit. [69], p 28.
- 85 The origin of wealth and hierarchy...Op. cit. [56], p. 270.
- 86 690 ± 40 - 420 ± 40 a.P [cal 1310-1620 d.C.]
- 87 Francisco Corrales, "An Evaluation of Long-Term Cultural Change", Tesis doctoral, Universidad de Kansas, Lawrence 2000; Víctor J. Acuña, "La Florencia-1 [...]", Vinculos, San José, 1983, 9, pp. 1-14.

- 88 Dolores R. Piperno e Irene Holst, "The presence of starch grains on prehistoric stone tools [...]", *Journal of Archaeological Science*, 1998, 25, pp. 765-776.
- 89 'Arenca' (*Opisthomena libertate*), 'catarnica' (*Selene peruviana*) y 'horqueta' (*Chloroscombrus orqueta*).
- 90 Cooke, Richard G., "La pesca en estuarios panameños[...]", en Panamá: Puente Biológico, edición a cargo de Stanley J. Heckadon M., STRI Panamá, 2001, pp. 45-53; Monagrillo, Panama's first pottery...Op. cit. [82].
- 91 Mientras Cerro Mangote, el único sitio definitivamente ocupado en el Periodo IIB en el litoral, cubrió tan sólo 1750m<sup>2</sup>, se conocen siete sitios costeros con cerámica *Monagrillo* de los cuales el conchero de Monagrillo (Boca de Parita) ocupó 1,4 ha y el de Zapotal 2-3 ha.
- 92 The origin of wealth and hierarchy....Op. cit [56], p. 273.
- 93 Dolores R. Piperno, "Phytolith and charcoal evidence for prehistoric slash and burn agriculture [...]", *Holocene*, 1994, 4, pp. 321-325; Mark B. Bush y Paul A. Colinvaux, "Tropical forest disturbance: palaeoecological records from Darién, Panama," *Ecology*, 1994, 75, pp. 1761-1768. De acuerdo a esta última investigación, el maíz se sembraba a orillas de pequeños lagos ubicados cerca de Cana cuando los niveles de agua bajaban durante la estación seca exponiendo tierra fértil. Aquéllos no se formaron hasta el 4000 a.P. por lo cual no se puede determinar si la perturbación antropogénica en evidencia a partir de esta fecha representa las primeras incursiones de agricultores en esta área.
- 94 Farmers and their languages...Op. cit. [8].
- 95 Las Lenguas del Área Intermedia...Op. cit. [5], pp. 30-45.
- 96 Microevolution in Lower Central America... Op. cit. [10]; Ramiro Barrantes, *Evolución en el Trópico [...]*, Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José 1993; Oriana Batista, et al., "Mitochondrial DNA diversity in the Kuna Amerinds of Panama", *Human Molecular Genetics*, 1995, 4, pp. 921-929; Connie J. Kolman, et al., "Reduced mtDNA diversity in the Ngöbé Amerinds of Panama", *Genetics*, 1995, 140, pp. 275-283.
- 97 Las Lenguas del Área Intermedia...Op. cit. [5], p. 130.
- 98 *Ibidem*, pp. 46-49; Tomás D. Arias et al., "Una visión sintética del origen de los emberá y waunáan en Colombia", *Revista Cultural Lotería, Panamá*, 2003, 446, pp. 53-64; Connie J. Kolman y Eldedge Bermingham, "Mitochondrial and nuclear DNA diversity [...]", *Genetics* 147, 1997, pp. 1289-1302. Aunque los aportes de los pueblos 'chocoanos' a la agrupación social conocida como los 'cuevas' por los cronistas del siglo XVI sean difíciles de medir, el exiguo vocabulario de la 'lengua de cueva' contiene palabras consideradas cognadas con vocablos de los idiomas kuna y waunáan (ver Capítulo 2, p. 53; *Las Lenguas...*Op. cit. [5], pp. 45-49; Kathleen Romoli, *Los de la Lengua Cueva [...]*, ICAN/ICC, Bogotá 1987, tabla 5; Jacob Loewen, "Choco 1 [...]", *International Journal of American Linguistics*, 1963, 29, p. 245).
- 99 Max Uhle, "Cronología y relaciones de las antiguas civilizaciones panameñas", *Boletín de la Academia Nacional de Historia, Quito*, 1924, 9, pp. 24-26.
- 100 "Cocle [...] Part 2"...Op. cit. [21], p. 258;
- 101 Alain Ichon, *L'Archéologie du Sud de la Péninsule d'Azuero, Mission Archéologique et Ethnologique Française au México*, México DF 1980 pp. 314-325.
- 102 Jorge Jijón y Caamaño, "El Ecuador Interandino y Occidental, Vol. 3 [...]", Editorial Ecuatoriana, Quito, 1943; Alfred Kidder, "South American penetrations in Middle America", en *The Maya and their Neighbors*, edición a cargo de Clarence L. Hay, Appleton, Nueva York 1940, p. 458; J. Alden Mason, en *Ibidem*, p. 56; R.L. Kirk y E.M. MacDermid, "Blood group, serum protein and red cell enzyme groups [...]", *American Journal of Physical Anthropology*, 1974, 41, pp. 301-311.
- 103 Michael J. Snarskis, "The archaeology of Costa Rica", en *Between Continents, Between Seas [...]*, edición a cargo de Elizabeth Benson, Abrams, Nueva York 1981, pp. 15-84. En la lingüística, el adjetivo "chibcha" o "chibchense" se emplea para una agrupación de idiomas históricamente emparentados entre los cuales está el habla del grupo étnico llamado "chibcha" que residió en la sabana de Bogotá en vísperas de la conquista.
- 104 Chorotega (Mangue), Subtiaba (Tlapanec) y Nicarao (Nahua) (Adolfo Constenla, "El huetar [...]", *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*, 1984, 10, pp. 3-18).
- 105 Fowler, William J., *The Cultural Evolution of Ancient Nahua Civilizations [...]*, University of Oklahoma Press, Norman 1989.
- 106 Este proceso fue confirmado por datos obtenidos durante recorridos sistemáticos en los valles de Cerro Punta y El Hato (Chiriquí), la cuenca del río Santa María (Pacífico central) y el curso bajo del río La Villa (Olga F. Linares y Payson D. Sheets, "Highland agricultural villages [...]", en *Adaptive Radiations in Prehistoric Panama...*Op. cit. [69], pp.44-55; Prehistoric settlement patterns...Op. cit. [70]; Ilean Isaza, datos de campo inéditos, 2001-2003.
- 107 P. ejm., en las cuencas de los ríos Belén y Cocle del Norte y en la Costa Arriba de Colón (consúltense: John C. Griggs, "Archaeological Survey and Testing in the Belén River Valley, Panama", Tesis de maestría, Texas Tech University, Lubbock TX; Un estudio preliminar arqueológico...Op. cit. [82]; Recopilación y Presentación de Datos Ambientales y Culturales...Op. cit. [82]; Robert D. Drolet, "Cultural Settlement along the Moist Caribbean Slopes of Eastern Panama", Tesis doctoral, University of Illinois, Urbana 1980.
- 108 Antropomorfo: "En forma de ser humano".
- 109 Engobe: "Una capa de arcilla suspendida en agua con la que se cubre una vasija sin cocinar a fin de impermeabilizarla y permitir que la superficie se pule y alise bien."
- 110 Plástico: "Que altera la superficie de la vasija en alguna forma, mediante incisiones, raspados, estampados, punteados y la aplicación de pedazos de arcilla húmeda".
- 111 Ejemplares de las vasijas policromadas halladas en Playa Venado se presentan en Panamá prehispánico ...Op. cit. [12], ilustración 11. Se ha propuesto que el aparente repliegue de la cerámica policromada hacia el Oeste a partir del 1.250-1.150 a.P. se debió a cambios sociales relacionados de alguna manera con la aparición o formación de nuevos grupos sociales (Los de la Lengua de Cueva...Op. cit. [98], p. 10). Sin embargo, es igualmente sustentable la hipótesis de que los asentamientos isleños y costeros de 'Gran Darién' siempre estuvieron más expuestos al contacto cultural con los cacicazgos de Cocle y Azuero debido a la importancia del trueque de artículos como las conchas marinas (Véase el Cap. 2, pp. 55-56).

- 112 Consultese, por ejemplo, John W. Hoopes y Oscar Fonseca Z., "Goldwork and Chibchan identity [...]", en *Gold and Power in Ancient Costa Rica, Panama and Colombia*, edición a cargo de Jeffrey Quilter y John W. Hoopes, Dumbarton Oaks, Washington DC 2003, pp. 50-89.
- 113 John W. Hoopes, "The Tronadora Complex [...]", *Latin American Antiquity*, 1994, 5, pp. 3-30.
- 114 Exceptuando una breve campaña efectuada por Sigvald Linné cerca de Boquete ("Archaeological fieldwork in Chiriquí", *Ethnos*, Gotemburgo, 1936, 1, pp. 95-102); *Historia de la arqueología en Panamá...Op. cit.* [7].
- 115 La zona central del Golfo de Chiriquí, los valles de El Hato y Cerro Punta en las faldas del Barú y la Península de Aguacate en la Laguna de Chiriquí (Bocas del Toro).
- 116 Linares, Olga F., "Adaptive strategies in western Panama", *World Archaeology*, 1977, 8, pp. 304-319; "Conclusions," en *Adaptive Radiations in Prehistoric Panama*. Op. cit. [69], pp. 233-247; Olga F. Linares et al., "Prehistoric agriculture in tropical highlands", *Science*, 1975, 187, pp. 137-145.
- 117 R.M. Clement y Sally P. Horn, "Pre-Columbian land-use history in Costa Rica [...]", *Holocene*, 2001, 11, pp. 419-426.
- 118 Aunque Linares considere anómalas tres fechas de  $^{14}\text{C}$  obtenidas en uno de los sitios de Cerro Punta (Pittí-González) -  $2.685 \pm 110$  a.P. (1.075 [825] 745 cal a.C.),  $2445 \pm 80$  a.P. (1.075 [520] 745 cal a.C.) y  $2.310 \pm 80$  a.P. (750-700 & 540 [390] 190 cal a.C.) - éstas compaginan con los nuevos datos paleoecológicos de Behling (nota 126) (Olga Linares, "The ceramic record: time and place", en *Adaptive Radiations in Prehistoric Panama...Op. cit.* [69], pp. 81-117).
- 119 *Ibidem*, fig. 7.0-8; Catherine Shelton Einhaus, "Formative Settlement in Western Chiriquí [...]", Tesis doctoral, Temple University, Filadelfia, 1976, fig. 4-1-4.4.
- 120 An Evaluation of Long-Term Cultural Change...Op. cit. [87]. Tanto Linares, como Shelton (Op. cit. [118,119]) propusieron que, después de las inmigraciones iniciales a tierras altas de agricultores que usaban la cerámica *Concepción*, hubo un posterior desplazamiento de otros grupos procedentes de la cordillera costarricense, los cuales introdujeron una nueva cerámica (*Bugaba Temprano*). Aunque la distribución de estos materiales sí parezca obedecer a factores geográficos (estando los sitios *Concepción* concentrados debajo de los 1.500 m y los *Bugaba* arriba de esta altura), las relaciones tipológicas entre los grupos de cerámica analizados son aún difíciles de evaluar porque no existe todavía una relación lo suficientemente sólida entre muestras de tiestos y fechas radiocarbónicas, como para permitir que se distinga la transferencia de una variedad de cerámica de un punto a otro, de la coexistencia de conjuntos de artefactos compartidos por grupos residentes en distintas zonas geográficas. Algunas características de la cerámica *Darizara* y *Curré* tienen paralelos en la pequeña muestra de tiestos hallados por Ranere en los abrigos rocosos del río Chiriquí, por lo que es prematuro presumir que no existan en esta provincia conjuntos de cerámica más antiguos que el estilo *Concepción*.
- 121 Plant remains from the Volcan sites...Op. cit. [69]; Walton C. Galinat, "The archeological maize remains from Volcán, Panama [...]", en *Adaptive Radiations in Prehistoric Panama... Op. cit.* [69], pp.175-180.
- 122 Prehistoric agriculture in tropical highlands...Op. cit. [116].
- 123 Highland agricultural villages...Op. cit. [106].
- 124 Sara Spang y E. Jane Rosenthal, "The Pittí-González site [...]", en *Adaptive Radiations in Prehistoric Panama...Op. cit.* [69], fig. 4.4.
- 125 Highland agricultural villages...Op. cit. [106], p. 55; The Pittí-González site...Op. cit. [124], p. 287; Olga F. Linares, "Ecology and prehistory of the Aguacate Peninsula in Bocas del Toro," en *Adaptive Radiations in Prehistoric Panama...Op. cit.* [69], pp. 57-66.
- 126 Behling, H. "A 2860-year high-resolution pollen and charcoal record from the Cordillera de Talamanca [...]", *Holocene*, 2000,10, pp. 387-392.
- 127 E. Jane Rosenthal, "Excavations at Barriles (BU-24) [...]", en *Adaptive Radiations in Prehistoric Panama...Op. cit.* [69], p. 292; Formative Settlement in Western Chiriquí...Op. cit. [119]. Uno de los petroglifos hallados por Stirling estuvo cubierto por una capa de ceniza (*Ibidem*).
- 128 Sally P. Horn y L.M. Kennedy, "Pollen evidence of maize cultivation 2700 BP at La Selva [...]", *Biotropica*, 2001, 33, pp. 191-196; L.A. Northrop y Sally P. Horn, "Pre-Columbian agriculture and forest disturbance in Costa Rica [...]", *Holocene*, 1996, 6, pp. 289-299.
- 129 Norberto Baldi, "Black Creek (Cat. UCR 467): Primeras interpretaciones de un modo de vida costero [...]", Tesis de Licenciatura, Universidad de Costa Rica, San José 2001.
- 130 Ecology and prehistory of the Aguacate Peninsula...Op. cit. [125].
- 131 Advertencia: si bien es cierto que, tanto en Chiriquí y Costa Rica, como en el Panamá central y oriental, los datos paleoecológicos señalan que, cuando grupos de agricultores entraban en una zona de bosques y tierras vírgenes, lo hacían de manera invasora, es imprudente suponer que la dispersión humana hacia regiones montañosas y húmedas haya obedecido en todos los casos a un movimiento lineal de grupos grandes procedentes de zonas de clima estacional. Destacamos atrás que bandas de paleoindios se movilizaban en los bosques pleistocénicos de la vertiente del Caribe, en tanto que la presencia de costillas de manatí en Cerro Mangote indica que grupos precerámicos estaban activos en la costa atlántica durante el Periodo IIB. Los recorridos efectuados por Griggs y su equipo encontraron evidencia de sitios del Periodo IIA en la caribeña Región Occidental del Canal [nota 82].
- 132 Junis B. Bird y Richard G. Cooke, "La Cueva de los Ladrones [...]", *Actas del V Symposium Nacional de Antropología [...]*; Archaeological research in central and eastern Panama ...Op. cit. [22], pp.; Monagrillo, Panama's first pottery... Op. cit [82]; Neville Harte, "El sitio Guacamayo", *Boletín del Museo Chiricano*, David, 1966, 3, pp. 3-7; Matthew Stirling y Marion Stirling, "El Limón [...]", *Smithsonian Institution Bureau of American Ethnology Bulletin* 191, 1964, pp. 251-254. Los arqueólogos suelen llamar "Guacamayo" a cualquier variedad de cáliz, práctica errónea e inconsistente con el hecho de esta forma de vasijas acusa cambios a través del tiempo al igual que los estilos de policromía del 'Gran Coclé'.
- 133 Rise and Fall...Op. cit. [61], pp. 237-238; The origin of wealth and hierarchy...Op. cit. [56].
- 134 William H. Holmes, "Ancient art of the province of Chiriquí", *Bureau of American Ethnology 6th. Annual Report 1884-1885*, Government Printing Office, Washington D.C. 1888, pp. 13-186; George MacCurdy, "A study of Chiriquian anti-



- quities", *Memoirs, Connecticut Academy of Arts and Sciences*, 3, New Haven 1911; Jeffrey Quilter, "The general and the queen [...]", en *Precolumbian Gold [...]*, edición a cargo de McEwan, Colin, British Museum Press, Londres 2000, pp. 177-195.
- 135 Las fechas son: (a) 2820 ± 50 a.P. (cal BC 760 [620] 415) y (b) 2640 ± 60 a.P. (500 [365] 200 cal a.C.), consúltese: *The origin of wealth and hierarchy...Op. cit. [56]*, pp. 278-281, Fig. 9, m; Rise and Fall...Op. cit. [61], fig. 37, k-m y 41, d.
- 136 Rise and Fall...Op. cit. [61], t. 2, lám. 57; Ilean I. Isaza, "Desarrollo Estilístico de la Cerámica Pintada del Panamá Central [...]", Tesis de Licenciatura, Universidad Autónoma de Guadalupe, 1993, pp. 88-93, fig. 17.
- 137 Rise and Fall...Op. cit. [61]. Una síntesis gráfica de la evolución de los estilos de la policromía de 'Gran Coclé' se presenta en: Panamá prehispánico... Op. cit. [12], ilustración 10 y Richard G. Cooke y Luis A. Sánchez H., "A reappraisal of the Tonosi research project [...]", en *Misceláneas en Honor a Alain Ichon*, edición a cargo de Charelote Arnauld et al., Caudal, Guatemala 2003, fig. 2.
- 138 The origin of wealth and hierarchy...Op. cit. [56], p. 275.
- 139 Rise and Fall...Op. cit. [61], t. 2, lám. 42-43; Stone tools and cultural boundaries...Op. cit. [26], fig. 3.8.
- 140 The origin of wealth and hierarchy...Op. cit. [56], p. 281.
- 141 *Ibidem*, fig. 2; L'Archéologie du Sud de la Péninsule...Op. cit. [101], pp. 45-78; Desarrollo Estilístico [...], Op. cit. [136]; Richard G. Cooke y Luis A. Sánchez H., "Coetaneidad de metalurgia [...]", *Boletín Museo del Oro, Bogotá*, 1998, 42, pp. 57-85; Luis A. Sánchez H., "Análisis Estilístico de Dos Componentes Cerámicos de Cerro Juan Díaz [...]", Tesis de licenciatura, Universidad de Costa Rica, San Pedro 1995.
- 142 Máximo Jiménez, "Explotación de Vertebrados Acuáticos y Terrestres [...]", Tesis de licenciatura, Escuela de Biología, Universidad de Panamá 1999.
- 143 Richard G. Cooke, "Cuidando a los ancestros [...]", en *Panamá: Puente Biológico*, edición a cargo de Stanley Heckadon M., STRI, Panamá 2001, pp. 54-62; Claudia P. Díaz, "Estudio Bio-Antropológico de Rasgos Mortuorios de la Operación 4 [...]", Tesis de Grado, Universidad de los Andes, Bogotá 1999.
- 144 Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia General y Natural de las Indias [...]*, edición a cargo de J. Amador de los Ríos, Real Academia de Historia, Madrid 1849-1855, t. 2, p. 126-129.
- 145 Richard G. Cooke et al., "Contextualized goldwork from 'Gran Coclé [...]', en *Precolumbian Gold [...]*, edición a cargo de Colin McEwan, British Museum Press, Londres 2000, fig. 8.6, 8.7, 8.8. Colágeno de la dentina del adulto arrojó una fecha de 1870 ± 40 a.P. (cal 130 [250] 370 d.C.) confirmando su contemporaneidad con cerámica del estilo *La Mula* (no se hallaron vasijas enteras en esta sepultura).
- 146 *Ibidem*. Es posible que los objetos de concha, oro y colmillos hubieran formado un solo artefacto ritual, como un delantal o una camisa.
- 147 Who crafted, exchanged and displayed gold ...Op. cit. [12], fig. 2, p. 97; Archeologie du Sud de la Péninsule...Op. cit. [101], pp. 100-154; Armand Labbé, *Guardians of the Lifestream [...]*, Bowers Museum, Los Angeles 1995, fig. 17, 22, 127; Análisis Estilístico...Op. cit. [14].
- 148 L'archéologie du Sud de la Péninsule...Op. cit. [101], pp. 138-40 y fig. 4.1.
- 149 Luis A. Sánchez H. y Richard G. Cooke, "¿Quién presta y quién imita? [...]", *Boletín Museo del Oro, Bogotá*, 1998, 42, pp. 87-111.
- 150 Coetaneidad de metalurgia...Op. cit. [141], fig. 6 c y 8; Contextualized goldwork ...Op. cit. [145], fig. 8.7.
- 151 Coetaneidad de metalurgia...Op. cit. [141], fig. 6 d; Contextualized goldwork ...Op. cit. [145], fig. 8.7 u.
- 152 Julia Mayo T., "La Industria Prehispánica de Conchas Marinas en 'Gran Coclé, Panamá'", Tesis doctoral, Universidad Complutense, Madrid 2004.
- 153 Warwick M. Bray, "Sitio Conte metalwork [...]", en *River of Gold [...]*, edición a cargo de Patricia Hearne y Robert S. Sharer, University of Pennsylvania Museum, Filadelfia, 1992 pp. 33-46.
- 154 Las piezas panameñas del 'Estilo Inicial' indican que ya se conocían: el martillado en frío, el recalentamiento, el revestimiento con láminas muy delgadas y la fundición en moldes, tanto a espalda abierta, como usando núcleos de carbón y arcilla. Según Ilean Isaza, un fragmento desprendido de una figurilla de ave, hallado en la sepultura del 'chamán' en Cerro Juan Díaz referida atrás, está compuesto de dos delgadas capas de diferentes proporciones de oro y cobre (una gran hazaña técnica). Aunque la presencia de osmio (un mineral parecido al platino) hace pensar que dicha pieza podría haber procedido del área cultural La Tolita-Esmeraldas, en la zona fronteriza de Colombia y Ecuador - conocida por ser el único centro metalúrgico que recurría regularmente al uso de este mineral - se ha reportado el platino en minerales panameños, Who crafted, exchanged and displayed gold...Op. cit. [12], p. 96).
- 155 Peter S. Briggs, "Art, Death and Social Order [...]", B.A.R., Oxford 1989, pp. 20-45; "La diversidad social de Panamá central [...]", *Revista Patrimonio Histórico, Panamá*, 2a Época, 1, 1992, pp. 74-104.
- 156 Richard G. Cooke, "El hachero y el carpintero [...]", *Revista Panameña de Antropología*, 1978, 2, pp. 48-77; Desarrollo Estilístico [...], Op. cit. [136], pp. 79-83, fig. 52-62. Un conjunto de vasijas sorprendentemente similares a las de este cementerio está exhibido en el museo de El Valle (Coclé).
- 157 Who crafted, exchanged and displayed gold...Op. cit. [12], p. 113.
- 158 Coetaneidad de metalurgia...Op. cit. [141], fig. 2,3; Contextualized goldwork from 'Gran Coclé...Op. cit. [145], fig. 8.6.
- 159 Capítulo 2, p. 63; Richard G. Cooke, "Los impactos de las comunidades agrícolas [...]", *Actas del IV Simposio de Ecología Tropical, INAC/STRI, Panamá* 1979, t.3, pp. 919-973; Desarrollo Estilístico...Op. cit. [136], fig. 13.
- 160 Relación entre recursos pesqueros... Op. cit. [73]. Las especies marinas más frecuentes en las muestras -arenga, calarnica, ñañoño (*Orthopristis chalyceus*) y horqueta (*Chloroscombrus orqueta*)-, así como la cojinúa (*Caranx caballus*), cojinúa ojona (*Selar crumenophthalmus*), bonito (*Euthynnus lineatus*) y pez aguja (*Tylosurus*) esquivan aguas turbias por lo que habrían sido pescadas a distancias mayores a los 12,5 km.
- 161 Capítulo 2, pp. 53-56.
- 162 Matthew W. Stirling y Marion Stirling, "The archaeology of Taboga, Urabá, and Taboguilla islands of Panama", *Smithsonian Institution Bureau of American Ethnology Bulletin* 191, Washington DC 1964, pp. 285-348.
- 163 Cooke, observación personal.

- 164 Russel H. Mitchell, "Burial practices and shellwork of La Tranquilla (CZ3) [...]", *Actas y Memorias del 30 Congreso Internacional de Americanistas*, México DF 1964.
- 165 Estudio Bio-Anropológico...Op. cit. [143], lám. 10.
- 166 En inglés se conoce como 'Relief Incised Brown Ware': Leo Biese, "Prehistory of Panama la Vieja", Smithsonian Institution, Washington DC 1964.
- 167 Richard G. Cooke, "Cupica [...]", en *Recent Advances in the Archaeology of the Northern Andes [...]*, edición a cargo de Augusto Oyuela-Caycedo y J. Scott Raymond, Institute of Archaeology, California, Los Ángeles 1998, fig. 8.5 a,c; Luis Máximo Miranda, "Aporte Preliminar a la Arqueología del Oriente de Panamá", Tesis de licenciatura, Universidad de Panamá 1974.
- 168 Sigvald Linné, *Darién in the Past [...]*, Goteborg 1929.
- 169 Santa Isabel Undecorated. Robert P. Drollet, "Cultural Settlement Along the Moist Caribbean Slopes of Eastern Panama", Tesis doctoral, Universidad de Illinois, Urbana 1980, pp. 209-211. Drollet (*Ibidem*, p. 216) propone que otra vajilla decorada con punteados (Río Cuango Punctate) representa una ocupación más antigua.
- 170 Prehistory of Panamá Viejo...Op. cit. [166], portada, fig. 1, 2, 12, lám. 3, 4a, 12-14, 16-18.
- 171 P. ejm., varias clases de escudillas con el borde pintado conforme las normas de los estilos La Mula, Tonosí (La Bernardina à Bord Décoré), Aristides (Girón Banded Lip) y Cubitá .
- 172 Cultural Settlement ... Op. cit. [169].
- 173 *Ibidem*, pp. 163-165.
- 174 Capítulo 2, p 53.
- 175 Coclé...Part 2...Op. cit. [21]; Art, Death and Social Order...Op. cit. [155], pp. 64-256; Samuel K. Lothrop, Coclé [...], Part 1, 1937; Patricia Hearne y Robert S. Sharer (editores), *River of Gold*, edición a cargo de Patricia Hearne y Robert S. Sharer, University Museum, Filadelfia 1992.
- 176 Se supone que estas condiciones se presentaron, también, en Playa Venado (Panamá), donde Lothrop dirigió excavaciones que produjeron 369 esqueletos humanos acompañados, en algunos casos, de artefactos de gran fineza. Sin embargo, no se ha publicado una monografía que permita relacionar el ajuar funerario con esqueletos evaluados por antropólogos físicos (consúltese, Samuel K. Lothrop, "Suicide, sacrifice and mutilations in burials at Venado Beach, Panama", *American Antiquity*, 1954,19, pp. 226-234; "Jewelry from the Panama Canal Zone", *Archaeology*, 1956, 9, pp. 34-40). De acuerdo a un análisis de la cerámica de este sitio, realizada por Luis A. Sánchez H. en 1998, la mayor parte de los entierros están asociados a vasijas policromadas, de producción probablemente local, que se relaciona con los estilos Cubitá y Conte Temprano de 'Gran Coclé' producidos entre el 1400 y 1100 a.P. (Luis A. Sánchez H. y Richard G. Cooke, "Cubitá: [...]", *Precolombart*, 2000, 3, pp. 5-20).
- 177 Richard G. Cooke, "Huaquería y coleccionismo en Panamá", *Revista Nacional de Cultura (Panamá)* 27:50-66.
- 178 William H. Holmes, "Ancient art of the province of Chiriquí", Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology 6th. Annual Report 1884-1885, Government Printing Office, Washington DC, 1888, pp. 13-186; George G. MacCurdy, "A study of Chiriquian antiquities", *Memoirs. Connecticut Academy of Arts and Sciences* 3, New Haven 1911.
- 179 L'Archéologie de la Péninsule d'Azuero...Op. cit. [101]; Art, Death and Social Order...Op. cit. [155], pp. 34-54.
- 180 Roberto Lleras y Ernesto Barillas, "Excavaciones Arqueológicas en el Montículo 4 de El Caño", INAC y Centro de Restauración OEA-INAC, Panamá 1980.
- 181 John Ladd, "Archaeological investigations in the Parita and Santa María zones of Panama", Smithsonian Institution Bureau of the American Ethnology, Bulletin 193, Washington DC 1964.
- 182 Estudio Bio-Anropológico...Op. cit. [143].
- 183 Art, Death and Social Order...Op. cit. [155].
- 184 Un receptáculo de cerámica fue interpretado por Lothrop como una cuna (Coclé [...], Part 1...Op. cit. [175], fig. 12, p. 24.
- 185 *Ibidem*. La muestra de 50 subadultos incluyó diez neonatos, veintinueve niños y un joven.
- 186 *Historia General y Natural*...Op. cit. [144], t. 3, p. 133; Capítulo 2, p. 24.
- 187 Coclé [...] Part 1...Op. cit. [175], pp. 210, 230.
- 188 Pejm., en el caso de Comogre: "(los españoles) hallaron una habitación llena de cadáveres colgados pendientes de cuerdas de algodón [...]" (los indígenas dijeron) que aquellos cadáveres eran los padres abuelos y antepasados del cacique Comogre (sic) de cuya conservación tenían ellos el mayor cuidado por considerarlo como una religión. Cada uno de los muertos estaba cubierto con vestidos entretejidos de oro y pedrería según su rango [...] hemos descrito en la década anterior el modo que tienen de desecar sobre zarzos y a fuego lento esos cadáveres hasta dejarles solo la piel como sostén de los huesos [...]" (Petro Mártir d' Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*, Porrúa, México DF, 1965, t. 1, p. 233). Consúltese, también, *Historia Natural y General*...Op. cit. [144], t 3., p. 154. En Cerro Juan Díaz se despejó una estructura redonda que pudo haber desempeñado la función de casa mortuoria (Diana Carvajal et al., "¿Fue Cerro Juan Díaz [...] el pueblo de indios de Cubita?", *Actas del VI Congreso Centroamericano de Historia*, Panamá, Universidad de Panamá, en prensa).
- 189 Estudio Bio-Anropológico...Op. cit. [143].
- 190 Cuidando a los ancestros...Op. cit. [143].
- 191 A) 1470 ± 40 a.P. (cal 530 [610] 650 d.C.) (Beta-160420), b) 940 ± 40 a.P. (1010-1190 cal d.C.) (Beta-168848), c) 590 ± 40 a.P. (1300-1420 cal d.C.) (Beta-168849). Datos cortesía Tomás Mendizábal, tesis doctoral en preparación.
- 192 Otra alternativa sería que al enterrar a la mujer, se perturbaron entierros anteriores cuyos cráneos fueron re-depositados como señal de respeto (o conducta semejante).
- 193 Capítulo 2, pp. 67-68.
- 194 Espinosa, Gaspar de, "Relación de lo hecho por Gaspar de Espinosa [...]", en *Indios y Negros en Panamá en los Siglos XVI y XVI*, edición a cargo de Carol F. Jopling, CIRM, Antigua, Guatemala y Plumssock, South Woodstock VT, 1994, pp. 63-64.
- 195 Coclé [...], Part 1...Op. cit. [175], fig. 33, 130; Richard G. Cooke, "Rich, poor, shaman, child [...]", en *Behaviour behind Bones [...]*, edición a cargo de Sharyn O'Day et al., Oxbow, Liverpool 2004, pp. 271-284.

- 196 Art, death and Social Order...Op. cit. [155], p. 111. La famosa figurilla de un felino que lleva una esmeralda engarzada en su espalda se halló en esta sepultura sobre uno de los discos repujados (River of Gold...Op. cit. [175], lámina 20).
- 197 Mary W. Helms, "Iguanas and crocodilians [...]", *Journal of Latin American Lore*, 1977, 3, pp. 51-132; Creations of the Rainbow Serpent [...], University of New Mexico Press, Albuquerque 1995; The Curassow's Crest [...], University of Florida Press, Gainesville; Olga F. Linares, "Animales no comestibles son temibles", *Revista Nacional de Cultura*, Panamá, 1976, 2, pp. 5-16; Ecology and the Arts in Ancient Panama, *Dumbarton Oaks*, Washington D.C. 1977; Richard G. Cooke, "The Felidae in Pre-Columbian Panama [...]", en *Icons of Power* [...], edición a cargo de Nicholas Saunders, Routledge, Londres 1998, pp. 77-121; Observations on the religious content [...], en *Behaviour behind Bones* [...], edición a cargo de Sharyn O'Day et al., Oxbow, Liverpool 2004, pp. 114-127; ¿Quién presta y quién imita?...Op. cit. [149]; Rich, poor, shaman, child...Op. cit. [195].
- 198 Who crafted, exchanged and displayed gold...Op. cit. [12], fig. 9.
- 199 Panamá prehispánico...Op. cit. [12], ilustración 9.
- 200 Ibidem, ilustración 10, arriba. De acuerdo a hallazgos en Sitio Conte y otros cementerios precolombinos, las espinas de raya jugaron un papel ritual, como en territorio maya. Fray Adrián de Ufeldre observó la práctica entre los ngobés del siglo XVII de usar un hueso de pescado para autosacrificios de sangre. En Panamá Viejo de halló el esqueleto de un joven enterrado junto con muchas espinas muy largas de raya, así como cuchillos apedunculados de jaspe (Rich, poor, shaman, child...Op. cit. [195]). También es posible que ejemplares especialmente grandes y robustos hayan sido usados como puntas de lanza o como dagas (Capítulo 2, fig. 3 b).
- 201 Panamá prehispánico...Op. cit. [11], ilustración 8, abajo.
- 202 Observations on the religious content...Op. cit. [197].
- 203 Doris Z. Stone, *The Talamanca tribes of Costa Rica*, Cambridge 1961.
- 204 *The Felidae in Pre-Columbian Panama* ...Op. cit. [197], fig. 4.2., a-b.
- 205 Ibidem, fig. 4.4 d,h.
- 206 Ibidem, pp. 108-109. Aunque discrepamos con Mary Helms sobre la preeminencia de la iguana en el arte precolombino de Panamá (taxón al que ella atribuye las imágenes que identificamos como cocodrilos) recomendamos se consulte su interesante ensayo: Iguanas and crocodilians in tropical American mythology ...Op. cit. [197].
- 207 "Relación hecha por Gaspar de Espinosa"...en *Indios y Negros en Panamá* [...], edición a cargo de Carol F. Jopling., CERM, Antigua, Guatemala y Plumsock, Woodstock VT 1994, p. 51
- 208 *Historia General y Natural*...Op. cit. [144], t. 3, p. 138.
- 209 Aunque Pedro Mártir (Décadas...Op. cit. [188], t.2, p. 386) haya señalado que "estos pueblos se despojan [...] y destruyen sus aldeas y todo lo arrasan" y que "sus guerras bárbaramente terminan en matanzas y cuando vencen se ensañan hasta con la última ruina", las armas empleadas en dichos enfrentamientos eran menos destructivas que las españolas.
- 210 Capítulo 2, p. 68. Oviedo (*Historia General y Natural*...Op. cit. [144], p. 154) dice que "en Panamá y Natá y Pacora, y otras provincias de la lengua de Cueva, en la costa del mar del sur y por allí cerca [...] familiares y domésticos criados y mujeres se matan". Consúltese, también, Pascual de Andagoya, "Relación de los sucesos de Pedrarias Dávila," en *Indios y Negros en Panamá* [...], edición a cargo de Carol E. Jopling, CIRM, Antigua (Guatemala) y Plumsock, Woodstock VT 1994, pp. 30-31.
- 211 Prehistoric agriculture in tropical highlands...Op. cit. [116], portada; Highland agricultural villages...Op. cit. [106], fig. 4.1-3; Reina Torres de Araúz, *Arte Precolombino de Panamá*, INCUDE, Panamá 1972, pp. 65-70; Doris Z. Stone, *Pre-Columbian Man Finds Central America*, Harvard University Press 1972, pp. 102-108; Panamá prehispánico...Op. cit. [12], ilustración 6d.
- 212 Coclé [...], Part 2...Op. cit. [21], fig. 50.
- 213 *Arte Precolombino de Panamá*...Op. cit. [211]; *Pre-Columbian Man*...Op. cit. [211], p. 100; Claude Baudez, *Central America*, Barrie and Jenkins, Londres 1970, fig. 103, 108.
- 214 *Highland agricultural villages*...Op. cit. [106], p. 53.
- 215 Petroglifo: "Imagen grabada sobre una piedra o laja"; frecuentemente se hallan en grupos. En la mayoría de los casos, se desconoce su antigüedad en tanto que su función despierta mucha especulación – frecuentemente anti-científica. Cabe la posibilidad de que una de sus funciones haya sido la de definir los linderos de los territorios: según Pedrarias, "los caciques que confinan unos con otros tienen sus límites y mojones señalados cada uno de lo suyo [...]" ("Memoria que da Pedrarias [...]"), en *Indios y Negros en Panamá* [...], edición a cargo de Carol E. Jopling, CIRM, Antigua (Guatemala) y Plumsock, Woodstock VT 1994.
- 216 La parte exterior del cuello de algunas urnas lleva un diseño que consiste en un animal o animales cuyo cuerpo está delineado con incisiones. Aunque desde un punto de vista tecnológico, estos diseños compaginan con las tradiciones alfareras de la cordillera chiricana, en lo iconográfico tienen sus contrapartes en el estilo Conte Temprano de la policromía de 'Gran Coclé'.
- 217 *Highland agricultural villages*...Op. cit. [106], pp. 49-50; *Pre-Columbian Man*...Op. cit. [212], p. 106; *Formative Settlement in Western Chiriquí*...Op. cit. [119], p. 25.
- 218 Olga F. Linares, "The ceramic record: Time and place," en *Adaptive Radiations in Prehistoric Panama*...Op. cit. [69], p. 93. De acuerdo a Linares, Barriles se abandonó después de esta fecha siendo reocupado para el 740 a.P. Urge una re-evaluación de la estratigrafía de este sitio a la luz de los nuevos datos paleoecológicos y en el contexto de la vulcanología de la cordillera de Talamanca.
- 219 Who crafted, exchanged and displayed gold...Op. cit. [12], fig. 7, a,b,c,e; Panamá prehispánico ...Op. cit. [12], ilustración 6 c,d.
- 220 Payson D. Sheets, "The Volcan Baru Region: A site survey", en *Adaptive Radiations in Prehistoric Panama*...Op. cit. [69], p. 275.
- 221 *Arte Precolombino de Panamá*...Op. cit. [211], pp. 18-19; Dan Sander, "An archaeological discovery - Río Negro (Chiriquí)", *Panama Archaeologist*, Panamá, 1960, 4, pp. 1-3.

- 222 Carlos Balsler, "Una extensión de la cultura de 'Los Barriles'", *La Nación*, San José de Costa Rica, 8 de noviembre de 1971.
- 223 Cultural Chronology of the Gulf of Chiriquí...Op. cit. [83], p. 12.
- 224 Coclé [...], Part 1...Op. cit. [175], fig. 22, 23, pp.39-40.
- 225 Historia de la arqueología...Op. cit. [7].
- 226 Reina Torres de Araúz y Oscar Velarde, "El parque arqueológico de El Caño: un proyecto en ejecución. *Revista Patrimonio Histórico*, Panamá, 1978, 2, pp. 201-221; Coclé [...], Part 1...Op. cit. [175], fig. 16; A. Hyatt Verrill, "A mystery of the vanished past in Panama [...]", *Illustrated London News* 173, October 13th., Londres 1927; "Excavations in Coclé province, Panama", *Museum of the American Indian*, Heye Foundation, *Indian Notes*, Nueva York, 4, 1927, pp. 47-61.
- 227 El parque arqueológico de El Caño...Op. cit. [226], fig. 9, p. 219.
- 228 Excavaciones Arqueológicas en el Montículo 4 de El Caño...Op. cit. [180].
- 229 Richard G. Cooke, "Rescate arqueológico en El Caño (NA-20), Coclé", *Actas del IV Simposium Nacional de Arqueología, Antropología y Etnohistoria de Panamá*, INAC, Panamá 1976, pp. 487-482; Contextualized goldwork from 'Gran Coclé...Op. cit. [145].
- 230 "Relación hecha por Gaspar de Espinosa"...en Indios y Negros en Panamá [...], edición a cargo de Carol F. Jopling,, CERM, Antigua, Guatemala y Plumssock, Woodstock VT 1994, p. 57.